



HARLEQUIN™

INTENSE

SOLO
MIRA

CARA LOCKWOOD

INTENSE

SOLO
MIRA
CARA LOCKWOOD



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Cara Lockwood

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Solo mira, n.º 18 - 1.6.19
Título original: Look at Me
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock

I.S.B.N.: 978-84-1307-787-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Para el amor de mi vida, mi esposo, PJ.

Capítulo 1

Chloe Park miró fijamente su ordenador portátil en cuanto se sentó en la mesa de la cocina de su acogedor apartamento del norte de Chicago. Se abanicó la cara, intentando desesperadamente que entrara un poco de brisa por la ventana abierta. Fuera el calor de junio había subido la temperatura por encima de los treinta grados y el sol de mediodía caía inmisericorde sobre su edificio de ladrillo. Pronto tendría que llamar a alguien para reparar el aire acondicionado, pero aún no. Su cuenta bancaria estaría rozando números rojos hasta el final de la semana, cuando esperaba la llegada de su próximo cheque.

Intentó concentrarse una vez más en el correo electrónico de trabajo, pero el chirrido de los frenos de una camioneta vieja que entró por la ventana abierta le alteró la concentración. Intentó ignorarlo y concentrarse en la pantalla y en las pocas frases que tenía que escribir antes de poder hacer clic en Enviar. Entonces llegó un ruido de metal chocando contra metal.

—¿En serio? —le preguntó al apartamento.

Se sentía como si el mundo entero conspirara para no permitirle trabajar. Tenía que actualizar al menos cinco cuentas de clientes en redes sociales y tenía que hacerlo ya, pero no podía concentrarse. Frustrada, cerró el correo electrónico y se secó el sudor de la frente. ¡Qué calor! Lo odiaba. Y el ruido de fuera no ayudaba, pero sabía que, si cerraba la ventana, el apartamento se convertiría en un horno de ladrillo. El choque de metales se vio reemplazado por voces de hombres, que el efecto eco del pequeño callejón hacía que sonaran más altas.

Vivía en un edificio pequeño de cinco apartamentos, uno encima del otro, en una antigua fábrica renovada pero cuya primera construcción databa de los años veinte. Ella vivía en la última planta, en el tercer piso, con un bloque de oficinas al sur y otro de apartamentos al norte que estaba en ese momento en

proceso de reforma.

Incapaz de resistir más, tomó la lata de cola de la mesa y se acercó a la ventana. En el callejón de abajo había un camión blanco de mudanzas y un hombre se esforzaba por sacar una pesada rampa de metal de la parte de atrás, que estaba abierta.

¿Un vecino nuevo? Tenía que ser en el edificio de enfrente, donde había visto obreros que entraban y salían reformando sus tres plantas. El edificio estaba hecho de ladrillo sólido y en el lateral había un cartel que decía Herron and Co. Casi no había ventanas que dieran hacia ella, excepto tres en el segundo piso y una sola en el primero. Esas habían sido las antiguas oficinas de los ejecutivos que dirigían la compañía. Había oído que a principios del siglo xx había sido una instalación de almacenamiento en frío. Eso explicaba las puertas del garaje de abajo, lo bastante anchas para que entraran los carros de caballos que iban a recoger entregas, y el primer piso, completamente cerrado en ladrillo. Alguien le había dicho que uno de los propietarios había decidido renovar el tercer piso en los años ochenta, añadiendo ventanas que daban al callejón al que se asomaba ella. Aun así, la vieja casa de hielo era una de las razones por las que amaba Chicago, donde alternaban lo viejo y lo nuevo, lo antiguo y lo moderno y donde edificios viejos como aquel encontraban vida nueva.

El edificio vecino era lo bastante grande para tres apartamentos, pero hasta donde ella sabía, todo el bloque había estado vacío desde que ella se había mudado allí ocho meses atrás. Había habido albañiles que iban y venían y su vecino de abajo, un agente inmobiliario, le había dicho que estaban convirtiendo todo el edificio en una casa grande. Sin duda para una pareja muy rica o una familia de diez muy rica, puesto que la casa de tres plantas podía contener fácilmente diez dormitorios y cinco baños. Desde donde ella estaba, veía enfrente el último piso, donde había una sala de estar amplia, con suelos de madera de pino oscurecida, y también la terraza del tejado, que estaba cubierta de madera e incluía una chimenea y bancos. La semana anterior habían llegado jardineros con macetas y dejado la terraza cubierta de flores amarillas y blancas.

Chloe observó a los mozos de la mudanza, ninguno de los cuales alzó la vista. Se había acostumbrado a pasar desapercibida allí arriba. La gente no miraba más arriba del primer piso de su bloque. Se sentó en el banquito de su

ventana mirador a sorber un refresco y a observar trabajar a los hombres. Como hacía tanto calor, solo podía soportar llevar un top de tirantes y un pantalón corto viejo. No se había molestado en maquillarse porque trabajaba en casa y, además, la humedad lo derretiría al instante de todos modos. Se había recogido el pelo moreno, casi negro, en una coleta alta, pero eso le daba igual. Dudaba de que los mozos de la mudanza alzarán la vista. Se sentía invisible en su posición elevada. Tomó otro sorbo, mirando a los hombres voluminosos debajo de ella, que esperaban descargar el camión. Parecía que no podían entrar.

En aquel momento llegó un Maserati nuevo a la parte de atrás del edificio, conducido por un hombre de unos treinta y pocos años. Aparcó en el callejón, sin importarle buscar un espacio apropiado. Chloe supuso que un hombre que conducía un Maserati podía permitirse pagar una multa por mal aparcamiento. El hombre salió del vehículo, ataviado con una camiseta y un pantalón corto. Era alto, con el cuerpo de un jugador de rugby y músculos que se podían ver desde donde estaba ella. ¿Qué era? ¿Boxeador? ¿Entrenador físico? Pero no, ella no conocía a ningún entrenador que pudiera permitirse un Maserati.

El hombre se pasó la mano por el pelo espeso rubio oscuro, al tiempo que guardaba el teléfono móvil en el bolsillo y empezó a dirigir de inmediato a los de la mudanza.

Chloe miró su estómago plano, ceñido por la camiseta, y pensó: «Apuesto a que es *gay*». No conocía a ningún heterosexual que trabajara tanto las abdominales. Y tampoco conocía a ningún rico que lo hiciera. Después de todo, ¿por qué molestarse cuando sus carteras podían hablar por sí mismas?

«Pero si es hetero, ñami», pensó.

Tenía una perilla rubia que le cubría la barbilla y no había anillo en su mano izquierda. Se sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta de atrás. ¿Sería el nuevo vecino? Desde luego, lo parecía. Y el Maserati encajaba con el perfil de alguien que acabara de comprarse un edificio entero solo para él.

Chloe deseó que alzara la vista y la viera, pero, como era de esperar, él no lo hizo.

«Nadie se molesta en verme aquí». Y la ventaja de ser invisible implicaba que podía espiar sin preocuparse de nada.

El nuevo vecino era muy atractivo y tenía más dinero que el tío Gilito si iba a vivir allí solo. Las casas en Lincoln Park no eran nada baratas. Si no, que se lo preguntaran a Raperero Chance, que vivía dos calles más allá. Aunque el

dinero en sí mismo no le decía nada a Chloe. Ciertamente que no le importaría tener más, pero su padre coreano y su madre irlandesa la habían criado con los valores del Medio Oeste. Le habían dicho que trabajara duro, mantuviera la cabeza baja y no se destacara por ser llamativa o provocativa.

Un mechón de pelo casi negro le cayó por la cara. Sopló para apartarlo de la frente pegajosa y se recolocó el tirante del top, que no dejaba de bajar por el hombro. Observó cómo dirigía el vecino nuevo a los mozos, que descargaron un sofá gris modular muy grande y lo metieron por la puerta de enfrente.

«Al menos yo no estoy cargando sofás vestida con chándal con este calor», pensó ella, abanicándose con la mano y tomando otro trago de refresco, ya tibio.

Unos minutos después los vio maniobrar con el nuevo sofá en la sala de estar del segundo piso. Se dio cuenta de que podía ver la sala de estar completa, la chimenea, un trozo de la cocina e incluso, cuando estaba abierta la puerta del dormitorio, también un poco de este. Y ahora que habían subido las persianas, vio también mozos caminando por el espacio de abajo. Vio que el nuevo vecino cargaba también con cajas y cómo ondulaban sus bíceps bajo el peso. ¿Qué clase de millonario cargaba cajas? Eso despertó la curiosidad de Chloe. Quizá estaba equivocada y el musculitos era el ayudante personal de alguien. Sin embargo, algo le decía que no. Probablemente su actitud física, que denotaba un hombre que estaba al cargo, y no solo de la mudanza.

El hombre desapareció en la escalera. Entonces a Chloe le pitó el teléfono anunciando un mensaje entrante, una alerta de email. Fue a por el teléfono con aire ausente y revisó los mensajes. Era un *spam*. Lo borró y volvió a la ventana, donde vio que el vecino misterioso había subido al último piso y metía sus cajas en la sala de estar.

«Mirar no hace daño, ¿verdad? Además, no me verán».

Todavía no se había fijado en ella, que estaba lo bastante cerca para ver que le brillaba el sudor de la frente. Por una vez en la vida, se alegró de su manto de invisibilidad. Así podía verle la cara un poco mejor, con él en la ventana mirando hacia abajo. Se quitó las gafas de sol y se secó la frente, y ella vio que no tenía los ojos marrones. ¿Azules quizá? ¿Verdes? No era fácil saberlo. Él se secó el sudor de las sienes.

«Me gustaría secárselo con la lengua», pensó ella. Y esa idea ridícula le hizo reír apretando el teléfono en la mano sudorosa. ¿Cómo se le había

ocurrido eso? Seguramente porque volvía a estar sola y de pronto todo el mundo era una posibilidad. Mientras terminaba la lata de refresco, observó al vecino nuevo dejar una caja en la sala y pasarse un brazo por la frente sudorosa. Entonces, para sorpresa de ella, se quitó la camiseta.

«¡Oh, caray! Hola, sexy», pensó Chloe, que solo había visto un pecho tan increíble en pósteres gigantes en el gimnasio. Tenía abdominales, sí, y una pequeña uve que desaparecía en el interior del pantalón caqui de cintura baja. Sus pectorales bien definidos y sus cincelados brazos parecían hechos para blandir un martillo.

También notó que aquel malote llevaba tatuajes. Uno grande a lo largo del brazo derecho y el hombro. ¿Qué era? No lo distinguía. Puso la cámara del teléfono e hizo un zoom para intentar verlo mejor. ¿El tatuaje era parte de un ala? No estaba segura.

¿Qué multimillonario cargaba cajas y tenía tatuajes? Chloe movió la cabeza. El vecino nuevo era un montón de misterios envueltos en una funda de caramelo. Él se secó la cara con la camiseta y Chloe tuvo la sensación de haber salido fuera del tiempo. Todo lo que veía parecía suceder a cámara lenta, incluso cuando el vecino sexy tomó una botella de agua y bebió un gran sorbo. Ella vio su manzana de Adán subir y bajar y de pronto deseó que se echara la botella de agua por la cabeza.

«¿Pero a ti qué te pasa? Esto no es un espectáculo de *boys*». Chloe intentó quitarse esas ideas de la mente, pero siguió sentada en la ventana, absorta. Apretaba el teléfono en la mano. ¿Debía hacerle una foto? Sentía tentaciones. Luego el vecino se apartó de la ventana y desapareció de la vista.

«¡Maldita sea! ¿Dónde está el chico malo con abdominales?».

Chloe se echó hacia delante, intentando ver, y el tirante volvió a bajársele del hombro. No llevaba sujetador porque hacía demasiado calor y la tela del top estaba peligrosamente baja, pero no hizo caso a eso. Estaba demasiado concentrada en ver de nuevo al dios nórdico que tenía por vecino.

¿Dónde se había metido? Ya no lo veía en las ventanas. Entonces oyó que se abría la puerta del tejado y lo vio salir a la terraza de suelo de mosaico. Allí estaba más cerca, en el lugar ideal para hacerle una foto. ¿Se la hacía? Sus amigos no se creerían que tenía un vecino tan buenorro. ¿Y si era famoso? ¿Quizá un actor de *Chicago Fire* o de alguna de las docenas de series que grababan en Chicago?

Alzó el teléfono, dudando si hacer o no la foto cuando él levantó de pronto

la vista y sus ojos se encontraron. Chloe se quedó un segundo paralizada por la sorpresa. No era posible que la estuviera viendo. Nadie la veía allí arriba. Pero él la saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa y ella comprendió que sí la había visto. Él incluso alzó la mano en un gesto de saludo.

Horrorizada, Chloe se esforzó por esconder el teléfono, pero el movimiento brusco hizo que el aparato resbalara de la mano sudorosa y ella vio impotente cómo su *smartphone* nuevito caía por la ventana. Se echó hacia delante, pero era demasiado tarde. Su preciada posesión cayó al callejón de abajo, donde esquivó por centímetros el Maserati reluciente y aterrizó en el asfalto, entre este y el camión de la mudanza, con un ruido espantoso.

Chloe miró al vecino, quien parecía sorprendido pero la miraba a ella, no al teléfono. Estaba absorto, paralizado, y entonces fue cuando ella se dio cuenta, demasiado tarde, de que colgaba fuera de la ventana, con el top tan bajo que mostraba los pezones al hombre.

Mortificada, se subió el top, se apartó de la ventana y se retiró a la cocina con el corazón latiéndole con fuerza.

«Genial. Tira el teléfono por la ventana y enséñale las tetas al vecino. A lo mejor te lanza unas monedas».

Las mejillas le ardían de vergüenza.

«Puede que sea *gay* y le dé igual». Al menos le quedaba esa esperanza.

Unos minutos después, Chloe se sintió como una idiota, descalza en la cocina, y se preguntó si él seguiría allí. Salió de la cocina de puntillas y a continuación se percató. «No puede oírme».

Intentó ver más allá de su ventana, pero cuando miró fuera, no vio al vecino por ninguna parte. Se acercó más a la ventana, intentando esconderse tras una cortina lateral. No. La terraza estaba vacía, excepto por las macetas.

Recordó su teléfono, que estaba en el suelo del callejón. Lo necesitaba. Era su vida.

No había tiempo para cambiarse. ¿Y si se lo llevaba alguien? Salió de su estupor y corrió hacia la puerta. Metió los pies en unas chanclas y salió hacia la escalera. Abrió la puerta de atrás, dispuesta a saltar al callejón, y casi chocó con... su nuevo vecino.

Este llevaba el teléfono roto en la mano.

—Creo que se te ha caído esto.

Al estar delante de él, se dio cuenta de que era altísimo. Sus hombros musculosos eran todo poder. Seguía sin camiseta. Y ella era muy consciente de

que no llevaba sujetador.

—Ah, sí... —«Te he enseñado las tetas hace un segundo. Perdona»—. Gracias.

Agarró el teléfono, con la pantalla rota y el borde doblado. Se iluminó cuando lo tocó. Aquello era buena señal.

—Soy Jackson Drake —él le tendió una mano fuerte.

Chloe le estrechó la mano. La palma de él era suave y grande. El hombre tenía manos grandes, casi garras de oso. ¿Qué era lo que decían de las manos grandes? Sus ojos azules e intensos no dejaban de mirarla.

—Creo que somos vecinos —una sonrisa le curvó los labios. Tenía también buenos dientes. Dientes blancos, como los modelos.

Era el dueño de todo aquel edificio. ¿Qué hacía un multimillonario recogiendo el teléfono? Chloe le miró la muñeca y vio que lucía un Rolex reluciente. Sí, definitivamente era rico.

—¿Y tú eres...?

«Idiota. Ni siquiera le has dicho tu nombre».

—Chloe... Chloe Park.

—Encantado de conocerte, Chloe. ¿Te importa que te tutee? Tengo la sensación de que, después de lo de hoy, ya debemos tutearnos —sonrió con astucia. Era una sonrisa lobuna.

La joven se sonrojó al recordar lo de antes.

—Lo siento. No estoy acostumbrada a tener vecinos. Ni siquiera bajo nunca las persianas. Ese edificio lleva mucho tiempo abandonado.

—No cambies esa costumbre por mí —él se acercó un paso más. Su pecho desnudo llenaba casi todo el campo de visión de ella.

Chloe se preguntó si su piel sería tan suave como parecía. Algo le decía que no era *gay*. Los *gays* no coqueteaban así con ella.

De nuevo perdió la capacidad de hablar. Seguramente él empezaría a pensar que era tonta. Sintió un cosquilleo en la parte de atrás de las rodillas.

—Park —dijo él, con sus ojos azules fijos en ella—. ¿Es un apellido coreano?

—Papá es coreano, mamá es irlandesa. Ya sabes, una representación viviente del crisol de culturas. Viven en Seattle, pero los veo un par de veces al año... —¿por qué parloteaba tanto? Siempre lo hacía cuando estaba nerviosa.

—¡Eh! ¡Drake! —llamó uno de los mozos, que transportaba una caja grande

—. ¿Esto va al primer piso o...?

Jackson vaciló. Daba la impresión de que quería seguir allí. O quizá era solo porque no quería ocuparse de la mudanza. Una mudanza siempre es terrible, por muy rico que seas. O eso suponía Chloe.

—Veo que estás ocupado, pero, ah... gracias por el teléfono. Es vital para mí —dijo ella. Alzó un poco el teléfono. Suponiendo, claro, que el aparato funcionara todavía.

Jackson asintió. Allí, de pie en la puerta de atrás del edificio de ella, daba la impresión de sentirse muy cómodo consigo mismo. ¿Pero por qué no iba a estarlo? Era guapo y rico. Seguramente estaría acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. «O se les cayera el top», pensó, avergonzada.

—Hasta la próxima, Chloe —se despidió él.

Le hizo un gesto con la barbilla y ella permaneció un momento atrapada en sus ojos azules. Hasta que recordó que estaba sudada, sin duchar y no llevaba nada de maquillaje... Ni sujetador. Seguro que las tetas se bamboleaban como querían. Consumida por la vergüenza, se cruzó torpemente de brazos.

—Hasta la próxima vez —chirrió como un ratón, e inició la retirada.

Cuando se cerró la puerta del callejón, todavía le latía el corazón con fuerza.

Capítulo 2

Unas horas después, Jackson Drake circulaba con su Maserati por North Avenue y no podía quitarse de la cabeza a la belleza morena que le había dado aquel espectáculo. Sonrió para sí. Recordaba la vergüenza de ella al darse cuenta de que le había enseñado el pecho izquierdo y casi todo el derecho, con los pezones oscuros fruncidos justo como le gustaban a él. Los pechos eran del tamaño perfecto, naturales pero no demasiado pesados, aunque más grandes de lo normal. Pensó en la sensación que le producirían en las manos. Tener una vecina sexy que a menudo prescindía del sujetador era una ventaja que no había anticipado cuando compró la vieja casa de hielo. Drake había ganado una fortuna en el sector inmobiliario, transformando edificios viejos en apartamentos y oficinas nuevos. Era uno de los promotores a gran escala de más éxito de la ciudad. Una revista inmobiliaria lo había calificado de rebelde porque siempre apostaba por edificios y barrios que otros descartaban, y porque su aspecto de malote hacía que pareciera más un motero que un ricachón. Pero el pelo de la cara le creía con tal rapidez que tendría que afeitarse dos veces al día si quería ir bien afeitado, así que había decidido hacía mucho no combatirlo. Las barbas y perillas eran algo natural en él.

Pero aquellos que pensaban que parecía más villano que hombre de negocios se equivocaban. Se enorgullecía de investigar un barrio y saber todo lo que había que saber antes de invertir en él. Aunque, de algún modo, había pasado por alto el detalle de la vecina sexy.

«Si lo llego a saber, habría acabado antes la reforma», pensó con una sonrisa. «Y quizá añadido más ventanas». Ya se arrepentía de tener solo una en la segunda planta en la parte que daba al callejón.

El semáforo cambió a verde y aceleró el vehículo. Se adelantó al BMW del carril de al lado y se alejó rugiendo.

Pensó en el teléfono móvil roto de ella y frunció el ceño. Tomó mentalmente nota de que debía darle uno de los muchos *smartphones* que tenían en la oficina para entregar a los nuevos agentes inmobiliarios. A él le sería muy fácil reemplazarlo y, además, solo era un gesto de buen vecino. Pensó que haría ella cuando viera el teléfono nuevo. ¿Su rostro se iluminaría de alegría?

Pero su excitación decayó casi al instante. Se preguntó brevemente si habría sido todo una interpretación por parte de ella. Muchas mujeres veían el dinero antes de verlo a él. Trabajaba mucho su cuerpo, pero había empezado a pensar que eso no importaba lo más mínimo. Qué narices, si alguna mujer lo deseaba por sus abdominales, sería un cambio bienvenido. La mayoría veían el Maserati y el Rolex y les daba igual su aspecto. Jackson movió la cabeza. Por eso había renunciado a la esperanza de encontrar a alguien a quien le importara él como persona. Su última relación había sido un desastre desde el inicio. Ella era una trepa social disfrazada de camarera. Laurie, una mujer a la que había sorprendido en el cuarto de baño, subida en la encimera con las piernas en alto, intentando meter el contenido de un preservativo usado dentro de su cuerpo para quedarse embarazada. Una jugada calculada para conseguir pensión alimenticia o un veinte por ciento de los ingresos brutos de él hasta que el bebé cumpliera los dieciocho años.

Cada vez que Jackson pensaba que ya no podía ser más cínico con respecto a las mujeres, se las arreglaba para alcanzar otro nivel. La experiencia había logrado que no quisiera salir con mujeres nunca más. Últimamente confiaba en relaciones con viejas amigas con derecho a sexo, relaciones sin ataduras ni compromisos. Mujeres a las que les gustaba cenar fuera, algún regalo que otro y que no les importaba que desapareciera durante meses. Tener dinero no era todo malo.

Llevaba años diciéndose que eso era lo que quería, una serie de mujeres atractivas y bien dispuestas. En general, el sistema le había funcionado bien, hasta que había pasado Acción de Gracias con su primo, la esposa de este y los hijos de ambos y había empezado a pensar cómo sería tener familia propia, una casa llena de amor y risas y un poco de caos. Por eso le habían dolido tanto las tonterías de Laurie. Le preocupaba no encontrar nunca amor sincero, una mujer que viera más allá del dinero y pudiera amar al hombre que había bajo todo eso.

Enfiló el coche hacia la oficina que llevaba su nombre, Propiedades Drake, y entró en el aparcamiento subterráneo situado debajo del elegante rascacielos

que albergaba sus oficinas en la Costa Dorada, cerca del centro de Chicago, llamada así por sus apartamentos multimillonarios y su proximidad a la Milla Magnífica, donde estaban las tiendas más pijas de la ciudad. Saludó al guardia de seguridad de la puerta principal y se dirigió a los ascensores que lo llevarían al último piso.

Apenas se había abierto la puerta del ascensor cuando ya Hailey, su ayudante, le entregaba un capuchino muy caliente, con la espuma exactamente como le gustaba a él, con un elaborado remolino en el centro.

—Buenos días —dijo Hailey, con una sonrisa perfecta cuando le daba el café perfecto.

Perfección rubia con una falda de tubo de color gris acero y una blusa blanca, Hailey era muy profesional, tal y como le gustaba a él. A los clientes les impactaba su belleza, pero a él le gustaba que nunca pasaba por alto ni el más mínimo detalle.

—Aquí están los diarios —dijo, pasándole una carpeta con lo más importante del día y los negocios que había en marcha en la oficina—. Y la Housing Network volverá a llamar. Querían saber si ha cambiado de idea con lo de ese programa —Hailey se detuvo en la puerta, esperando su respuesta.

Jackson negó con la cabeza.

—Esta semana no tengo tiempo para debates televisivos —dijo, aunque sabía que la HN no se rendiría.

Llevaban meses acosándolo para que hiciera una aparición especial en un *reality* que ponía en contacto a expertos con renovadores de casas aficionados. Aunque esa posibilidad le resultaba interesante, Jackson estaba muy ocupado con proyectos en marcha y la fama nunca le había interesado gran cosa.

—Gracias, Hailey.

—De nada, señor. Ah, una cosa más. El señor Roberts le espera en el vestíbulo.

—¿Por qué? —preguntó Jackson, frunciendo el ceño.

Roberts era su mayor competidor en Chicago, y el único promotor que renovaba edificios tan deprisa como Jackson que no fuera Jackson. Pero mientras este creía en modernizar la comunidad e intentar mantener las casas dentro de un precio razonable y le preocupaba la ciudad como un todo, Roberts era el típico casero al que no le importaban nada sus inquilinos. Había nacido rico, un niño con fideicomiso que se había hecho más rico

todavía a costa de los pobres. Poseía una gran cantidad de propiedades decrepitas en el Lado Sur. Jackson y él nunca estaban de acuerdo en nada. ¿Por qué quería reunirse con él?

—Solo me ha dicho que usted querría oír su proposición.

—No me interesa ningún negocio que ofrezca ese hombre —repuso Jackson.

Tomó un sorbo de capuchino y se dirigió a su espacioso despacho, que hacía esquina y estaba hecho casi totalmente de cristal. Allí lo esperaba su elegante escritorio de patas de cristal y su ordenador nuevo. Desde allí veía el Lago Michigan, punteado de barcos de vela blancos, con sus playas casi llenas de bañistas incluso en los días laborables.

Hailey apenas ocultó una sonrisa.

—Ya lo he pensado yo. ¿Le digo que se marche?

—No es necesario, señorita Hailey —dijo una voz de barítono en la puerta del despacho de Jackson.

Ambos se volvieron y se encontraron con Kent Roberts, de pie en el umbral. Jackson frunció el ceño. Miró a aquel barón del sector inmobiliario alto y moreno y no le gustó nada lo que vio. Ni la americana azul de estilo universitario, ni los pantalones caqui, los zapatos caros ni la gorra de estilo aviador que llevaba encima de su cabello moreno ondulado. Su estilo pijo molestaba profundamente a Jackson. Era como si jamás hubiera dejado la imagen de chico uniformado de un internado muy exclusivo. Por otra parte, quizá había ido a internados de niño y no sabía vestir de otro modo.

A Jackson le gustaba ensuciarse las manos y se sentía tan a gusto con un martillo en la mano en medio de una obra como revisando planos. Kent, por su parte, tenía manos delicadas, de manicura perfecta, que no habían visto ni un día de trabajo en toda su vida. Los dos eran polos opuestos.

—¿Señor? —preguntó Hailey, con una voz cargada de significado.

—No importa, Hailey. Ya me ocupo yo.

La joven saludó con una inclinación de cabeza y se alejó, dejándolo a solas con Robert.

Jackson se pasó una mano por la perilla, que estaba al borde de convertirse en una barba completa. La cara de bebé de Kent le produjo satisfacción. Estaba seguro de que allí no podía crecer nada. Jackson estornudaba y le salía un bigote.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó.

Se preparó para la respuesta. Había aprendido hacía tiempo a no subestimar

a su adversario. Podía parecer que nunca se ensuciaba las manos, pero no tenía miedo de apuñalar a alguien por la espalda.

—Se trata más bien de lo que puedo hacer por ti, amigo mío —Kent sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos—. Me han dicho que te has mudado a tu casa de MacKenzie. Somos vecinos.

—¿Vecinos? —preguntó Jackson con rigidez.

—Acabo de comprar el edificio de al lado.

Jackson frunció el ceño. ¿Cómo no se había enterado de que el edificio estaba a la venta? Lo habría comprado, aunque solo fuera para proteger sus propiedades. Kent sonrió, sabedor de que había ganado una pequeña victoria.

—¿Cuál? —preguntó Jackson.

—El 1209.

Entonces Jackson se dio cuenta de que era el bloque en el que vivía Chloe, la vecina sexy. Aquello no le sentó nada bien. No le gustaba pensar que la joven tendría un casero nuevo, un hombre que sin duda le subiría el alquiler y después se negaría a arreglar nada. No conocía muy bien a Chloe, pero lo que le conocía le gustaba y, además, nadie se merecía eso.

—¿Qué piensas hacer con él? —preguntó.

La sonrisa de Kent se hizo más amplia.

—Pues vendértelo a ti, por supuesto.

Eso puso a Jackson en alerta. Sabía que Kent no era hombre que le hiciera favores.

—¿Por qué?

—Porque sé que harás la mejor oferta. Tienes un montón de dinero nuevo parado —tamborileó en el escritorio de Jackson para asegurarse de que este captaba la indirecta. Seguro que puedes permitirte. A menos que prefieras guardar tu dinero para NASCAR o lo que quiera que sea que te guste.

Kent siempre se empeñaba en hacer alguna referencia a los orígenes humildes de Jackson. Él había heredado su riqueza, no había trabajado de verdad ni un solo día de su vida. El padre de Jackson había trabajado de carpintero. Había tenido un infarto en el trabajo cuando se acercaba a la jubilación y eso había dado a Jackson la posibilidad de comprar su primera oficina y reformarla. Los dos habían heredado dinero, sí, pero la herencia de Jackson había llegado con muchos menos ceros.

—Yo me he ganado el dinero que tengo —dijo—. Eso no es algo que me avergüence.

Kent frunció el ceño.

—Como ya he dicho, creo que deberías pensar seriamente en hacerme una buena oferta.

Jackson tuvo la sensación de que, si no compraba el edificio, Kent podría convertirlo en algo terrible, como una parada de camiones en medio de la ciudad. O un club de estriptís. Algo que haría imposible vivir en la casa de al lado.

—¿Por qué no hago que mi gente llame a tu gente? —preguntó Kent—. Sé que podemos hacer un trato.

Se puso de pie con los brazos cruzados y una sonrisa fija en la cara que indicaba que disfrutaba mucho de aquella reunión. Le encantaba tratar con prepotencia a Jackson. Este sabía que pediría un precio muy poco razonable por el edificio, a pesar de que probablemente deseaba que se lo quitaran de las manos. Era un hombre vago y se había dedicado a acecharlo. ¿Acaso planeaba seguirlo por la ciudad y comprar cualquier cosa que estuviera al lado de algo suyo?

Suspiró.

—De acuerdo —dijo.

Odiaba aquel modo de jugar al gato y al ratón. Prefería ignorar a Kent y fingir que no existía, pero este tenía otras ideas. Últimamente parecía obsesionado con buscar pelea, y en parte se debía a que Jackson tenía mucho más éxito que él, le ofrecían programas en la tele y a Kent no y hacía poco que le había arrebatado el negocio de un parque con el ayuntamiento, un proyecto lucrativo que convertiría desguaces en espacios públicos. Jackson entendía que Kent era un mal promotor, que había perdido últimamente unos cuantos tratos importantes porque no tenía ni la visión ni el coraje de asumir proyectos nuevos. Jackson tenía ambas cosas. Claro que, si Kent pasara menos tiempo en clubs de estriptís y más informándose sobre el sector inmobiliario, también él tendría más éxito.

Kent se quedó de pie cerca de la puerta, con la sonrisa de suficiencia en su cara que tanto odiaba Jackson. Este miró su ordenador para enfatizar que daba por terminada la reunión. Como el otro no se marchó de inmediato, acabó por alzar la vista.

—¿Hay algo más? —preguntó.

—Diré a mi gente que llame a la tuya —repuso Kent, sin darse cuenta de lo pretencioso y tópico que sonaba aquello.

Jackson no contestó. Miró la pantalla de su ordenador hasta que el otro se fue.

En cuanto se hubo ido Kent, entró Hailey.

—¿Va todo bien? —indagó.

—Muy bien. Solo está fanfarroneando, como siempre. Es lo que mejor se le da —Jackson movió la cabeza.

—¿Hasta dónde va a llegar esta rivalidad? —preguntó Hailey—. ¿Organizo una pelea después de clase? —sonrió con sorna. Hailey, que se había casado con Kristi, su novia de siempre, el año anterior, toleraba mal las peleas alimentadas con testosterona.

—Yo ganaría esa pelea —contestó Jackson, por si había alguna duda.

—Ya lo sé —Hailey sonrió.

—Llegarán noticias tuyas sobre una propiedad cerca de mi casa. Seguro que la primera oferta será ridícula, pero estate atenta.

—Lo estaré —Hailey volvió a salir del despacho.

Jackson tomó otro sorbo de capuchino, ya tibio, y tocó el teclado para resucitar la pantalla del ordenador. Después de la conversación con Kent, necesitaba aclararse el paladar. Pensó en la vecina nueva, en sus ojos oscuros y su pezón a la vista. Le encantaba su aspecto, ni totalmente coreano ni totalmente irlandés, algo a medio camino. Él era un chucho de muchas razas, principalmente celta, con algo de *cherokee* en alguna parte, de alemán e incluso una pizca de criollo. Como sentía curiosidad por Chloe, buscó su edificio y vio que todos eran apartamentos de alquiler, lo cual ya sabía. Vio fotos antiguas de lo que debía ser el de ella, un lugar pequeño. Cuando miraba las fotos, la pantalla de su teléfono móvil se iluminó con un mensaje entrante de su exnovia.

Te echo de menos.

Jackson miró el mensaje y negó con la cabeza. Laurie. ¿En serio? ¿Lo echaba de menos? Él sabía que era mentira. Tal vez echara de menos su dinero, ¿pero a él? Imposible. Borró el mensaje. Saber algo de Laurie le producía la sensación de un cubo de agua fría por la cabeza. ¿Por qué pensaba en la chica misteriosa que vivía al lado? Seguramente no sería distinta a Laurie.

Hasta él se daba cuenta de que estaba entrando en un lugar oscuro. No le gustaba. Su nueva actitud lúgubre le disgustaba. Siempre había sido un hombre que iba a por todas. Así era como había construido su imperio de la nada.

Entonces recibió otro mensaje.

¿Cómo va la mudanza? ¿Ya has montado la cama?

Era de Annaliese, una de sus amigas con derecho a roce, una modelo de Europa del Este que estaba encantada de que contara con ella de vez en cuando.

Tal vez, contestó él.

¿Quieres que vaya esta noche a ayudarte a estrenarla?

Jackson pensó en sus curvas, su cabello rojo suave y la habilidad que tenía para distraerlo de sus problemas, principalmente con sus talentosas manos. Y boca.

Jamás se enamoraría de Annaliese, quien era demasiado monotemática para él. Lo suyo era solo sexo. Nunca quería cenar ni copas. Había dejado claro desde el principio que no tenía interés en mantener una relación y que, aunque así fuera, él sería la última persona con la que querría casarse. Tenía la teoría de que nadie podía ser fiel, y menos los hombres ricos. Aunque a él no le había dado nunca la oportunidad. Aun así, ni siquiera podía imaginarse sentado enfrente de Annaliese cenando. La mayoría de las veces llegaba a su casa vestida con una gabardina y nada más. De vez en cuando, también un ligero y medias. O encaje transparente. O tanga. Jackson se sorprendió pensando qué llevaría esa noche.

Acepto la cita, escribió.

Sabes que yo no tengo citas, contestó ella.

Jackson sonrió.

Capítulo 3

—Deberías salir con nosotros esta noche —dijo Ryan por teléfono a Chloe, que miraba el burrito que tenía en el microondas.

Tenía el auricular de manos libres en el oído y se sentó en su cocina caliente, aunque empezaba a enfriarse una vez que se había puesto el sol y entraba brisa por la ventana abierta. Miró la pantalla rota del teléfono. Funcionaba todavía para hacer y recibir llamadas, pero no había conseguido revisar mensajes de texto ni de Twitter. Sería un gasto más que tendría que hacer cuando recibiera el siguiente cheque. Tendría que esperar hasta entonces. No ayudaba que muchos de sus clientes de redes sociales más recientes fueran organizaciones sin ánimo de lucro que tardaban bastante en pagar las facturas. Había trabajado casi toda la tarde con una ONG llamada Nuestro Hogar, que intentaba ayudar a familias con rentas bajas a seguir en barrios que se aburguesaban poco a poco.

Había subido a internet fotos de su trabajo. Gran parte de lo que hacían se parecía a los proyectos de Hábitat para la Humanidad, excepto porque ellos reparaban edificios estropeados y presionaban a los concejales de la zona para que no dieran luz verde a proyectos comerciales que amenazaran las casas de rentas bajas. Claro que, si Chloe no cobraba pronto, tendría que moverse a sí misma a la categoría de «renta baja». Su ordenador seguía abierto en la mesa del comedor, prueba evidente de que ese día había trabajado. Llevaba todavía la misma ropa con la que la había visto su vecino (top de tirantes y pantalón corto), pues no se había molestado en cambiarse porque había estado encadenada al ordenador la mayor parte del día. Tener un negocio de consultoría propio implicaba que podía trabajar desde casa, pero también que el trabajo no se acababa nunca si quería que su negocio sobreviviera. Además, acababa de recibir un aviso en el buzón de que el

edificio había cambiado de propietario y esperaba que eso no implicara una subida del alquiler cuando se acabara su contrato unos meses después, pero sabía que esa era una esperanza vana.

—Ryan, no sé....

«Tendría que ducharme, cambiarme. Parece un gran esfuerzo». O podía quedarse allí, comerse el burrito, ver un montón de episodios de *Juego de tronos* y acostarse. La segunda opción parecía mucho más sencilla.

—Brendan dice que si no sales de casa al menos una vez esta semana, te vamos a hacer una intervención.

Chloe sonrió. Adoraba a Ryan y a Brendan, había asistido a su boda *gay* el verano anterior. Era amiga de Ryan desde la universidad y se había alegrado mucho cuando había conocido a Brendan, pues hacían muy buena pareja. Ambos eran morenos y delgados, ambos fanáticos de la naturaleza y aficionados al montañismo. Siempre que Chloe pensaba que tal vez ella no encontrara el amor, se fijaba en ellos y se decía que, si ellos habían podido encontrar a su alma gemela, probablemente ella también podría. Las publicaciones románticas que colgaban en Facebook le habrían dado náuseas de no ser porque los quería mucho a los dos.

—En serio, ¿cuántos días has llevado la ropa que llevas puesta ahora?

—Uno —dijo ella.

Se preguntó si sería verdad. ¿Se había cambiado el día anterior? No lo recordaba, aunque tenía que admitir que había pensado acostarse con la misma ropa. ¿Habría caído más bajo que nunca? Ni ducharse ni cambiarse en dos días. ¡Demonios! ¿Pero esa no era una de las grandes ventajas de trabajar en casa?

—Creo que mientes.

Chloe se echó a reír.

—Nos vemos la próxima vez, ¿de acuerdo?

Ryan suspiró.

—De acuerdo, pero te estás convirtiendo en una ermitaña maniática, ¿lo sabes? Tienes que salir. Socializar con la gente. Estás todo el día metida en las redes sociales, pero ya no hablas nunca con nadie. ¿Cuándo fue tu última interacción con humanos?

—Eso no es necesario para mi trabajo —le hizo ver ella.

—No, pero sí para tu salud mental. Desde la ruptura con...

—Jamás pronuncies su nombre.

El nombre del banquero de inversiones que se reía de su trabajo de consultoría, que a menudo le decía que tenía que buscar un «trabajo de verdad» y hacía bromas interminables sobre que trabajar en pijama no era trabajar. Chloe estaba orgullosa de sus logros y de ser su propia jefa. Pero como no tenía un trabajo tradicional, Kevin pensaba que era menos importante que otras personas. Para él, una novia era más un accesorio que una persona, y por eso la llamaba en la cama por otro nombre, un nombre que luego descubrió, por una serie de mensajes espeluznantes que vio en el teléfono de él, que pertenecía a una compañera de trabajo con la que había tenido una aventura.

—Te estás escondiendo, Chloe. Es hora de soltar amarras y salir al mundo —dijo Ryan.

La joven sabía que su amigo tenía razón, pero no le apetecía salir al mundo. Aunque Kevin había sido horrible con ella, Chloe había llegado al punto de pensar que quizá se casarían. Él se lo había dicho así. Y seis meses después, seguía sintiendo el golpe de su infidelidad. Sabía que era porque ella quería más. Se acercaba a los treinta años y su reloj biológico se aceleraba a toda máquina. Quería un bebé, una familia, un marido, y estaba segura de que no encontraría ninguna de esas cosas yendo a un bar con Ryan.

—Lo haré... otro día —contestó. Miró el burrito que se enfriaba en el plato y pensó que parecía muy poco apetitoso—. Solo necesito algo de tiempo. Además, tengo un vecino nuevo. Está como un tren y cargado de pasta.

—¡Oh! Un Christian Grey.

—Ah... Bueno, si Christian Grey llevara pantalón corto y tuviera tatuajes —ella dio un mordisco al burrito y casi se quemó la lengua. Dejó en la mesa la comida demasiado caliente.

—¡Ah! Un malote. Un malote rico. Me gusta.

Chloe se echó a reír.

—No se lo digas a Brendan. Le dará envidia.

—Tal vez. Lánzate a por él. No dejes pasar esa oportunidad.

—Creo que puede ser *gay*. Tiene una tableta de chocolate por estómago —contestó Chloe.

Se mordió el labio inferior y se acercó a la ventana para mirar el segundo piso a oscuras del vecino. Había estado pendiente toda la tarde, pero no había vuelto a verlo, aunque sí había llegado un ejército de ayudantes que lo habían desempaquetado absolutamente todo. La joven nunca había visto tanta

eficiencia, pero en cuestión de horas habían montado la cocina, la cama y colgado los cuadros. Mirándolos, había pensado que debía de ser agradable ser rico.

Ryan pensó un momento.

—Tienes razón. Las tabletas de chocolate son algo muy extendido en la comunidad *gay*.

En ese momento se encendió la luz del vecino y Chloe retrocedió desde la ventana.

—Tengo que dejarte, ¿de acuerdo? Te llamo luego.

—Recuerda lo que te he dicho. No seas una ermitaña.

—Te quiero —dijo ella. Y cortó la llamada.

Se dijo que no estaba bien espiar al vecino y, además, seguramente fuera uno de sus ayudantes. Pero cuando se acercó a las cortinas, vio a Jackson entrar en el segundo piso desde la escalera abierta situada en la parte de atrás de la sala de estar. Él se quitó inmediatamente la camisa.

¡Caray! Chloe podría acostumbrarse fácilmente a aquella vista. Pectorales bien tonificados, abdominales increíbles, hombros anchos y musculosos. Se preguntó una vez más en qué trabajaría. ¿Modelo? ¿Actor? Jackson podía ser ambas cosas. Desapareció en la habitación de la derecha, su dormitorio, donde ella había visto a sus siervos decoradores instalar la cama y meter brazada tras brazada de trajes caros. No veía cocina, así que tenía que estar en uno de los dos pisos de abajo. No conseguía imaginar para qué quería tanto espacio. Por lo que sabía, la planta baja podía ser una cancha de baloncesto interior. O estar llena de camas elásticas. No tenía ni idea de cómo vivían los muy ricos.

Pensó que quizá él se disponía a acostarse y volvió a su burrito. Dio un mordisco que seguía congelado en parte. ¿Cómo era posible que un extremo ardiera y el otro fuera un cubito de hielo? Dejó el burrito, pues de pronto ya no quería comerlo. Apagó la luz del techo de la cocina y dejó solo la luz del horno para iluminar la pequeña estancia. Alzó la vista y vio que Jackson salía de su dormitorio vestido con pantalones cortos de malla, que llevaba bajos en las caderas, y sin camisa. Se dejó caer en el sofá de piel y puso los pies en alto. Debió de sonar su teléfono porque lo tomó y se lo acercó al oído. Un segundo después, tocó la pantalla. Permaneció en el sofá con los ojos fijos en la escalera. De pronto apareció en la escalera una mujer vestida solo con el mono de seda más corto que había visto Chloe. Llevaba también sandalias de

tacón de aguja, demasiado maquillaje y un pelo de color berenjena cortado a la altura de la barbilla. Era espectacular. Se acercó al sofá con los labios fruncidos y él siguió sentado mirándola.

¿Era su novia? Chloe sintió un nudo en mitad del estómago.

Pero no lo saludó como una novia. No se abrazaron ni besaron, sino que ella empezó a quitarse el mono, con lo que mostró que no llevaba sujetador. Aquella mujer iba directa al grano. Nada de tonterías. Jackson miraba el espectáculo con aire complacido y ella terminó de quitarse el mono y quedó solo con los tacones de aguja y el cuerpo desnudo delante de él.

«Definitivamente, no es gay».

Chloe sabía que tenía que dejar de mirar, pero no podía. Se agarró a la cortina, medio escondida, fascinada por lo que sucedía delante de ella. Era un millón de veces más interesante que el burrito abandonado. El vecino malote se levantó entonces y la mujer se arrodilló delante de él. Le bajó el pantalón corto y él le agarró un puñado de pelo y le dio un tirón juguetón.

«No puedo ver esto», gritaba la mente de Chloe. Y sin embargo, no podía apartar la vista. La mujer dejó su pene al descubierto y Chloe casi soltó un grito. Era más grande que el de Kevin. Mucho más grande. Ni siquiera sabía que hubiera penes tan grandes. La mujer trabajaba con él con ambas manos y Jackson se ponía rígido bajo sus caricias. La miró cuando ella se introdujo una parte en la boca, la punta.

¿No sabían que las ventanas estaban abiertas de par en par? ¿Eran conscientes de que ella podía verlo todo? Aquello era llevar la invisible cuarta pared a otro nivel.

Sin embargo, una parte de ella se daba cuenta de que a ninguno de los dos le importaba eso. Estaban absortos en el sexo, solo en el sexo. Después de un minuto, él la puso de pie, le dio la vuelta, totalmente bajo control, y la inclinó sobre el brazo del sofá. Deslizó los dedos por la parte interior del muslo de ella, la acarició y luego los introdujo en su interior. La mujer gimió y echó atrás la cabeza. Él entonces abrió el paquete de un preservativo con los dientes, se lo puso en el pene y la penetró fuerte, posesivo, con decisión.

«No debería ver esto», pensó Chloe. Pero tampoco podía darse la vuelta.

Sentía todo su cuerpo caliente. Por un segundo se imaginó allí, sobre aquel sofá, con él poseyéndola desde atrás como un animal, llenándola. Vio cómo se tensaban sus abdominales cuando metía y sacaba el pene, vio la alegría y el deseo que mostraba la cara de la mujer cuando recibía todo el pene dentro una

y otra vez. Chloe los observaba embelesada, incapaz de volverse. Nunca había estado con un hombre tan grande. ¿Qué se sentiría? La desconocida agarraba los cojines del sofá con los nudillos blancos y parecía gritar. ¿Había llegado al orgasmo? Todo su cuerpo vibró y Chloe se estremeció. Sintió una punzada de celos. Quería llegar al clímax así, sintiendo a Jackson muy dentro de ella.

Su cuerpo cobró vida al instante, sintió cosquillas en el vientre caliente y el pantalón corto se puso pegajoso de pronto entre las piernas. «¿Qué estoy haciendo? Soy una *voyeur*. Esto está mal». Y sin embargo, quería meter las manos por la cintura del pantalón y acariciarse. Sentía una palpitación entre las piernas, sentía allí la necesidad y el deseo.

¿Aquello de espiar a la gente por la ventana no era ilegal?

«Tengo que alejarme. Bajar la persiana». Pero seguía mirando, cautivada y concentrada en el cuerpo magnífico de él, en sus manos fuertes en las caderas de la mujer mientras exploraba sus lugares más profundos. Ella tenía los pezones firmes, los pechos pequeños se balanceaban con cada movimiento. Se movía contra él, hacia arriba, arqueando la espalda, disfrutando de cada centímetro del cuerpo de él.

Chloe se mordió el labio inferior, sintiendo sus pezones empujar contra su camisa, y de pronto su cuerpo se vio vencido por el deseo, como una fiebre. Quería estar al otro lado de aquella ventana. Quería sentir las manos de él en su cuerpo. Y seguía allí, medio oculta por la cortina y consumida por aquellos pensamientos.

Sentía tentaciones de tocarse, de rascar el picor que crecía en su interior. Pero no. Aquello estaría mal, ¿no?

Miraba a Jackson, que tenía los ojos fijos en el cuerpo de la mujer y el rostro serio. Entonces, como si presintiera que ella los observaba, alzó la vista y la vio.

A Chloe se le paró el corazón. Un miedo helado le bajó por la espina dorsal. ¡La había visto! ¡La había sorprendido espiando!

Sin embargo, no podía dejar de mirar los ojos azules de él. El corazón empezó a latirle con fuerza. La habían pillado.

«Se pondrá furioso. Puede que llame a la policía».

Entonces una sonrisa pequeña entreabrió los labios de él. Casi parecía... divertido. Mantuvo el contacto visual con ella y embistió aún más hondo a la otra mujer.

Chloe abrió la boca. La mirada de él la mantenía en su sitio como el rayo

abductor de una nave extraterrestre. Asintió levemente con la cabeza. «Sigue», parecían decir sus ojos retadores, «mírame». La mujer que tenía delante había cerrado los ojos, disfrutando obviamente de la sensación de él en su interior, pero de pronto ya no parecía importar que estuviera follando con otra mujer. Jackson miraba a Chloe y esta tenía la sensación de que eran las únicas personas en el mundo. De algún modo, aquello resultaba extrañamente íntimo. Chloe miraba al hombre en su momento más vulnerable y Jackson le dejaba mirarlo.

Algo en todo aquello estaba muy mal... Era muy travieso. Pero no podía apartar la vista ni retirarse de la ventana. ¿Cómo podía mirarla a ella cuando estaba dentro de otra mujer? Y sin embargo, parecía que quisiera que ella mirara.

¿Era eso posible?

¿Y era su imaginación o aquello le excitaba? Se dio cuenta de que sí, le excitaba ella. Que ella mirara. Entonces se sintió extrañamente poderosa. No era una tercera persona sin papel. Ella causaba un efecto en lo que veía.

Jackson se inclinó, acarició con la boca el cuello de la mujer, le tocó un pecho firme y retorció el pezón rosa, pero sus ojos no se apartaron de Chloe en ningún momento, como si, de algún modo, le ofreciera hacerle eso a ella. El calor le quemaba el vientre a ella.

«Sí. Justo así. Tócala».

«Tócame».

Al sentir crecer el deseo, la mano de Chloe cubrió instintivamente su pecho. En ese momento, la mano en su pecho le parecía que fuera la de él. Imaginó cómo sería que le acariciara el cuello con la boca al tiempo que la penetraba todavía más hondo.

Jackson se enderezó, agarró las caderas de la mujer y la movió un poco de modo que Chloe pudiera verlo desde el lateral, ver la longitud del pene entrar... y salir. ¡Qué grande era! Y estaba muy duro para ella. ¿Podría tener tanto dentro?

«Sí, Jackson. Justo así», pensó. «Así es como lo quiero».

«Rápido».

«Fuerte».

«Profundo».

Jackson aceleró el ritmo, como si oyera los pensamientos de ella. Era todo animal, todo deseo. La humedad le bajaba por las piernas a ella, que lo miraba

embobada, incapaz de apartar la vista. Y él la miraba fijamente en todo momento, sus ojos azules e intensos no abandonaban el rostro de ella.

Chloe quería verlo correrse, vaciarse en aquella mujer, porque eso era lo que querría para sí. A todo él. Todo lo que él pudiera darle.

Y después de varias embestidas furiosas, él se corrió, con el rostro poseído por el placer de puro alivio. Cerró brevemente los ojos en el momento del orgasmo y ella supo que lo había ayudado. Lo había excitado, empujado al clímax. Sintió el pulso galopante entre sus propias piernas y supo que él había tenido el mismo efecto en ella. Su cuerpo había cobrado vida con la necesidad y el deseo, pues ambos fluían por sus venas, impulsados por su corazón galopante. ¡Lo que habría dado en ese momento por sentirlo dentro! ¡Cuánto lo deseaba!

Entonces la mujer que había delante de él abrió los ojos y se rompió el hechizo. La burbuja de intimidad que había ocupado con Jackson se explotó entonces. Chloe se agachó detrás de las cortinas, temerosa de que la mujer la viera. Apretó la espalda en la pared de ladrillo, con el corazón latiéndole con fuerza en los oídos.

¿Qué acababa de pasar?

Lo que había sucedido estaba mal. Muy mal. ¿Cómo se sentiría ella si alguien la observara con su novio? Pero ella nunca habría sido tan osada como aquella mujer. No lo habría hecho con las persianas subidas. Recordó la mueca de seguridad de la mujer al quitarse el mono. Seguramente no le importaría que la hubieran visto. Después de todo, hacía aquello delante de las ventanas de noche y con la persiana veneciana subida.

Chloe apagó la luz del vestíbulo y su apartamento quedó a oscuras. Sintió el manto de oscuridad como una cubierta protectora. ¿Podría volver a mirar a Jackson a la cara? Corrió las cortinas con frenesí.

No. Había estado mal. No tendría que haber mirado. Sin embargo, le había gustado. Y le había gustado más todavía cuando él la había sorprendido mirando. Cuando le había mostrado cuánto lo disfrutaba. Mirándola con sus ojos azules, excitado por la mirada de ella... Chloe no había olvidado su expresión al correrse.

El calor se acumuló entre sus piernas y deslizó la mano dentro del pantalón corto. Se descubrió muy mojada, muy excitada. Tocó su centro más delicado y se estremeció, sabiendo que aquello era lo que había querido hacer cuando miraba a Jackson y ya no podía contenerse más. Pensó en las manos de él, en

sus ojos, en cómo sería tenerlo dentro llenándola y, antes de darse cuenta, llegó rápidamente al clímax con fuerza, en una explosión de deseo.

Nunca había hecho aquello, correrse en cuestión de segundos. Pero sabía por qué había sido diferente esa vez. Por Jackson. Todo se debía a él.

¿Qué haría si supiera que ella acababa de hacer aquello por él?

Aquella idea se quedó bailando en su mente. Estaba mal. Y sin embargo, bien.

Tenía la sensación de haber estado allí con él. Y... con ella. Su corazón se asentó un poco, su respiración se hizo más lenta y se preguntó si la vecina se habría vestido y si Jackson y ella estarían abrazados y besándose en aquel momento. Esa idea le provocó una llamarada de celos. ¿Por qué?

«No soy su novia. Solo soy la vecina que le enseñó las tetas y le ha visto correrse». ¿Cuánto deseaba poder ver de nuevo aquella expresión de puro placer en la cara de él! Pero esa vez con él dentro de ella.

Se dejó caer en una silla ante la mesa de la cocina y miró las cortinas corridas. ¿Debía echar otro vistazo? ¿Se atrevería? No. Luchó consigo misma. «Ya he invadido bastante la intimidad de ese hombre. Ya he violado bastantes leyes».

¿Y si Jackson llamaba a la policía?

Movió la cabeza. No. Recordaba el placer en la cara de él cuando había alzado la mirada y la había visto. No. A él le gustaba. Le gustaba que mirara.

¿Pero quién era aquella mujer? ¿Novia? ¿Prostituta? Chloe no sabía cuál de las dos cosas sería peor. No le gustaba pensar que tenía novia, una relación íntima y amorosa, pero tampoco le gustaba la idea de que pagara por sexo. Oyó que se cerraba una puerta en el callejón y la curiosidad pudo más que ella. Apartó la cortina un centímetro y se asomó. La mujer en cuestión se metió en un Uber que esperaba en el callejón.

Definitivamente, no era su novia. Entonces... ¿qué era?

Chloe pensó en el hombre con la gran casa de tres plantas solo para él, sexualmente satisfecho, quizá incluso desnudo todavía. Quizá duchándose. Un pensamiento loco cruzó por su cabeza. ¿Y si se acercaba y llamaba a su timbre?

Desechó la idea al instante. ¿En serio? ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que sentía haberlo espiado? ¿O pedirle que le hiciera lo mismo que acababa de hacerle a aquella mujer?

Sintió un cosquilleo en la parte interna del muslo. El calor volvió a

inundarle el abdomen. Pero acababa de ocuparse de ese problema, ¿no? ¿Otra vez sentía deseo? ¿Tan pronto? Solo pensar en ver a Jackson bastaba para que se mojara.

No. Él creería que estaba loca. ¿O no?

Después de ver alejarse el Uber, levantó la vista a las ventanas del vecino. No lo vio y supuso que se habría trasladado al dormitorio, aunque las persianas seguían subidas. Quizá se había olvidado de todo. Tal vez fingiría que no había ocurrido. Tal vez era eso lo que debía hacer también ella.

Entonces lo vio volver con una pastilla blanca de jabón en la mano y un cuenco de agua. ¿Qué iba...? Se escondió una vez más cuando él se acercó a las ventanas. La idea de que la sorprendiera espiándolo de nuevo la hizo sonrojarse de vergüenza. Esperó unos minutos respirando fuerte.

«Vete a la cama, Chloe», se dijo. «¿Se puede saber qué haces?».

Esperó unos momentos que le parecieron horas. ¿Miraba una vez más? ¿Qué hacía él con la pastilla de jabón?

Se asomó por el borde de la cortina, dejando solo espacio suficiente para un ojo. La sala de estar estaba vacía. Ni rastro de Jackson.

Pero había usado el jabón para escribir un mensaje en el cristal de la ventana. Era lo bastante claro para leerlo.

¿La próxima vez quieres hacer algo más que mirar?

Capítulo 4

Chloe apenas pudo dormir pensando en lo que podía significar el mensaje. ¿Quería que se reuniera con él? ¿O con él y con ella? ¿Un trío? Pensó en el cuerpo increíble de la mujer y descartó enseguida aquella idea. Jamás se desnudaría en la misma habitación que aquella modelo. No estaba dispuesta a comparar su parte superior exuberante con las tetas pequeñas de aquella mujer de piel y huesos. Chloe tenía curvas y eso implicaba que a veces se balanceaban cuando no tenían que hacerlo. Quizá Jackson no la hubiera invitado a practicar sexo. Podía ser solo un modo de llamarle la atención por su espionaje. Por mucho que la joven pensaba en aquello, no conseguía desentrañar su significado.

A la mañana siguiente, seguía avergonzada en parte. Después de todo, había visto al vecino echando un polvo y no se había alejado. Cierto que él había dejado las ventanas abiertas, pero aun así... Eso violaba las reglas básicas de la decencia y Chloe lo sabía, aunque no podía evitar sentir todavía más curiosidad por Jackson después de saber que estaba tan... bien dotado. Una parte de ella quería decirle que deseaba hacer algo más que mirar. ¡Puf! ¿Aquello la convertía en una ramera? Probablemente. ¿O solo cuidaba de sus propias necesidades? Solo había que mirar a aquel hombre. Espectacular. Rico. Probablemente nunca se había sentido incomodado en ningún vestuario en el que hubiera entrado. Chloe se sonrojó más de una vez con la imagen de él desnudo cruzando por su mente. Sus zapatos de correr golpeaban con fuerza el suelo de cemento en su camino hacia la pista para corredores del Lago Michigan.

Después de unos cuantos cruces, entró en el túnel subterráneo para peatones que salía al lago y giró al norte en la pista de correr, con el sol alzándose sobre el agua azul, que se extendía de tal modo hacia el horizonte que parecía

imposible que fuera agua fresca y no el mar salado. Las olas rompían en la playa de arena y ella corría con el corazón galopante. El aire se hacía más caliente a medida que el sol subía en el cielo y el sudor empezaba a cubrir la parte baja de su espalda. Se dijo que seguiría solo un poco más y después daría media vuelta y volvería a su apartamento. Esa mañana se había duchado, puesto ropa bonita y algo de maquillaje.

«¿Intentas impresionar a Jackson? ¿Esperas que te pueda ver así? ¿Le vas a decir que anoche te hizo masturbarte?».

Una parte de ella se preguntaba si a él le gustaría saberlo.

Se mordió el labio inferior. El espionaje de la noche anterior había subido el coqueteo a un nivel nuevo. Había cruzado una línea roja. Y aquella mujer probablemente sería su novia. No podía liarse con un hombre que estaba claramente enrollado y tenía intimidad sexual con otra persona. «Intimidad sexual muy profunda», pensó, al recordar sus embestidas largas y fuertes.

Aunque la mujer no se había quedado a pasar la noche, eso no significaba nada. Podía haber un millón de razones para ello. Deseaba a su vecino sexy, pero él tenía una relación y Chloe no cruzaría esa línea.

¿O sí? Se mordió el labio inferior.

Corrió de vuelta al apartamento, introdujo la clave de su casa y subió la escalera trotando y secándose el sudor de la frente. Intentó recuperar el aliento, convencida de que lo mejor sería no hacer caso de aquel mensaje. Eso era lo correcto. Sin embargo, cuando leyó el mensaje, que seguía todavía en el cristal, sintió un escalofrío en la parte de atrás de las rodillas.

¿La próxima vez quieres hacer algo más que mirar?

«¡Demonios, sí», pensó. Sí, quería. Quería hacer mucho más que mirar. ¿Pero en qué estaba pensando? ¿En serio quería meterse en la cama con el vecino? ¿Qué pasaría si lo hacía y el sexo resultaba ser terrible? O peor ¿si él cortaba luego? ¿Cómo sería vivir al lado de un hombre con el que se había acostado?

Todos sus pensamientos racionales le decían que tontear con el vecino era una mala idea.

El agua fría de la ducha se llevó algo de su deseo por el desagüe, pero la invitación de Jackson zumbaba todavía en su cerebro. Quería hacerle un millón de preguntas, necesitaba saber qué era exactamente lo que le ofrecía.

Recordó los tatuajes oscuros de su hombro. Algún tipo de alas. Quería verlos de cerca. Tocarlos. Leer la inscripción si la había. Preguntarle por qué

se los había hecho.

«Pero vive al lado. Eso puede ser un desastre».

Pensó en Ryan. Sin duda le diría que se lanzara a por ello. Casi imaginaba sus felicitaciones si le decía que por fin había encontrado un modo de olvidarse de Kevin. ¿No le había dicho Ryan que tenía que olvidarse de Kevin y relacionarse más?

Pero ¿de verdad iba a hacer aquello?

Vaciló. Todavía no había decidido qué hacer con el mensaje. ¿Ignorarlo? ¿Contestar?

Miró por la ventana. Las palabras estaban claras como el agua, con el segundo piso a oscuras. ¿El vecino seguía durmiendo o se había ido a trabajar mientras ella corría?

Se imaginó escribiendo un mensaje en su ventana y que él alzara entonces la persiana y la sorprendiera *in fraganti*. Esa idea le resultaba mortificante. Ni siquiera sabía si podría soportar mirarlo a los ojos después de lo de la noche anterior.

Decidió ignorar el mensaje y conectó el ordenador. Después de contestar unos cuantos emails, miró de nuevo las ventanas oscurecidas de su vecino. Tal vez estuviera trabajando y podía enviarle un mensaje, pero ¿cuál?

No. Eso era una locura. ¿Por qué iba a escribirle un mensaje? «Olvídalo, Chloe», se dijo. «Finge que no ha pasado nada de esto».

Pero no podía. Intentaba concentrarse en el trabajo, pero su atención se iba una y otra vez a las ventanas oscurecidas de Jackson y al mensaje que le había dejado allí. No podía olvidar su cuerpo, increíblemente cincelado, y sus ojos azules observándola.

No tenía una pastilla de jabón para escribir en el cristal, así que optó por un bloc de notas adhesivas. Su ventana era alargada y empezó a construir el mensaje escribiendo una letra en cada papel. Luego se detuvo y las retiró todas. Estaba loca por contestar a aquello, ¿no? Tenía que estar loca.

Miró las notas adhesivas de color rosa que tenía en la mano. Puede que estuviera loca, pero volvió a empezar sin darse tiempo a cambiar de idea.

Jackson estaba sentado en su despacho de Propiedades Drake, jugando con un bolígrafo entre los dedos y pensando en el sueño que había tenido esa noche. Había soñado con Chloe, de pie al otro lado de una ventana de cristal,

vestida solo con zapatos de tacón de aguja de color rojo cereza. Esa mañana no había podido prestar atención a ningún correo electrónico porque no podía dejar de pensar qué habría hecho su vecina al ver el mensaje.

Sabía que había corrido un riesgo al escribir el mensaje en su cristal, pero un hombre como él no construía un imperio sin correr riesgos. Había visto el deseo en la cara de ella y sabía que si presionaba un poco, no mucho, ella podría acabar en su cama. Y deseaba mucho saber cómo sería ella en ese aspecto. ¿Le gustaba solo mirar o sería también buena en la práctica?

¿Qué estaría haciendo en ese momento? Confiaba en que estuviera creando una respuesta. Esa idea le hizo sonreír. Nunca le habían excitado tanto los ojos de una mujer. Sus ojos oscuros y sensuales. Los había mirado descaradamente a Annaliese y a él, casi sin miedo. Jackson se moría de ganas de saber cómo sería ella en persona, cuando no hubiera una ventana entre ellos. Quería explorar sus lugares más oscuros.

—¿Señor Drake? Una llamada por la línea uno. ¿Una tal señorita Smith? —preguntó su ayudante por el interfono.

Jackson volvió de golpe a la realidad. La que llamaba era Laurie, su exprometida.

—Que salte el buzón de voz, por favor —dijo él.

En ese momento apareció un mensaje en su teléfono. Era de Laurie.

Necesito hablar contigo. Por favor. Llámame.

Jackson borró el mensaje y pensó en bloquearla. Aquella mujer no aceptaba un no y eso lo irritaba.

No hay nada que hablar. Hemos terminado.

Pero yo te quiero, contestó ella rápidamente.

¡Por favor! Ella no sabía lo que era el amor. Sabía mucho de traición, engaño y avaricia, pero nada de amor. Jackson vio la luz roja parpadeante en su teléfono que señalaba que Laurie había dejado un mensaje en el buzón de voz y pulsó rápidamente Borrar sin molestarse en oírlo. No tenía tiempo para tantas tonterías. Aquella mujer estaba obsesionada con su dinero, nada más.

Terminó la carta a Kent con su primera oferta por la propiedad del número 1209 y la envió, seguro de que sería rechazada de plano. Era una oferta por debajo del valor de mercado, pero en alguna parte tenía que empezar. Suponía que al final acabarían por encontrarse a medio camino, si Kent de verdad quería vendérselo y aquello no era solo un juego elaborado por su parte, que podía serlo. A Kent sin duda le gustaría la idea de jugar un poco con él,

hacerle creer que tenía una posibilidad de comprar una propiedad que no tenía intención de vender. No le importaba tanto que los dos perdieran el tiempo como irritar a Jackson. Aquel hombre debería buscarse un entretenimiento. O una esposa que lo tuviera ocupado. O algo.

Aun así, le gustaba la idea de ser el casero de Chloe. Sabía que cuidaría mejor su edificio de lo que nunca lo haría Kent. Le gustaba la idea de dejarse caer por su apartamento y preguntar si necesitaba algún arreglo. Había algunas cosas que quería arreglar ya. Por ejemplo, verla desnuda en su cama.

Aquello le hizo pensar si habría respondido ya a su pregunta. Miró su agenda y vio que tenía una tarde con poco trabajo. Quizá debería acercarse a su casa y verlo.

Salió de su despacho y vio a Hailey dándole al teclado en su mesa. Recordó entonces el teléfono roto de Chloe y la expresión destrozada de su cara cuando le había devuelto el aparato machacado.

—Hailey, ¿tenemos algún *smartphone* de sobra? Necesito uno de apoyo — dijo.

Hailey se volvió a sacar una llave de su cajón y abrió con ella un armarito que había cerca de sus rodillas. Sacó una caja y se la tendió.

—Y un sobre de papel manila, por favor.

La joven se lo entregó sin hacer preguntas.

—Gracias. Volveré en una hora más o menos. Avísame si surge algo urgente.

—Sí, señor —ella asintió con la cabeza y volvió su atención al ordenador.

Jackson guardó el teléfono nuevo en el sobre y pensó que Chloe se llevaría una sorpresa cuando lo viera aparecer con un reemplazo para el roto. Recordó lo desesperada que se había mostrado al ver que el teléfono se caía por la ventana. Ella no habría estado sentada allí si él no hubiera estado de mudanza, así que suponía que lo menos que podía hacer era reemplazar el aparato.

Le gustaba la idea de hacerle un regalo y silbó para sí cuando tomó el ascensor hasta el aparcamiento del garaje. Circuló con rapidez en su Maserati y unos minutos después aparcaba en el espacio reservado cerca de su casa. Alzó la vista y leyó claramente el mensaje de ella. Estaba escrito en notas adhesivas en su ventana.

Quizá.

Jackson sonrió. ¿Quizá quería hacer algo más que mirar? Pues tendría que esforzarse por convencerla de que él valía la molestia. Tomó el sobre que contenía el teléfono nuevo, escribió una nota rápida y la metió también en el

sobre. Depositó el paquete encima del buzón de ella y llamó a su timbre.

Chloe oyó el zumbido del timbre de abajo, pero terminó lo que estaba haciendo para su cliente en Instagram. Pensó que sería un paquete, aunque no recordaba qué había encargado. Terminó lo que estaba haciendo, bajó y abrió la puerta del edificio. Encima de su buzón había un sobre dirigido a ella. Excepto que no llevaba sello ni ningún tipo de etiqueta. Solo su nombre con un rotulador negro grueso. *Chloe Park*. Dentro había una pequeña nota. Decía:

Chloe,
«Quizá» suena a que no estás convencida del todo de que es más divertido hacer que mirar. Llámame si necesitas que te dé las razones de por qué.

Jackson

Sorprendida, abrió el paquete y encontró un *smartphone* nuevito. ¿Pero qué...? Su nuevo vecino, el ricachón de los tatuajes, acababa de entregarle un teléfono de ochocientos dólares. Miró el móvil sorprendida. ¿Quién hacía algo así? «Alguien que tiene un Maserati y un edificio entero».

Tomó su teléfono roto de la mesa de la cocina y lo comparó con el nuevo, más elegante. No podía creerlo. ¿Aquello era real? Ni siquiera la conocía. No podía aceptar un regalo así. Además, ¿qué pensaría su novia modelo de las piernas largas, la que se presentaba en su casa con un micromono de seda y sin ropa interior?

Alzó la vista al otro lado del callejón, pero no podía ver la ventana de él desde aquel ángulo, aunque vio que las persianas estaban abiertas y parecía que podía haber luz dentro, pero era difícil saberlo con la luz del día. ¿Debía acercarse allí y devolverle el teléfono?

¿O él se haría la idea equivocada y creería que estaba allí para hacer algo más que mirar? Pero tal vez fuera eso lo que quería hacer.

Observó el teléfono. No podía quedárselo. Era un regalo demasiado grande para una persona a la que ni siquiera conocía.

«Sabes cómo es desnudo y sabes cómo puede dar placer a una mujer. Y no solo se presta a que lo llames para tener sexo, sino que además te ha dado el teléfono para hacerlo».

Chloe intentó frenar sus pensamientos pícaros. ¿Y si aceptaba el teléfono y él esperaba que hiciera cosas a cambio?

Por otra parte, eso no sonaba mal. Nada mal.

No. Tenía que devolver el teléfono. No podía aceptar un regalo tan caro. ¿Verdad? Era una locura, ¿no? Mientras debatía qué hacer a continuación, el nuevo teléfono empezó a sonar con un tono de llamada estándar.

¿Qué demonios...?

Miró el aparato y se dio cuenta de que estaba encendido. Encendido y claramente activado, porque la llamada entrante era de Jackson Drake.

¿Debía contestar? ¿Sería mejor no hacer caso? ¿Por qué le regalaba aquel hombre un teléfono con su número programado dentro? Era el mejor momento para decirle que no podía aceptar ese regalo.

—¿Diga? —preguntó, acercándose el teléfono al oído.

—Hola, vecina —la voz de Jackson era como chocolate derretido. Suave, sexy, dulce.

—Ho-hola —tartamudeó ella.

Si miraba hacia la ventana, veía la parte de atrás de la persiana. La había bajado después del espectáculo de la noche anterior porque no se fiaba de que no volviera a mirar. Pero la ventana seguía abierta, porque no quería llamar todavía al técnico del aire acondicionado hasta que llegaran algunos cheques más. La luz en su apartamento era tenue, así que encendió la de la cocina y fue a beber agua del grifo.

—Veo que has recibido mi regalo —la voz cálida y profunda de él le volvía gelatinosas las entrañas a ella.

—¡Ah!, sí, respecto a eso, muchas gracias. Es muy generoso por tu parte, pero creo que no puedo aceptarlo.

—¿No te gusta? —Jackson parecía preocupado. Chloe casi tenía la sensación de que saldría corriendo a comprarle otro si se lo pedía.

—Sí. ¡Sí! Me encanta. Es un teléfono fantástico —era cierto. La calidad del sonido era muy buena y el aparato pesaba muy poco y tenía la pantalla grande. La joven sabía, por los anuncios, que era el último modelo de esa marca.

—Si te gusta, quédatelo.

—Es muy caro y... Es decir...

—Chloe —él decía su nombre como si fuera su dueño. La determinación de su voz prendió algo dentro de ella. ¿Deseo? O quizá algo más primitivo. Necesidad. Su voz resonó en el pecho de ella y se aposentó en su vientre—.

En mi oficina tengo muchos teléfonos para los agentes inmobiliarios, así que insisto. Quédate uno. Si no lo haces, estará guardado en un cajón y no lo usará nadie.

—Pues si de verdad no es molestia... Pero tengo que cambiarlo a mi compañía y...

—Si quieres —repuso él—. Pero si no lo haces, también bien. Insisto en que te lo quedes. Es un regalo mío. Si no te hubieran distraído tanto los de la mudanza, no se te habría caído el teléfono.

«La distracción no fueron los de la mudanza», pensó ella. «Fuiste tú».

—Gracias. En serio. El teléfono es fantástico. Gracias. Me preocupaba cómo iba a conseguir uno nuevo —murmuró. De pronto sintió todo el peso del gesto. Era muy amable por parte de él, aunque no fuera una molestia para alguien tan rico, ¿y a quién más conocía que regalara un teléfono nuevo a una desconocida?

—Pues no te preocupes más por eso —repuso él. Y el modo en que lo dijo la hizo reír un poco.

—¿Y cómo sabías que tenía el teléfono? —preguntó—. ¿Has estado llamando aquí?

—No. Te he visto recogerlo.

Chloe se ruborizó entonces. ¿Estaba pendiente de su puerta? Pero eso implicaba...

—Espera. ¿Estás en casa?

—¿Por qué no subes la persiana y lo ves?

A ella se le aceleró el corazón, que empezó a saltar en su pecho como un conejo ahído de cafeína. ¿La había visto? Se acercó a la ventana y tiró de la cuerda de la persiana veneciana, aunque recordaba que no había tenido tiempo de maquillarse después de la ducha. Aun así, subió la persiana y vio a Jackson, vestido con una camiseta blanca, que no dejaba nada a la imaginación, y pantalón corto.

Él sonrió con entusiasmo detrás de su perilla grande de malote. Agitó una mano en el aire y a Chloe le dio un vuelco el corazón. Aquel hombre era guapísimo. Si era hijo de la anarquía, por su parte podía empezar el caos.

—Hola —dijo.

Devolvió el saludo con la mano porque no podía hablar más. Luego se sintió tonta. Aunque había un callejón entre los dos, sentía claramente la atracción. Los ojos azules de él la observaban desde el otro lado.

—Hola a ti también —contestó, con un tono de voz que Chloe sintió hasta en los talones. Su voz era muy profunda y convincente.

Jackson sonrió de nuevo y ella se sintió tonta, sin saber qué decir.

—La vista para mí acaba de mejorar mucho. ¿Nunca te han dicho lo atractiva que eres?

—¿Yo? —chirrió Chloe. Se abanicó con la mano porque el aire del apartamento se había vuelto espeso de pronto. El sudor le cubría la parte baja de la espalda. El viento se había parado. Sintió que el aire caliente acababa con las ventajas de la ducha anterior—. Pero estoy sudada y...

—Me gusta el sudor —dijo él.

Chloe sabía que era cierto. La noche anterior había visto cómo le gustaba sudar. La joven sentía la cara muy caliente, y no tenía nada que ver con el aire de verano.

—Ya lo sé. Anoche hiciste mucho ejercicio —comentó.

Las palabras salieron de su boca sin que se diera cuenta de lo que decía. ¿Pero qué narices...? ¿Acababa de mencionar su acto de *voyeur*? Había algo en la sonrisa peligrosa de aquel hombre, en la expresión retadora de su rostro, que hacía que quisiera escandalizarlo.

Jackson soltó una risita.

—¿Te gustó lo que viste?

Chloe se mordió el labio inferior. Si admitía que sí, probablemente sería una perversa, pero si decía que no, mentiría. Lo miró, pues, de hito en hito, con la mano en la ventana, y asintió levemente con la cabeza.

—Fue... una gran actuación.

Jackson volvió a reír, con un retumbar profundo que ella sintió en la parte de atrás de las rodillas.

—Me alegro —dijo, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Yo... nunca hago eso. Normalmente...

—¿Bajas las persianas antes de que llegue la parte interesante? —Jackson movió la cabeza y agitó en el aire un dedo desaprobador—. ¿Por qué haces eso?

Chloe rio entonces, con nerviosismo. ¿Por qué le hacía pensar que estaba bien mirarlo? ¿Por qué no se enfadaba más? Todo aquello era una locura, pero el modo en que la miraba Jackson en aquel momento a través de la ventana le hacía pensar que, de algún modo, todo era normal. No, no solo normal... que estaba bien. Pero ¿estaba bien?

Recordó cómo se había excitado observándolo. ¿Eso no estaba mal? ¿Cómo podía gustarle mirarlos a su novia y a él? Además, ¿y si la mujer se había dado cuenta de que la veía?

—No debí hacerlo. Prometo que la próxima vez te dejaré tener intimidad.

Jackson echó la cabeza a un lado.

—¿Y si yo no quiero intimidad? —la pregunta lanzó un cosquilleo por las piernas de ella—. ¿Y si me gusta que mires?

Chloe se quedó sin habla. A él le había gustado. Sabía ya, a algún nivel, que aquello era así, pero ahora lo había admitido. Entreabrió los labios y se dio cuenta de que no sabía qué decir.

—¿Y si quiero que mires? —él se acercó a la ventana y apoyó la palma allí sin dejar de mirarla—. ¿Y si quiero que hagas algo más que mirar?

Chloe sintió la boca seca. Tragó saliva con fuerza.

—Estoy segura de que tu novia pensará de otro modo —comentó. Ya estaba. Ya lo había dicho.

Jackson frunció el ceño y se encogió levemente de hombros.

—Ella no es mi novia.

Chloe sintió de pronto un nudo fuerte en el estómago. ¿No era su novia? «Por favor, que no sea algo más. Que no sea prometida o, peor aún, esposa».

—¿Y qué es?

—Solo una amiga —dijo él con tono práctico.

La joven recordó la noche anterior, cómo había penetrado a la modelo embistiendo una y otra vez, cada vez más hondo. Más tiempo. Más fuerte.

—No parecíais solo amigos.

—A veces aprovechamos la ventaja de la amistad.

—Amigos con derecho a roce.

—En realidad, si he de ser sincero, más bien amigos solo de roce. Annaliese lo prefiere así. Casi nunca hablamos, excepto de posturas —soltó una risita—. Y de velocidad.

Chloe tragó la excitación que iba creciendo en su interior. La mujer no significaba nada para él, nada importante. Recordó cómo se le habían iluminado los ojos a él al verla mirando. ¿Eso implicaba que lo excitaba más todavía que Annaliese?

—Chloe, me preguntaba...

¿La iba a invitar a ir a su casa? Esa idea le provocó un temblor de excitación a ella.

—¿No tienes calor? Yo sí —Jackson tiró del dobladillo de la camiseta y se la quitó por la cabeza.

Chloe inspiró con fuerza. El hombre era todo músculo y tatuajes, una combinación peligrosa que le puso el corazón al galope. Fijó la vista en la gloriosa uve que desaparecía en la cintura del pantalón corto. Él levantó la mirada con expresión juguetona.

—Ahora te toca a ti.

—¿A mí? —¿de verdad se iba a quitar la camiseta? ¿En serio estaba haciendo aquello?

—Solo si quieres —él sonrió.

Lo más absurdo de todo era que una parte de ella quería hacerlo.

Hasta que recordó que debajo del top llevaba uno de sus sujetadores deportivos nuevos. Estaba formado por una uve sexy, a modo de ojo de cerradura, y muchos tirantes que se cruzaban. Al menos había tenido la previsión de ponerse uno ese día. Cubría bastante y no era nada escandaloso, pero alzaba las tetas y creaba canalillo en el cuello. Podía quitarse la camiseta y llevaría más ropa de la que llevaba en la playa.

—No quiero que hagas nada que no te resulte cómodo. Y además, estoy aquí. No puedo tocarte.

«Ese es el problema», pensó ella.

—Muy bien —se quitó el top y mostró el sujetador deportivo.

—Eres muy hermosa —musitó él, con un deje de admiración en la voz—. Quiero ver más.

—Tú primero.

Jackson sonrió, aunque fue más bien un amago de sonrisa. No dudó en meter los pulgares en la cintura de los pantalones y bajarlos. Segundos después, ella miraba sus calzoncillos ceñidos azul oscuro, que no dejaban nada a la imaginación y mostraban un bulto enorme en la parte delantera. La noche anterior había visto ya su tamaño y el bulto, incluso sin estar empalmado, resultaba impresionante. Dondequiera que mirara, veía músculos tensos y fuertes, un hombre hecho para el sexo.

—Te toca —él echó la cabeza a un lado, anticipando el próximo movimiento de ella.

«Bueno, si ya he llegado hasta aquí...», pensó ella. Se quitó las mallas, mostrando un tanga negro de tiro bajo. Agradeció interiormente no llevar uno con dibujos de cerezas rojas ni las bragas cubiertas con el emblema de la

Mujer Maravilla.

—Eres espectacular —musitó Jackson, lo que sonó como un murmullo en la oreja de ella. La miraba con admiración—. Me gustaría poder tocarte.

—A mí también —susurró ella, que no terminaba de creerse que fuera tan atrevida. ¿Era por el callejón que los separaba? Se sentía diferente de algún modo y sin embargo, al mismo tiempo, también se sentía muy ella.

—Si te miro mucho más, tendrás que quitarme esto —las manos de él rozaron la parte frontal de los calzoncillos.

A Chloe le latía el corazón como si tuviera un tambor en el pecho. Sí. Eso era lo que quería. Volver a verlo desnudo. Ver su cuerpo poderoso, totalmente a la vista para ella. Quería verlo entero. Y también se dio cuenta con sorpresa de que quería que él la viera a su vez.

Entonces oyó un silbido agudo.

—¡Bonitas bragas! —gritó un basurero desde el callejón.

Chloe estaba tan absorta en Jackson que no había visto al empleado del ayuntamiento que llevaba rodando los cubos de basura hasta el camión que esperaba cerca de la acera. Se cubrió instintivamente con un brazo y se apartó de la ventana con el rostro muy rojo. Se envolvió con la cortina como si fuera una túnica.

—Voy a destrozar a ese payaso —dijo Jackson.

Flexionó los pectorales y miró de hito en hito al empleado municipal. Parecía peligroso y, por un segundo, Chloe imaginó que destruiría de verdad al pobre basurero si tenía ocasión.

—No, no importa. Soy yo la que estoy medio desnuda delante de mi ventana.

—Lo siento mucho —dijo Jackson, frunciendo el ceño—. Bajaré y me aseguraré de que no vuelva a mirar a tu ventana nunca más.

Chloe tuvo visiones en las que imaginó al empleado del ayuntamiento destrozado a golpes.

—No. No importa. Estoy bien. De verdad.

—¿Estás segura?

—Sí —Chloe sonrió, avergonzada todavía y con el corazón latiéndole de un modo salvaje. ¿Qué esperaba? Estaba medio desnuda en pleno día delante de su ventana.

—Me siento responsable —Jackson parecía contrito—. Déjame compensarte por eso.

—¿Cómo?

—Déjame invitarte a cenar.

Capítulo 5

Chloe pasó el resto de la tarde intentando pensar qué ponerse, aunque en el fondo confiaba en que al final de la noche su ropa acabara en el suelo de la casa de Jackson. Imaginó una docena de escenarios distintos, todos los cuales acababan con él poseyéndola en el sofá, enfrente de esa ventana, igual que había hecho con Annaliese. Sentía un nudo en el estómago cuando pensaba en la maravillosa modelo esquelética a la que había poseído Jackson. No sabía por qué, pero siempre que pensaba en eso, sentía un cosquilleo en el vientre. Él había dicho que eran amigos con «derecho a roce», o, en realidad, más amantes que amigos. ¿Pero cuántas mujeres así tenía? ¿E iba a llenar ella otro hueco en su agenda?

No podía evitar preguntárselo.

También se preguntaba si acaso eso importaba algo.

Habían pasado meses desde que Kevin la llamara por otro nombre en la cama. Meses desde que rompiera con el hombre que no la veía tal y como era. Que no entendía cómo se ganaba la vida ni por qué lo hacía, que olvidaba su nombre en el momento más íntimo. Decidió que estaba lista para pasar página. Ya se había escondido bastante en su apartamento.

El timbre sonó puntual a las siete y Chloe se miró rápidamente al espejo: vestido corto de tirantes, sandalias de tacón de aguja, el cabello recogido de un modo informal y aparentemente revuelto que le había llevado casi una hora perfeccionar. Con el estómago encogido por los nervios, tomó el pequeño bolsito y se dirigió a la puerta. Lo último que vio antes de salir al pasillo fue la ventana oscura de Jackson y se dio cuenta, con un escalofrío, de que ella podía acabar allí esa misma noche.

Cuando abrió la puerta de cristal de su bloque, Jackson estaba allí, vestido con una camisa blanca abierta hasta el tercer botón y vaqueros, dando una

imagen tanto de millonario como de malote, pues el cuello abierto de la camisa mostraba un principio de tatuaje. Sus ojos azules intensos se iluminaron cuando la vio y soltó un silbido bajo, casi lobuno.

—Estás fantástica —dijo. Y ella sintió que se ruborizaba hasta la raíz del cabello.

—Tú también... Incluso vestido —Chloe soltó una risita ansiosa y él rio con ella.

Era extraño. Lo había visto totalmente desnudo y, sin embargo, de algún modo, lo encontraba todavía más sexy vestido.

—¿He dicho ya que eres guapísima? —él se inclinó a darle un abrazo. La apretó contra su pecho y ella sintió que se derretía contra él—. Te estaré mirando toda la noche —le susurró al oído. Y ella sintió su aliento caliente en el cuello.

—Eso espero —declaró, sin darse cuenta de que expresaba en alto sus sentimientos. Se sonrojó aún más—. Es decir, me alegro.

Jackson se apartó y sonrió. Sus ojos azules brillaban.

—¿Seguro que quieres ir a cenar? —señaló su apartamento—. Podemos pedir comida.

«Sí, es una idea fantástica», pensó ella. Pero se contuvo antes de decirlo en alto. ¿Qué tenía aquel hombre que le hacía lanzarse de cabeza sin pensar en las consecuencias y desnudarse con solo pedírselo? Pero su estómago gruñó entonces con fuerza.

Jackson frunció levemente el ceño.

—No, mejor te damos algo de comer —dijo—. Nuestro automóvil espera.

—¿Automóvil? —preguntó ella.

Pensaba en el Maserati de él, pero Jackson señaló un Bentley elegante que esperaba en la acera. Allí los esperaba un chófer con chaqueta y pantalones oscuros que sostenía abierta la puerta de atrás.

Chloe lo miró boquiabierta. Una limusina Bentley. Nunca había ido en una limusina. Ya no le extrañaba que él tuviera mujeres guapísimas a su disposición. ¿Quién no querría un lujo de ese tipo?

—Me resulta más fácil así. Puedo beber sin tener que preocuparme de nada.

La tomó del brazo y la guio al vehículo. Chloe se acomodó en los asientos de piel que olían a nuevo y él dio la vuelta a la limusina y se reunió con ella en el asiento de atrás. Se sentó a su lado y Chloe sintió el calor de su cuerpo cuando apretó la pierna contra la de ella. La joven miró a su alrededor, un

poco nerviosa. ¿Sería posible que un hombre que tenía todo eso se conformara alguna vez con una sola mujer?

«¿Y se puede saber por qué pienso eso? Solo busco una distracción, como sugirió Ryan. ¿Por qué pienso que esto pueda ser otra cosa que un sexo maravilloso? ¿Sexo travieso y muy apasionado?».

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Eso depende. ¿Te apetece champán y caviar o whisky y panceta?

Chloe no vaciló.

—Me encanta el whisky, voto por eso.

Había tomado su parte de whiskies y bourbons, algo que su ex, que bebía cerveza sin alcohol, no entendía. Pero Chloe tenía sus gustos y no pensaba disculparse por ellos.

Jackson la miraba sorprendido, estudiándola en el oscurecido asiento de atrás del Bentley. Chicago pasaba a su lado. La ciudad empezaba a cobrar vida con el sol de verano bajando por el horizonte.

—¿Una chica a quien le gusta el whisky? Eres de las mías.

Chloe sintió un reflejo de calor en el pecho.

—Nunca he sido una chica frívola de las de vino blanco en un cubo con hielo.

Él soltó una carcajada.

—Definitivamente, eres de las mías —le sostuvo la mirada un momento. Sus ojos azules prometían más—. Ed —dijo, dirigiéndose al chófer pero sin apartar la vista del rostro de ella—. Llévanos al Longman, en Logan Square.

El sol se acabó de poner mientras circulaban hacia el oeste, alejándose del reluciente Lago Michigan, y bajaban por Diversey, con las farolas ya encendidas, pasando boutiques y cafés en su camino a Logan Square, uno de los barrios eclécticos y diversos de la parte oeste del centro, conocido porque atraía a aspirantes a artistas y a músicos.

Chloe notaba la mirada de él fija en ella mientras se movían por el ocaso veraniego, cada vez más oscuro.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

«En ti, desnudo, tomándome de todos los modos imaginables».

—Ah. ¿En qué trabajas para poder permitirte un Bentley? —preguntó.

—Negocio inmobiliario —Jackson se encogió de hombros—. Antes fui

camarero, pero luego murió mi padre de un infarto y me dejó el dinero de su seguro de vida. Compré unas propiedades arruinadas en el momento oportuno, las arreglé personalmente y gané bastante. Ahora tengo una pequeña empresa.

El Bentley pasó cerca de un cartel enorme pintado en un edificio próximo que decía Propiedades Drake.

—Espera. ¿Esa es tu empresa? ¿Propiedades Drake? Veo esos carteles por todas partes.

—Me muevo lo mío —él sonrió y se acarició la perilla. Chloe deseó hacer lo mismo.

—Debe de ser raro —no tenía ni idea de lo que sería ser un magnate inmobiliario. Pasaron cerca de un bar que anunciaba Goose Island, una cerveza de Chicago, y había mucha gente en las aceras.

—¿Por qué? —él parecía perplejo.

—Porque pasas de ser un camarero normal y corriente a ser un hombre superrico en muy poco tiempo. ¿Qué es lo mejor de ser rico?

Jackson miró la ventanilla y ella tuvo la impresión de que no quería hablar de dinero.

—No sé. No tener preocupaciones de dinero, supongo.

—¿Y lo peor?

La miró fijamente y ella sintió el peso de su mirada.

—Nadie me ha preguntado nunca eso.

Chloe sonrió.

—Pues supongo que no soy como la gente que conoces.

A Jackson le brillaron los ojos.

—No, no lo eres.

—¿Y qué es lo peor de ser rico?

—Ser invisible —repuso Jackson sin vacilar.

La joven miró a su alrededor, el interior de la elegante limusina.

—Eso no puede ser —dijo—. Tienes este coche ostentoso y muchísimo dinero. ¿Eso no es lo contrario de ser invisible?

Jackson se encogió de hombros.

—La gente solo ve el dinero. Ya no les importa el mono en el traje de mono, solo les interesa la etiqueta en el traje. Mi última novia solo veía en mí billetes andantes. Intentó quedarse embarazada adrede a mis espaldas. Utilizando uno de nuestros condones. ¿Te lo puedes creer? Para conseguir pensión infantil.

—¡Eso es horrible! —exclamó Chloe.

¿Cómo podía hacer eso una mujer? No podía ni imaginar que una mujer pudiera ser tan calculadora y fría como para hacer algo así. Ella solo querría tener un hijo por amor, con una pareja en quien confiara que sería un buen padre. Jamás se le habría ocurrido tener un hijo solo para conseguir dinero.

—Pues sucede más a menudo de lo que puedas pensar. La gente no me ve a mí, solo ve lo que puedo comprar —él se encogió de hombros como si se hubiera resignado a eso mucho tiempo atrás.

—Sé lo que es ser invisible —dijo Chloe, pensando que tenía más en común con su guapo vecino que solo atracción—. Mi último novio no me veía, incluso me llamó por el nombre de otra mujer durante... Ya sabes.

—¿Qué? —Jackson se sentó muy recto, con la columna rígida—. ¿Cómo pudo hacer eso?

—Porque no me veía a mí. Yo solo cubría un papel en su vida, yo no le importé nunca.

—Es un idiota. Y está ciego. Eres guapísima.

Chloe sintió calor interior por aquel cumplido. Jackson le tomó la mano y ella sintió una corriente eléctrica subirle por el brazo. La mano de él era muy grande y cálida.

Llegaron al famoso bar de whisky en Logan Square, donde Jackson cruzó unas palabras con la encargada y les dieron una mesa en un rincón del atestado restaurante, decorado de un modo muy masculino, con techos de madera, una barra larga oscura y taburetes de madera y metálicos que daban un ambiente antiguo y rústico al local. La carta, sin embargo, no tenía nada de rústica, pues Chloe vio *foie* entre la amplia oferta de entrantes.

—¿Cómo hemos conseguido una mesa tan pronto? —preguntó, al ver que había muchos clientes esperando mesa en la barra.

—Me conocen —contestó Jackson. Se encogió de hombros.

Chloe pensó en aquello y se preguntó cuántos contactos más tendría en la ciudad. Entendía perfectamente por qué se sentirían impresionadas las mujeres, deslumbradas por su dinero y su influencia. Pero ¿y los hombres?

—Un hombre como tú parece tenerlo todo —ella miró por la ventana el Bentley que se alejaba de la acera en ese momento para volver a buscarlos más tarde—. Tienes todas tus necesidades cubiertas. ¿Qué es lo que quieres todavía?

Jackson vaciló y pensó la respuesta mientras ambos miraban la carta.

—Conversación como la que tenemos ahora —dijo con una sonrisa.

—No puedes hablar en serio. Tienes a Annaliese. Y...

Jackson sonrió con cierta timidez.

—Sé que parece una locura pero quiero algo más que eso. Siempre lo he querido. Una familia, una compañera. Algo a largo plazo.

—Tú quieres renunciar al sueño erótico de todos los hombres que conozco. Todo el sexo que puedas soportar pero ninguna responsabilidad.

Chloe puso los ojos en blanco y él se echó a reír. A ella le gustó que encajara su broma, que no fuera muy susceptible. Los hombres con el ego frágil la espantaban rápidamente. Pensó en Kevin y en que en los últimos tiempos había mirado a otras mujeres para intentar subir así su autoestima. Solo se sentía hombre si era infiel. En realidad era triste.

Llegó el camarero y Jackson pidió dos whiskies del mejor que había.

—Quiero una relación —dijo—. Una conexión auténtica. Alguien especial con quien compartir mi éxito, pero casi he renunciado a encontrar a esa persona.

—¿Por qué? ¿A causa de tu ex?

Él asintió. Parecía un poco triste.

—Es duro que te encasillen así. Las mujeres ven el dinero y ya no les importa nada más. Si encontrara a una compañera de verdad, despediría a mis amigas con derecho a roce sin dudarlo.

—¿De verdad?

—De verdad.

Jackson la miró serio. Sus ojos azules brillaban con sinceridad. En el pecho de ella destelló una leve esperanza. Quizá él no fuera un mujeriego irredimible después de todo. Quizá no fuera una locura pensar que la conexión que tenían podía ir más allá de lo físico.

—¿Y yo estoy aquí en un casting para el papel de amiga con derecho a sexo? ¿O un papel de algo más?

Él sonrió levemente.

—¿Cuál de las dos opciones hará que vayas más deprisa a mi cama?

Chloe echó atrás la cabeza y rio. Le encantaba coquetear con aquel hombre. Amaba la energía potente que sentía brotar de él en oleadas. No se atrevió a contestar a su pregunta porque estaba bastante segura de que se metería en su cama sin ningún problema.

Jackson sonrió cuando el camarero llevó las bebidas y ambos chocaron los

vasos. Chloe sorbió el líquido ámbar frío, admirada por su sabor. Aquello superaba con mucho el Jack Daniel's.

—Ahora me toca a mí preguntarte. ¿Qué busca una mujer hermosa, soltera y triunfadora como tú?

—No soy tan triunfadora como tú —admitió ella, antes de tomar otro sorbo de whisky.

—Alquilas un apartamento caro sin compartirlo, trabajas en casa, tienes tu pequeño imperio de redes sociales y eres menor de treinta años. Yo diría que eres una triunfadora.

Chloe dejó su vaso en la mesa. La vela del centro parpadeaba en la luz tenue del bar y por el atractivo rostro de Jackson bailaban sombras.

—Eso es verdad —dijo ella.

No añadió que a veces conseguía pagar las facturas por los pelos. En conjunto, seguramente no le iba tan mal. Cuando llegaba la devolución de Hacienda, pagaba las deudas y le quedaba algo para guardar en un plan de pensiones. Aun así, mentiría si dijera que no envidiaba la riqueza independiente de Jackson. ¿Quién no querría no tener que preocuparse de dónde saldría el próximo pago del coche?

Compartieron una tanda de pequeños platos deliciosos y otra ronda de bebida y a Chloe empezaba a darle vueltas la cabeza por la comida, la buena compañía y el whisky. Se sorprendió pensando en el futuro, preguntándose cómo sería salir con alguien como Jackson Drake. ¿O él trataba así a todas sus amigas con derecho a cama?

Observó que la camarera lo miraba mucho y que se fijaba en el Rolex que llevaba en la muñeca.

—¿Por qué has reformado el edificio al lado del mío? —preguntó—. ¿Por qué querías todo ese espacio?

Jackson se encogió de hombros.

—Supongo que quería estar en la ciudad pero no quería vecinos.

Chloe enarcó una ceja.

—Me tienes a mí.

—Tú eres una vecina hermosa —contestó él—. Me preocupaba más molestar a la gente con los ruidos que hago.

—¿Echando polvos con chicas guapas? —Chloe enarcó las cejas y tomó un sorbo de bebida.

Jackson soltó una carcajada.

—Bueno, sí y no. Tengo un taller de carpintería. Me gusta trabajar con las manos, siempre me ha gustado —explicó—. Desde que monté la empresa, lo hago menos, pero quiero hacerlo más.

Chloe lo miró sorprendida. ¿Aquel hombre construía cosas? A continuación le diría que le gustaban otras cosas varoniles como montar en moto, cazar o cortar árboles con un hacha. No le sorprendería nada. Eso explicaría aquellos músculos bien formados.

—¿Qué fabricas? —preguntó.

—Muebles, principalmente. Taburetes de bar antiguos. Mesas. Esas cosas —Jackson señaló los taburetes giratorios que había delante de la barra. Eran de madera por arriba y metal antiguo en la base—. Esos los he hecho yo.

—¿Tú has hecho eso? —Chloe miró con la boca abierta los taburetes alineados ante el mostrador oscuro de roble.

—El metal, esas tuberías viejas, lo encontré en un edificio que compré en Printer's Row, una antigua fábrica de tuberías que utilizó Al Capone en otro tiempo para guardar parte del alcohol ilegal que vendía. La ciudad está llena de antigüedades maravillosas, algunas delante de nuestras narices, y con un poco de esfuerzo, puedes volver a utilizarlas, darles otra vida.

—Eso me encanta. Es una de las cosas que me gustan de Chicago, esta mezcla de ciudad vieja y ciudad moderna —Chloe tuvo la sensación en ese momento de que compartían una forma de pensar. Sus amigos nunca entendían su fascinación por lo viejo y lo nuevo.

—Eso también es lo que me gusta de esta ciudad —dijo él—. Por eso me gusta comprar edificios viejos y hacer que vuelvan a ser habitables, útiles. Es una afición —tomó un trago de su vaso—. Cuando empecé a renovar propiedades, luego las amueblaba, pero nunca me gustaba lo que encontraba. A veces acababa haciendo yo los muebles. Mi padre se ganaba así la vida y yo seguramente sería carpintero como él si no hubiera empezado a invertir en edificios.

—¿Qué te gusta más de las dos cosas?

—Las dos —confesó él—. Trabajando la madera puedo hacer algo con las manos.

Chloe recordó lo bien que sabía usar las manos.

—Me gustaría ver tu taller algún día.

—¿De verdad?

—Pues claro. Admiro que hagas cosas. Todo mi trabajo es virtual y a veces

tengo la sensación de que no puedo mostrar nada por todas las horas que he invertido —Chloe se encogió de hombros.

—Pero hoy en día las redes sociales lo son todo —repuso Jackson—. Quizá puedas ayudarnos con Propiedades Drake. Si aceptas nuevos clientes, claro.

—¡Ah! Sí, me encantaría trabajar contigo. Es decir, sería un honor. Serías muy bienvenido como cliente —Chloe no mencionó que sería también su cliente más importante. El segundo era una empresa de asesoría muy conocida en la ciudad. Pero no tenía ninguno de un perfil tan alto como Propiedades Drake.

—En este momento no tenemos una presencia centralizada en las redes. Tengo una ayudante que publica cosas en mis cuentas y también, por supuesto, tenemos agentes individuales —Jackson sacó una cuenta en su teléfono móvil y le mostró la publicación.

Chloe fue bajando por la pantalla con el dedo y asintió.

—Esto es típico de los negocios con muchos operarios independientes —dijo—. Tenéis muchas publicaciones individuales, agentes que venden o reforman propiedades, pero tenéis un mensaje cohesionado en las redes para la empresa en sí. Podemos cambiar eso.

—¿Podrías? —Jackson la miró con admiración y Chloe sintió que se ruborizaba.

—Sí, y puedes utilizar los seguidores que ya tienen tus agentes individuales —dijo. Estaba bastante segura de que podía crear mucho ruido en torno a Propiedades Drake, especialmente porque ya era un nombre conocido en Chicago. Las redes sociales se basaban en gran parte en comprender cómo ganar acceso a la gente.

—Pareces una mujer de múltiples talentos.

La observaba por encima del plato ya vacío y Chloe se sentía clavada al sitio. Nunca en su vida había tenido la sensación de ser tan visible, tan «vista» de un modo tan evidente. Había algo en el modo en que la estudiaba Jackson, el modo en que le hacía preguntas, en que escuchaba, que hacía que lo sintiera muy presente en la situación. No había tenido la sensación de ser tan valorada desde la última vez que había cenado con sus padres, quienes vivían en Seattle e iban a Chicago dos veces al año. La visita era siempre un gran interrogatorio, con su madre empeñándose en recuperar el tiempo perdido. Chloe era hija única, pero ellos acababan de jubilarse y pasaban bastante tiempo viajando.

Le gustaba ser el foco de la atención de Jackson. Tenía la sensación de conocerlo desde mucho antes que el par de días que hacía que lo conocía. Aunque, por otra parte, lo había visto desnudo y en una situación muy íntima. Quizá eso contribuía a la sensación.

Sabía que una vez más se adelantaba a los acontecimientos. Era una planificadora y le gustaba ir tres o cuatro pasos por delante mentalmente. Ni siquiera se había acostado con Jackson todavía y ya intentaba averiguar si lo suyo podía funcionar. ¿Por qué no podía desconectar el cerebro y disfrutar de aquello? ¿Por qué tenía que analizar todos los ángulos?

Pero eso era lo que hacía que fuera tan buena publicista en redes sociales. Pensar distintos escenarios y predecir posibles resultados.

Estaba llena de comida, la cabeza le daba vueltas por el whisky y por la proximidad del cuerpo de Jackson. Cuanto más avanzaba la cena, más consciente era de lo que podía suceder después. Tenía muy presente la piel que podía ver: sus antebrazos fuertes, el cuello grueso trenzado de músculos... Y más todavía la que no podía ver por estar oculta bajo la ropa y la parte impresionante de él más escondida de todas. Estaba impaciente y ansiosa por volver a ver esa parte.

¿Y si era demasiado grande para ella? Pero, por otra parte, ¿y si era el mejor sexo de su vida? Durante toda la cena tenía la sensación de ir caminando por el filo de un cuchillo de anticipación. No se le ocurrió ni por un momento no acostarse con él.

El camarero dejó la cuenta en la mesa y los dos hicieron amago de agarrarla.

—No —Jackson negó firmemente con la cabeza—. Dije que invitaba yo.

—¿Pero puedo ayudarte? —preguntó ella.

No quería que pensara que era una de esas chicas que estaba con él solo por su dinero. Y ella tenía dinero propio. Podía ayudar a pagar su parte.

—Esta vez no —repuso él—. Esta vez invito yo.

Chloe le dejó pagar de mala gana. Él pagó con una tarjeta de crédito de lujo, una de esas tarjetas metálicas pesadas que seguramente soportarían un balazo en una emergencia. Aterrizó en la mesa con un golpe seco y ella la miró y pensó si esa sería una diferencia más entre los ricos y el resto de los mortales. Que los primeros llevaban encima tarjetas hechas de platino de verdad.

—¿Te apetece un postre? —preguntó él.

—¿Y a ti? —preguntó a su vez ella, que no sabía bien lo que él tenía en mente.

—Me apetece mucho un postre —la observó con mirada divertida—. Pero solo de los que tenemos en mi casa.

Capítulo 6

Jackson notaba cómo aumentaba su impaciencia cuando salieron del restaurante y entraron en el asiento trasero del Bentley. Desde el momento en el que había visto a Chloe observándolo desde la ventana de su tercer piso, había sabido que la deseaba, y la cena con ella no había hecho sino aumentar ese deseo. Durante la cena se había sentido fascinado por los ojos oscuros y astutos de ella, los mismos ojos que lo habían mirado la noche anterior cuando estaba con Annaliese, los ojos que lo habían llevado a alturas a las que no había llegado en años. Incluso había ofrecido pagar parte de la cuenta.

«Solo después de que confesaras que la mayoría de las mujeres solo te quieren por tu dinero», dijo una vocecita cínica en su cabeza. «Podría estar jugando contigo».

Sin embargo, algo le decía que no era así. Se había interesado sinceramente por los muebles que hacía, lo cual le dejaba atónito. La mayoría de las mujeres encontraban ese tema aburrido porque era una afición que no le procuraba mucho dinero. Con el tiempo que invertía en cada uno, resultaba más caro hacerlos de lo que sacaba con la venta, pero disfrutaba del trabajo y de la sensación de que hacía algo útil. Y le encantaba hablar con ella, le gustaba cómo funcionaba su mente, adoraba su sentido del humor poco convencional. Era la primera vez en mucho tiempo que el cerebro de una mujer le resultaba tan sexy como su cuerpo, y se preguntó si eso contribuía a alimentar su deseo.

No quería adelantarse a los acontecimientos. Esa vez no. Si analizaba en serio sus sentimientos, lo cual no tenía intención de hacer, probablemente vería que llegar corriendo al sexo era su modo de evitar el sentimiento. El deseo estaba bien, tenía fácil arreglo. Pero el amor y la intimidad eran historias complicadas que era mejor dejar aparte pues perseguirlas conducía

inevitablemente a la decepción.

Alzó una mano cuando Ed, el chófer, cerró la puerta y se sentó al volante. No había separación entre la parte delantera y la trasera, pero Ed era bastante reservado, un hombre de pocas palabras pero muy buen conductor y era un exmilitar. Jackson lo contrataba solo media jornada, pero Ed estaba encantado de ser su chófer particular, sobre todo si se trataba de conducir el Bentley.

—A casa, por favor, Ed —dijo.

El chófer asintió y salió al tráfico sin decir ni una palabra. Chloe se había quedado en silencio, con el rostro oscurecido por las sombras, aunque las farolas iluminaban de vez en cuando sus grandes ojos oscuros. Jackson subió el dedo por la piel suave de su brazo desnudo y ella se estremeció bajo su contacto. ¡Cuánto deseaba él que lo mirara hacerle todo tipo de cosas innombrables! Ella entreabrió levemente los labios, como si se dispusiera a decir algo pero cambiara de idea. Él veía el contorno de sus labios con la luz de las farolas y se moría de ganas de probarlos.

Miró a Ed, sentado al volante con los ojos fijos en la carretera. No, no la besaría. Todavía no. Bajó la mano hacia el dobladillo de la falda, que terminaba justo encima de la rodilla. Recorrió la piel increíble de color caramelo con un dedo, preguntando algo en silencio. Cuando ella lo miró, aceptando la caricia con sus ojos oscuros, él siguió la exploración. Y ella separó ligeramente las rodillas. Eso era una invitación.

Chloe bajó la vista y miró la mano de él, que subía por la parte interna de su muslo. Jackson apretó un poco allí y ella contuvo el aliento. ¡Qué suave era su piel! La mano de él desapareció debajo de la tela del vestido y fue subiendo más por la pierna. Vio que ella miraba a Ed, de espaldas a ellos con los ojos fijos en el camino. Ella tenía los labios entreabiertos y las pupilas oscuras y muy abiertas. Jackson le acarició el muslo y sintió que se le ponía carne de gallina a medida que iba subiendo la mano. Chloe separó más las rodillas, ampliando la invitación. Él tocó el borde del tanga de encaje suavemente y con gentileza. La acarició a través de la tela fina y sintió allí su calor y su deseo.

La joven cerró los ojos y se echó hacia atrás en el asiento de cuero. Su pecho subía y bajaba. Jackson veía los pezones erguirse contra el encaje fino del sujetador. La espalda de ella se arqueaba mientras que sus pechos grandes se debatían contra la tela fina del vestido. La acarició, frotando ligeramente y con suavidad, en una caricia que prometía que seguirían más cosas. Ella le dio la bienvenida allí, separando más todavía las piernas a medida que él avivaba

la llama de su calor. Su respiración se hizo más profunda y el sonrojo le cubrió el rostro. Estaba preparada para él. Jackson lo notaba, notaba su deseo empapando el delgado encaje de la ropa interior. No pudo evitar deslizar el dedo detrás de esa fina barrera y entonces pudo sentirla tal como estaba: caliente, deseosa y mojada. Muy húmeda y resbaladiza bajo sus dedos. La deseaba. La deseaba ya.

Su entrepierna se puso tensa y su pene empezaba a empujar los confines de los pantalones. Entonces, increíblemente, ella extendió el brazo hacia allí, cubrió el bulto creciente con la mano y empezó a mover los dedos por él, lo que hizo que se pusiera aún más rígido. Pronto tendría que bajarse la cremallera solo para aliviar la presión. Ella lo miraba entonces, con sus ojos oscuros llenos de malicia y osadía, como si compartieran aquel secreto sucio. Ed, que parecía ajeno a todo, frenó en un semáforo en Fullerton.

Con la mano de ella allí, Jackson ya no podía esperar más. La atrajo hacia sí con la mano libre y la besó en la boca, con ganas de devorarla. El beso fue creciendo en pasión al tiempo que seguía explorándola con los dedos. Chloe le abrió la boca y él la saboreó con la lengua y su perilla rozó la barbilla de ella. La sintió apretarse fuertemente en torno a sus dedos. ¡Cuánto apretaba! ¡Y cuánto deseaba explorar la parte más caliente y profunda de ella! Seguía también con la mano en el pene de él y Jackson se apretaba contra su mano, desesperado por sentir más el contacto. Empujaba fuerte contra los confines del pantalón.

Ed los había visto ya, pues Jackson vio sus ojos verdes en el espejo retrovisor, pero no le importó. Le pagaba bien para que fuera discreto. A Chloe tampoco parecía importarle que tuvieran espectadores. ¿Le gustaba que la miraran tanto como le gustaba mirar? Esa idea traviesa lo excitó. Sí, eso era lo que quería, una mujer osada, atrevida, que supiera lo que quería y fuera a por ello. Eso era lo que le había excitado tanto cuando lo había mirado desde su ventana. Aquella era una mujer que no tenía miedo.

Profundizó el beso y sus lenguas se encontraron en una especie de baile apasionado y primitivo. El instinto controló al cerebro y Jackson deslizó el dedo en el interior de ella y encontró las crestas deliciosas que sabía que serían su punto más sensible. Chloe gimió en su boca y él palpó su maravillosa humedad caliente. La deseaba. La deseaba ya. Entonces se detuvo el vehículo y Ed carraspeó en alto antes de abrir y cerrar su puerta, una señal para Jackson, quien vio con un sobresalto que estaban en el callejón próximo a su

edificio. ¿Se habían besado durante todo el camino hasta su casa? El delicioso olor de ella cubría todavía sus dedos cuando se apartó y Chloe tiró del dobladillo del vestido hacia abajo.

Ed abrió la puerta y la joven salió con el rostro sonrojado. Jackson observó sus piernas bronceadas y bien definidas apartándose del vehículo y la siguió al exterior.

—Gracias, Ed. Eso es todo por esta noche.

Ed hizo un gesto de asentimiento y volvió a sentarse al volante sin decir palabra. Cuando se alejó de la puerta, Jackson le colocó la mano en la cintura a Chloe e introdujo la clave en el teclado número de la puerta de atrás. Se abrió la puerta.

En el umbral volvieron a besarse con pasión, con urgencia, con la puerta todavía medio abierta. Jackson la empujó contra la pared y subió la mano por la parte exterior de su pierna. Introdujo más la lengua en la boca de ella. Sabía tan bien que él solo quería volver a besarla una y otra vez. Al fin se apartó jadeante. La vio en la luz tenue de la escalera, con los labios hinchados por el beso, el pelo moreno revuelto y los ojos fijos en él.

—Vamos arriba —sugirió ella.

Sin darle tiempo a contestar, tiró de su mano y subió los dos pisos de escaleras débilmente iluminadas hasta la sala de estar. Jackson subía incómodo, con el pene empujando los pantalones y con dificultades para andar de lo mucho que la deseaba. La habría poseído en la escalera con urgencia y desesperación, pero no tardó en darse cuenta de que ella quería estar en la habitación delante de las ventanas abiertas, donde Chloe encendió la lámpara, la misma luz que tenía él la noche anterior, se acercó a la ventana y miró hacia su apartamento, al otro lado del callejón. Su apartamento estaba a oscuras y el callejón desierto.

Cuando se volvió hacia él, se bajó un tirante del vestido por el hombro y después el otro. Y un segundo después se había quitado el vestido y lo había dejado caer al suelo en un suave montón de tela.

Se quedó de pie ante él con un sujetador de encaje y tanga a juego, los pechos grandes y pesados, pero que, sin embargo, parecían desafiar la gravedad. Se acercó a él con su cuerpo de maravillosas curvas. Jackson quería memorizar cada una de esas deliciosas líneas y saborear cada centímetro de esa piel suave. Se inclinó a besarla, la rodeó con los brazos y le desabrochó el sujetador para liberar los pechos. Los tomó en sus manos y ella gimió,

arqueando la espalda. Encontró el dobladillo de la camisa de él y tiró hacia arriba. Jackson la ayudó a quitarle la camisa y ella se apartó y bajó las uñas rosas por la parte delantera de la piel desnuda de él, que se estremeció, empujando todavía contra los estrechos confines de los pantalones. Necesitaba quedar libre y ella lo percibió y buscó la cremallera. La bajó y él se quitó los pantalones y los calzoncillos y quedó desnudo ante ella. Chloe empezó a acariciarlo con fuerza con ambas manos y esa vez fue él el que gimió.

—Eres más grande de lo que pensaba y pensaba que eres muy grande —murmuró la joven en su boca.

—Es toda para ti —repuso él.

Hablaba en serio. Quería tener cada centímetro de él dentro de ella. Las manos de ella seguían acariciando el pene y su necesidad no hacía más que crecer. Chloe se apartó y, cuando sus ojos se encontraron, una corriente eléctrica pasó entre ellos. La mirada oscura de ella le volvía loco. Lo miraba en topless, con los pezones erectos, y él estaba cada vez más duro en sus manos. Eso era lo que quería: los ojos de ella mirándolo, observando todos sus movimientos.

Chloe lo soltó y se bajó el tanga hasta que cayó al suelo.

—Hazme... lo que le hiciste a ella —ordenó en voz baja.

«Sí», pensó él. La poseería como había poseído a Annaliese la noche anterior. Quizá eso estaba mal a cierto nivel, pero la sensación era que estaría muy bien. Le dio la vuelta y acarició con los nudillos la piel firme de sus nalgas. Su rosado interior quedaba así bien a la vista. Lleno de anticipación, se inclinó a sacar un preservativo magnum del bolsillo de los pantalones. Había llegado el momento que había estado esperando, el momento con el que había fantaseado.

Capítulo 7

Chloe esperaba inclinada sobre el sofá y con el cuerpo convertido en una corriente eléctrica de deseo. Jackson estaba detrás de ella. ¿Podría tenerlo dentro entero? ¡Era tan grande! Todos sus amantes habían sido más corrientes, o incluso tirando al lado pequeño de la escala.

Sintió que Jackson le frotaba la punta en los muslos. Era grande, monstruosamente grande.

Recordó la cara de Annaliese la noche anterior, que era un puro éxtasis cuando tenía todo el pene dentro. Ahora le tocaba a ella. Pero él la hacía esperar. Se frotaba contra ella, que no creía que pudiera excitarse más de lo que ya estaba y, sin embargo, a medida que la tocaba crecía su deseo y la necesidad le quemaba por dentro como una llama. Miró por la ventana y vio que se encendía una luz en su edificio, un único cuadrado amarillo al otro lado del callejón.

Le preocupó por un segundo que su vecino la viera como había visto ella la noche anterior a Annaliese y a Jackson.

Hasta que él deslizó la enorme punta de su pene dentro de ella y Chloe dejó de preocuparse por quién pudiera verla.

Él empujó un par de centímetros, abriéndola, probando su humedad. ¡Era tan grande! ¡Estaba tan dura! Y era solo la primera parte. Jackson fue avanzando despacio, con gentileza, amagando con entrar más pero esperando, excitándola más todavía. Chloe tenía que reprimirse para no gritar. Él aún no había entrado del todo y ella estaba más llena de lo que había estado jamás. «Sí», pensó. «Sí, te deseo. Quiero todo lo que puedas darme».

Vio otro cuadrado de luz en el edificio de enfrente, con las persianas venecianas bajadas. ¿Le importaba que la vieran? En absoluto. Que miraran si querían.

«Esto es lo que necesitaba. Lo que he necesitado siempre».

—¿Quieres más? —preguntó él con una voz que era un zumbido bajo.

—Sí —musitó ella con voz entrecortada, esclava de su deseo, de su necesidad de tenerlo dentro. Entero. A la vista de sus vecinos. Le daba igual. No podía importarle. Solo pensaba en él detrás de ella empujando cada vez un poco más. Gritó de placer cuando la estiró más aún por dentro. ¡Se sentía tan llena, tan deliciosamente llena!

—¿Más?

—¡Más! —gritó ella, preguntándose cuánto más podría recibir dentro.

Por otra parte, estaba tan húmeda que su cuerpo deseaba tenerlo entero. Jackson la penetró por completo y ella casi se corrió entonces, cuando él empujaba sus límites, buscando las partes más profundas y vírgenes de ella. Solo él había llegado tan hondo. Solo él la había abierto tanto.

—¡Oh, caray! —murmuró él, con voz entrecortada—. ¡Estás tan apretada! Muy apretada.

Chloe ardía de necesidad, de excitación, de un deseo abrumador. Entonces él salió de ella muy despacio, solo para volver a entrar. Chloe ya apenas veía las ventanas, su mente estaba centrada en las sensaciones que recorrían su cuerpo. Iba a llegar al orgasmo en unos segundos. Nunca se había sentido así, jamás había comprendido lo primitivo que podía ser el sexo. Era esclava del poder de él, del dominio físico con el que la tomaba, cada vez con más fuerza, desde atrás, llegando cada vez más hondo, haciéndola arder de pasión por él. Se iba a correr y nunca se había corrido así, con un hombre poseyéndola desde atrás. Sin embargo, ya sabía exactamente lo que sentía Annaliese inclinada sobre el sofá y dominada por un hombre que había nacido para dar placer a una mujer. No era de extrañar que alcanzara tan pronto el orgasmo. ¿Cómo iba a resistirse? ¿Cómo podía no llegar al clímax cuando cada centímetro de su cuerpo gritaba que llegara, que pidiera misericordia? Observarlo había sido fantástico, pero nada comparado con estar con él, con tenerlo dentro tan hondo.

En el edificio de enfrente se apagó una luz. En el segundo piso se encendió otra y un hombre pasó por delante de la ventana bostezando, sin verlos. Si alzaba la vista, lo vería todo. Pero no lo hizo y desapareció de la vista.

Aquello era peligroso. Deliciosamente perverso. Deberían bajar las persianas.

Sin embargo, a una parte de Chloe le gustaba ser salvaje, sentirse como un

animal primitivo en una ciudad donde había leyes destinadas a controlar los deseos y sujetar a la gente. Sí, eso era lo que quería. Estar a la vista, como Annaliese la noche anterior, dejar que todo el mundo viera que Jackson la deseaba, quería poseerla, estaba así de duro por ella. «Me desea», gritaban las ventanas abiertas al mundo. «Me está poseyendo. Me está haciendo correrme».

Jackson embistió con más fuerza y ella se asomó al precipicio, alcanzando una cima de placer como no había sentido nunca. Entonces gritó su nombre, con voz ronca, en carne viva, mientras él le agarraba las caderas con fuerza y la montaba durante el orgasmo de ella, empujando más hondo con cada oleada de placer, haciendo que cada onda del clímax durara más de lo que ella creía posible. Todo su cuerpo se contraía y estremecía en una ola tras otra de puro placer que nunca había sentido antes. Cuando aquel orgasmo escandaloso empezaba a remitir, él fue frenando el ritmo y ella pensó que no sería capaz de seguir, pues se le doblaban las rodillas y le temblaban las piernas. Jackson se retiró y ella se derrumbó encima del sofá.

—Quiero verte —dijo él.

Le dio la vuelta y ella vio entonces su impresionante potencia física y todavía le costaba creer que tuviera aquel tamaño. Ella había tenido eso dentro. Todo eso. Él la colocó de modo que quedó tumbada de espaldas en el sofá y se dispuso a poseerla de nuevo. Chloe pensó si sería capaz de seguir. Se sentía vacía, cansada y, sin embargo, miró los ojos azules de él y su cuerpo volvió a cobrar vida. ¡Aquellos ojos! El corazón le latió con más fuerza, igual que cuando se habían encontrado sus miradas a través de la ventana. ¿Era posible que no estuviera satisfecha todavía? Era cierto. Lo deseaba de nuevo.

Jackson volvió a penetrarla, estirándola por dentro hasta el límite.

Chloe se preguntó cómo era posible que pudiera moverse dentro de ella y, sin embargo, lo hacía. Estaba encima, mirándola mientras ella le tocaba el pecho y bajaba la mano por el tatuaje del hombro, que podía ver claramente. Era un ala de dragón. Grande, fuerte, poderosa.

—Chloe —gimió él. Jadeaba—. No sé si puedo... si puedo esperar.

La joven veía la tensión en su cara. Sintió su necesidad cuando aceleró el ritmo, entrando y saliendo e, increíblemente, pareció que crecía todavía más, que se volvía más grande y más duro dentro de ella. Todos los nervios del cuerpo de ella cobraron vida a medida que una vez más empezaba a subir en dirección a otro clímax. Sentía la necesidad, el deseo ardiente, creciendo en

su interior. Veía un tenue reflejo de sí misma en los ojos azules de él, veía cuánto la deseaba también él. Y saber eso la volvía loca.

—No puedo más. No puedo... —él luchó, pero perdió la batalla, aunque no importaba, porque después de unas cuantas embestidas más, ella volvió a verse arrastrada por una oleada incontenible de placer.

Cerró los ojos en el momento cumbre del éxtasis y de su garganta salió un grito que no pudo detener. Él también gritó, y a continuación se derrumbó encima de ella, con los cuerpos sudorosos de ambos deslizándose juntos en deliciosa armonía. Chloe sintió el peso de él encima, su peso delicioso, con los pechos de ella apretados contra los músculos de él. Aquel hombre era todo músculo. Todo poder.

—Lo siento, normalmente aguanto más tiempo —Jackson se apoyó en los codos con aire tímido.

—He tenido dos orgasmos —musitó Chloe—. Creo que has durado bastante.

Él soltó una risita, cuyo zumbido ella pudo sentir con el vientre de él apretado contra el suyo y el pene de Jackson ablandándose lentamente en su interior.

Los ojos azules de él brillaban con fuerza.

—Estabas tan deliciosamente apretada, que no he podido evitarlo. Me has hecho correrme muy deprisa.

Chloe se sonrojó.

—Nunca había tenido a nadie tan grande dentro.

—Me alegro —dijo él, sin apartar la vista del rostro de ella.

La joven miró las ventanas abiertas.

—Yo nunca... —señaló las ventanas—. Es decir... —hizo una pausa—. ¿Tú siempre...?

—¿Si dejo las persianas subidas? —Jackson sonrió—. Algunas veces. A veces no, pero estar así a la vista resulta excitante. ¿No estás de acuerdo?

Chloe asintió con vigor.

—Simplemente, nunca pensé que haría algo así.

—Me pregunto qué más podemos probar la próxima vez —él le dedicó una sonrisa lobuna y Chloe sintió un cosquilleo de anticipación que le llegó hasta los dedos de los pies. «La próxima vez» implicaba que habría más veces.

Jackson se movió un poco, sujetando el preservativo para poder salir con cuidado, pero no se fue del sofá de inmediato ni Chloe tampoco. Una vez

pasada la furia del sexo, podía verlo bien, asimilar su cuerpo increíble, sus músculos fuertes y sus tatuajes.

—¿Qué significa esto? —preguntó. Recorrió con los dedos un dibujo oscuro que él llevaba en el hombro y que recordaba a una cabeza de dragón.

—Es un símbolo celta del dragón —repuso él—. Mi padre era parte irlandés y parte inglés, y Drake, nuestro apellido, significa dragón. O serpiente, depende.

Chloe soltó una risita.

—Desde luego, tienes una serpiente impresionante —bromeó.

Él rio también.

—No creo que fuera eso lo que los ancestros tenían en mente.

—Pero es un nombre muy apropiado de todos modos.

—Mi padre tenía también un dragón tatuado, uno pequeño, en el bíceps. Se lo hizo cuando estaba en la Marina. Yo me hice el mío cuando cumplí los dieciocho. Podríamos decir que es una tradición familiar de los Drake —la abrazó y ella se acurrucó contra él, enredando sus piernas en las de él—. Algún día quizá mi hijo se haga también uno. O mi hija.

—¿O sea que quieres una familia?

—Si encuentro a la chica indicada, sí —contestó él. Pero el modo intenso en que la miró con sus ojos azules le hizo pensar a la joven que quería que pensara que ella tenía una posibilidad—. ¿Tú quieres familia?

—Siempre la he querido —pensó en Kevin—, pero tiene que ser con la persona apropiada. Alguien que sea un buen padre. «Alguien que me quiera».

—Me parece bien —Jackson miró su vientre y su miembro, ya dormido—. Espera un momento que me ocupe de esto.

Se quitó el preservativo y se dirigió al baño. Segundos después, ella oyó que tiraba de la cadena. Recordó a la exnovia que había intentado quedarse embarazada y se preguntó si Jackson tiraría todos los condones por el váter por miedo a que eso volviera a ocurrir.

Se mordió el labio inferior. No se fiaba de ella. Pero ¿por qué iba a fiarse? Hacía muy poco que se conocían. Aun así, eso la preocupaba un poco. Se preguntó por qué. Con él fuera de allí, se sentía muy expuesta en el sofá, más desnuda que desnuda. Miró las ventanas abiertas que daban a su edificio y vio que se apagaba otra luz en una que tenía las persianas casi bajadas del todo. No veía caras en las ventanas y las persianas venecianas estaban en su mayor parte bajadas. Quizá no los hubiera visto nadie. O quizá todo el mundo.

Imposible saberlo.

No obstante, se daba cuenta de que había sido muy temeraria. Con Jackson fuera, se sentía vulnerable y se levantó para vestirse. Se rio un poco de sí misma. ¿Cuándo había sido tan atrevida? Nunca.

Pero con Jackson el sexo era... diferente. Pensó que él podía poseerla en cualquier momento y en cualquier lugar. Tenía un cuerpo fantástico y era un hombre que sabía lo que quería y no tenía miedo de tomarlo. Un hombre que parecía nacido para dar placer a una mujer. ¿Por qué no iba a querer ella que los viera la gente? Sí, volvería a repetir aquello si pudiera, incluidas las ventanas abiertas. Se daba cuenta de que la mayoría de los hombres con los que había estado habían sido más tímidos que ella con respecto al sexo, más conservadores. Jackson no lo era. Era un hombre liberado, extrovertido, osado. A Chloe le gustaba eso. Le gustaba mucho. Recordó lo reservado que era Kevin, cómo insistía en que bajaran la luz antes de hacer el amor. Chloe no sabía si eso se debía a que era muy tímido o a que quería imaginar que se acostaba con otra persona. Fuera lo que fuera, empezaba a darse cuenta de lo inseguro que era Kevin en todos los sentidos. En contraste con la gran seguridad en sí mismo que tenía Jackson.

Mientras miraba la puerta cerrada del baño, pitó el teléfono de él, que estaba sobre una mesa al lado del sofá. Chloe no quería mirar, pero el aparato estaba justo allí, delante de sus narices, y era un mensaje de Annaliese.

Necesito tu gloriosa polla. Esta noche.

A Chloe se le encogió el estómago. La guapísima Annaliese de la noche anterior le ponía un mensaje a medianoche. Una invitación sexual. ¿La aceptaría él? Casi deseó tomar el teléfono y borrar el mensaje. Miró la puerta cerrada del baño. ¿La pillaría si lo hacía? Pero no, no podía hacer eso. Era una invasión de su intimidad y, además, había entrado en aquello con los ojos abiertos... literalmente. Le había visto follar con Annaliese la noche anterior. ¿Pero dos noches seguidas? Parecían muchos derechos para ser solo amigos. Apartó de su mente la duda insidiosa que la embargaba.

No, él no le mentiría en eso.

El teléfono volvió a pitar.

«No miraré», se dijo Chloe. «No voy a mirar».

—¿Quieres ducharte conmigo? —preguntó Jackson detrás de la puerta cerrada del baño. A Chloe casi se le salió el corazón del susto.

—Un segundo —gritó a su vez.

No podía evitarlo. Tenía que mirar. El mensaje desaparecería pronto detrás de la clave del teléfono. Miró la pantalla. Ahora mostraba un mensaje de otra persona. Una mujer llamada Laurie.

Te echo de menos. ¿Puedo ir a tu casa?

Chloe notó que todo su cuerpo se quedaba frío. ¿Quién era Laurie?

«Recuerda que él te dijo que tenía amigas con derecho a roce».

Sabía que había más de una, ¿por qué le molestaba ver la prueba de eso?

Entonces llegó una foto, una imagen sin cabeza de pechos desnudos y pezones erectos y firmes. Seguida de otra de frente que mostraba el pubis sin vello, los labios rosas un poco abiertos en un gesto invitador.

Chloe se levantó del sofá con la cabeza dándole vueltas. Sabía eso de Jackson. Había sido sincero con ella. ¡Qué narices!, lo había visto con sus propios ojos con otra mujer y, sin embargo, las mujeres de su teléfono le producían mareos y algo de náuseas. ¿Ella iba a ser otra amiga deseosa, otra amiga con derecho a cama? ¿Una más en una larga fila de mujeres desesperadas por sus atenciones?

¿Y por qué le importaba eso? Aunque, por otra parte, pensó en lo fantástico que había sido el sexo. Sentía ya que empezaba a engancharse, a querer a Jackson para sí de un modo que no debía. Porque él no era suyo y probablemente nunca lo sería.

—¿Chloe? —preguntó Jackson desde la puerta del baño.

La joven dio un salto, aterrorizada de que pudiera pillarla mirando su teléfono.

—La verdad es que tengo una reunión mañana a primera hora —mintió—. Creo que debería irme.

«Esto es lo mejor. Márchate antes de que te metas en esto más de la cuenta. Antes de que te enganches».

—¿Estás segura? —preguntó él.

Chloe odiaba mentirle.

«Dile que has visto esos mensajes en su teléfono. Díselo, joder».

Pero se quedó paralizada. ¿Por qué no le salían las palabras?

—Chloe —Jackson se adelantó hasta quedarse entre la puerta y ella—. Quiero que te quedes.

La joven alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con la mirada azul de él, seria, franca.

—No puedo —dijo. Lo rodeó y se dirigió a la escalera.

—¿Por qué?

—Creía que podía hacer esto. Lo de amiga con derechos —dijo—. Pero me parece que no puedo. Creo que... que busco algo más serio.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Por eso le resultaba tan difícil soportar los mensajes del teléfono. Sí, se había echado fácilmente en brazos de Jackson, pero también se conocía lo bastante para saber que quería más de su conexión con él. Quería algo más profundo. No podía ser una cara más de las que rotaban por su teléfono. No quería volver a sentirse nunca como se había sentido con Kevin, como un añadido.

—Chloe...

—No —ella negó con la cabeza y sonrió débilmente—. No, yo no pretendo cambiarte, ¿de acuerdo? No te voy a pedir que renuncies a algo a lo que no quieras renunciar. Esta noche lo hemos pasado muy bien. Es solo que yo no quiero seguir si esto no es... bueno, algo más.

—Déjame acompañarte a casa —dijo él. Fue a recoger sus pantalones.

—No, no es necesario —contestó ella.

Tomó su bolso apresuradamente, corrió escaleras abajo y salió al callejón, aterrorizada de que pudiera seguirla. Y aterrorizada de que no lo hiciera. Levantó la vista y vio a Jackson de pie en su sala de estar, mirándola a través de la ventana abierta.

«Es mejor así», pensó. Pero ¿por qué no le parecía que aquello era lo correcto?

Capítulo 8

Jackson no sabía lo que había ocurrido. Un momento tenía el mejor sexo de su vida y al minuto siguiente, Chloe salía corriendo de su casa como alma que lleva el diablo. La observó entrar en su bloque, al otro lado del callejón iluminado y esperó, con la vista fija en sus ventanas. Al final se encendió la luz, pero las persianas permanecieron bajadas. Al menos había llegado sana y salva a su casa. Pero ¿qué había ocurrido?

Se puso un pantalón corto y sacó una cerveza del frigorífico en el momento en el que pitaba su teléfono.

Entonces se dio cuenta de que tenía un montón de mensajes y supo al instante lo que había pasado. Annaliese y Laurie.

¡Maldición!

Ya entendía el discurso de ella sobre las amigas y sus derechos. ¿Él quería que fuera una mujer más en su teléfono? No estaba seguro. Tal vez. O tal vez no.

Pero lo que sí sabía era que ella estaría la primera de su lista. Jamás respondería a las invitaciones de otras si tenía a Chloe en su cama. Le resultaba irónico que fuera él el que echara a las mujeres de su casa. Y la única que quería que se quedara había salido corriendo antes de que hubiera tenido ocasión de convencerla de que se quedara a dormir. Chloe parecía... distinta a las otras. Y él sentía diferente respecto a ella. Había hablado en serio al decir que prescindiría de las otras mujeres si llegaba la indicada a su vida. Y había una posibilidad de que Chloe fuera esa mujer. Lo intrigaba como no lo había intrigado ninguna otra, al menos no en mucho tiempo. También tenía que admitir que le gustaba que defendiera sus convicciones y sus necesidades. Le había dicho que quería más. Al igual que él, no iba a dejarse avasallar. Y Jackson respetaba eso.

Miró los mensajes porno de Laurie y los borró. ¿Qué demonios se creía su ex? ¿Que la vería desnuda y olvidaría su traición? Los hombres eran criaturas simples, pero no hasta ese punto. Decidió ignorarla, como hacía habitualmente. Todavía no podía sacarse de la cabeza la imagen de ella intentando embarazarse. Le había dicho que lo amaba, pero en realidad solo quería dinero. Vio que se apagaba la luz de Chloe. ¿Se había acostado? Tendría que haber dormido a su lado.

Estoy en la puerta de tu casa.

Ese mensaje le hizo apartarse de la ventana con pavor. ¿Estaba allí? Entró y se acercó al videotelefonillo, donde podía ver el exterior de su edificio a través de un circuito cerrado de televisión. Miró todas las entradas pero no vio ni rastro de Laurie. Entonces recordó que ella solo conocía su dirección antigua, la de Nort Avenue.

Estoy llamando. ¿Por qué no contestas? Tengo que hablar contigo.

Aquello tenía que acabarse. La imaginó despertando a sus antiguos vecinos. O al abogado que había comprado su casa anterior.

Hemos terminado, Laurie. Ya te lo dije. Se acabó.

Esperó, pero no obtuvo respuesta. Menos mal. Pensó una vez más en Chloe. ¿Acabaría como Laurie? ¿Enloquecida por todos los dígitos de su cuenta bancaria? Por eso era más sencillo mantener las relaciones solo a un nivel sexual. Y si todo el mundo sabía de antemano que era solo sexo, nadie se enganchaba demasiado ni a él ni a su dinero.

En realidad, él mismo no había estado nunca cómodo con la riqueza que había acumulado en un tiempo relativamente corto.

Escribió un mensaje a Chloe, con la esperanza de suavizar la situación.

Lo he pasado muy bien contigo. En serio. Me gustaría volver a verte.

Ella no contestó y Jackson sintió un nudo de decepción en el estómago. Pero no tardó en cambiarlo por otro de determinación. No había terminado con Chloe Park. Ni mucho menos.

Despierto ya del todo, abrió su ordenador portátil para revisar el trabajo y se encontró con un email de Hailey. Kent había respondido a su oferta por el edificio de Chloe con otra que era tan escandalosamente alta como esperaba, con al menos un cero más al final de lo que valía. Dio instrucciones a Hailey de que enviara una contraoferta. El precio de Kent menos dos ceros. Después de eso, despierto todavía, bajó a su taller de carpintería y decidió trabajar un poco más en su nuevo proyecto, una elaborada barra de bar para su casa.

Mientras trabajaba, seguía pensando en Chloe. Por primera vez en mucho tiempo, una mujer ocupaba sus pensamientos. Normalmente no se dedicaba a pensar en Annaliese ni en ninguna de sus otras amigas después de un polvo, pero esa noche su cabeza estaba llena de imágenes de los ojos oscuros de Chloe. Del modo en que se había corrido con una pasión desenfrenada. De cómo, de pie en su sala de estar, había exigido respeto. Quizá eso fuera lo que más le gustaba a él. Quería volver a verla. Necesitaba volver a verla.

Mientras trabajaba la madera, pensaba en el cuerpo suave de ella, en su vagina apretada. Haberla probado solo había servido para que la deseara aún más. Tendría que encontrar el modo de satisfacer esa necesidad. Ya se le ocurriría algo para verla.

—Estoy orgulloso de ti por salir de allí, corazón —dijo Ryan.

Estaba sentado dos días después enfrente de Chloe en uno de sus lugares favoritos para almorzar en la Ciudad Vieja. Llevaba una camisa de cuadros de manga corta y pantalón caqui, su ropa habitual de trabajo. Trabajaba de comprador para una cadena de tiendas y estaba en su hora del almuerzo. Chloe jugaba con la lechuga de su ensalada en el plato, estaba un poco abatida. Ryan había pedido un sándwich doble de beicon, lechuga y tomate y lo había devorado.

—Sí, supongo.

Chloe no estaba tan segura. Jackson le había enviado un mensaje pero ella no había contestado. Todavía no. No estaba segura de lo que quería decir. A veces se sentía totalmente con el control de la situación, muy adulta y filosófica al respecto. Jackson no había roto ninguna promesa. Le habría ofrecido sexo apasionado sin compromiso y eso era lo que le había dado y, sin embargo, en otros momentos se sentía como una colegiala que había sufrido una decepción en su primer amor.

—No suelo irme a la cama con alguien en la primera cita.

—¡Oh! Es verdad, tienes la regla de las tres citas.

Ryan puso los ojos en blanco para mostrar lo que pensaba de eso. Iba muy bien afeitado y llevaba el pelo, perfectamente arreglado, largo por arriba y corto en los lados. Sus ojos oscuros observaban a Chloe.

—¡Eh! Tengo mis principios.

—Lo sé. Estoy de broma. Pero debe de ser muy sexy para que te saltaras tu

regla de las tres citas —Ryan se metió una patata frita en la boca.

—Más que sexy —aquello era decir muy poco. El sexo con él probablemente alimentaría las fantasías solitarias de ella durante semanas. Cuando pensaba en las manos fuertes de Jackson y en su pene gigante, sentía todavía calor en el vientre.

—O sea que entiendo que quieres más. ¿Por qué no asumes una actitud budista al respecto? Vive el momento, ¿no? Él te dijo que podía estar interesado en algo más serio.

—Pero las mujeres de su teléfono... No sé si puedo estar ahí y competir con ellas.

—No lo sabrás hasta que lo pruebes —él mojó una patata frita en ketchup y se la llevó a la boca.

—Tú crees que debería volver a verlo.

Chloe tenía sus dudas. A ella, él le parecía la viva imagen del soltero tóxico, el tipo de hombre que jugaría con ella y acabaría partiéndole el corazón. Como Kevin.

—Creo que quieres volver a verlo —Ryan enarcó una ceja y ella fue incapaz de discutir aquella verdad.

La joven miró su plato.

—Sí, claro que quiero, pero creo que, si él no quiere lo mismo que yo, eso es un error.

Ryan abrió mucho los ojos.

—¿Me puedes decir otra vez por qué es un error verse con un hombre rico y atractivo? Eso tengo que oírlo.

—Porque soy solo un número, una mujer más que le envía mensajes al teléfono. Y eso no hace que me sienta bien. Es otra vez lo de Kevin. Y juré que no volvería a repetir eso.

Chloe apartó el resto de su ensalada. Su poco apetito se redujo todavía más al recordar los mensajes en el teléfono y las fotos de mujeres atractivas desnudas. ¿Cómo iba a poder competir con un torrente de mujeres deseosas de estar con él? Y Jackson le había dicho que prefería no tener ataduras. Eso no era lo que ella quería. No lo era en absoluto.

—En primer lugar, él no es como Kevin —dijo Ryan. Tomó un sorbo de agua—. Kevin se hacía pasar por rico, pero este tío lo es.

Chloe soltó una risita.

—No tiene gracia —protestó—. No me importaba nada el dinero de Kevin.

Lo que me molestaba era que no podía dejar la polla quieta.

—Exacto. Y respecto a eso, Jackson ha sido sincero contigo en lo de las otras mujeres. También te ha dicho que las despediría a todas si encontrara a la mujer apropiada, ¿no?

—No quiero presionarlo para que haga eso. O lo hace o no lo hace, pero yo no debería tener que pedírselo —Chloe opinaba que tenía que ofrecerlo él.

—Tu trabajo es quitar a la competencia de en medio, chica —Ryan tomó un mordisco de patata. La luz del sol se filtraba por la ventana lateral por la que pasaban continuamente peatones. Chloe miró con aire ausente a una mujer que paseaba a su perro y suspiró.

—Salir con un hombre que ve a otras no es mi estilo y me conozco lo bastante para saber que no quiero pegarme con otra por un hombre que ni siquiera quiere lo mismo que yo —Chloe se encogió de hombros—. Eso es un desastre anunciado. Si vuelvo a verlo y tenemos más sexo increíble, ¿luego qué? Solo lograré que me rompan el corazón otra vez.

Pensó en Jackson tirando el preservativo por el váter. Un día ella querría tener un bebé, ¿no? El matrimonio y todo lo que conllevaba. Él no estaba en posición de confiar en nadie. Se lo había dicho así. Y quizá nunca lo estuviera.

—Además, deberías haber visto a esas mujeres. Son espectaculares.

Ryan la miró fijamente, sin parpadear.

—Tú también, querida.

—¡Bah! Tú tienes que decir eso porque eres mi amigo.

Chloe suspiró con frustración. Miró su camiseta y pantalones cortos de gimnasia. Ese día ni siquiera llevaba maquillaje.

—No, la verdad es que si no fueras espectacular, simplemente cambiaría de tema con cierta incomodidad y hablaría de la temporada que están haciendo los Cubs —Ryan sonrió—. Además, ¿me dijiste que se excitó bastante cuando lo viste con esa mujer, como se llame?

—Annaliese.

—Exacto. Ella. Pues quizá lo que te ponga celosa sea también lo que te atrae de él. El sexo es complicado y a menudo contradictorio. La mayoría del tiempo queremos lo que no queremos —Ryan se metió otra patata frita en la boca—. Aunque creo que tú eres lista. Sabes qué es lo que quieres. Pero asumes que también sabes lo que quiere él. No lo sabes de cierto. Quizá deberías continuar esto un poco y ver cómo te sientes y adónde lleva.

—¿Te refieres a acostarme más con él y ver si se compromete? ¿Pero cómo

puedo competir con todas esas otras mujeres?

Ryan asintió lentamente.

—Porque eres maravillosa. Además, piensa en todo el sexo maravilloso que podrás disfrutar en el proceso. Oh, y quizá te lleve a Girl & the Goat. O mejor aún, a Alinea.

Esos eran los restaurantes más pijos de Chicago, donde una cena para dos podía costar fácilmente cientos de dólares.

Chloe soltó una carcajada y algunos clientes se volvieron a mirar.

—Eres terrible.

—Solo soy sincero.

Entonces se iluminó el teléfono de ella con un mensaje entrante de Jackson.

Quiero verte. ¿Estás libre mañana?

El cuerpo de Chloe reaccionó solo con ver su nombre en la pantalla. Sí, quería volver a verlo, desde luego. De eso no había duda.

—¿Quién es? ¿Es él? —Ryan se inclinó hacia delante con impaciencia y ella le mostró la pantalla—. Parece que alguien tiene suerte —comentó, tras leer el mensaje. Enarcó las cejas—. ¿Qué vas a hacer?

—Creo que no debería aceptar.

—¿Por qué?

—Porque volveré a quedarme desnuda, por eso —Chloe sabía que su autocontrol era inexistente cuando estaba con él.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que él también se desnudará y entonces yo me enamoraré. Yo solo necesito dos veces. Tres como mucho —Chloe se encogió de hombros.

Se conocía. Le habría gustado poder tener mucho sexo increíble sin engancharse, pero no podía controlar sus sentimientos. Y en cualquier caso, Jackson ya le gustaba más de la cuenta.

Ryan movió la cabeza.

—A las chicas heterosexuales no hay quien os entienda.

Chloe se echó a reír.

—Por favor. Tú eres peor que yo. Estabas eligiendo invitaciones de boda para casarte con Brendan dos días después de conocerlo.

Ryan rio con ganas.

—Odio que recuerdes cosas tal y como ocurrieron. Es una de tus peores cualidades —puso los ojos en blanco de un modo exagerado—. De acuerdo, está bien, soy un romántico. Me has pillado. Pero que sepas que para entonces

Brendan y yo lo habíamos hecho ya cinco veces por lo menos. Quizá seis.

Chloe se echó a reír.

—Está bien, te creo.

Ryan masticó una patata con aire pensativo.

—Tú le dijiste que querías algo más serio y él te invita a salir, así que, ¿por qué no esperas a ver si te lo ofrece?

—¿Tú crees? —Chloe no estaba segura. Pensó en las fotos en el teléfono de él. Sí, la atracción era algo complicado, pero ¿y su autoestima?

No creo que sea buena idea, contestó.

—No me puedo creer que lo hayas rechazado —gritó Ryan, mirando el teléfono—. ¿Cómo puedes saber lo serio que es o deja de ser si no pruebas?

—Ese es el problema. Ya lo he probado. Y me ha gustado demasiado.

Entonces llegó otro mensaje.

Creo que debemos hablar.

—¿Hablar? —repitió Chloe—. ¿De qué?

—A lo mejor el hombre te va a dar lo que quieres —Ryan tomó un sorbo de agua con un mordisco de sándwich.

Chloe soltó un resoplido.

—¿Crees que va a querer una relación en exclusiva conmigo?

—Tal vez. Ha dicho que quiere hablar. Ya sabes cómo odian los hombres hablar —Ryan mordió otra patata frita.

Chloe observó el teléfono que tenía en la mano.

—Pero yo ya le di la miel gratis.

—Pues a lo mejor es que le gusta mucho tu miel, querida —Ryan soltó una risita.

Quiero que hablemos. También necesito una cita para hoy. Doy una fiesta para mis empleados y quería saber si quieres ser mi acompañante. Podemos hablar después, te lo prometo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Ryan, leyendo la pantalla—. Llevarte de acompañante a un sitio no es lo que hace un hombre que quiere relegarte al papel de amiga con derecho a roce.

A Chloe le brotó una pequeña esperanza.

—¿Tú crees?

—Desde luego.

La fiesta tenía lugar en el hipódromo, en las elitistas salas privadas del club, muy por encima de las pistas de carreras. Chloe sabía que un vestido de escote *halter* estaba bien para una invitación a Arlington Park, pero Ryan le había advertido de que Propiedades Drake daba fiestas de lujo. Complementó, pues, el sencillo vestido de verano con sandalias de tacón de aguja para darle un aire más elegante.

Pensó qué significaría que la llevara en calidad de cita. ¿Tendría Ryan razón y Jackson iba más en serio con ella que con las demás mujeres? Por otra parte, ¿qué sabía ella de Jackson Drake? Que tenía dinero, buenos abdominales y un pene de primera. Pero ¿no sería aconsejable que ella frenara un poco sus expectativas y aprendiera también a conocerlo? Iría a aquella cita, oiría lo que él tenía que decir y después tomaría una decisión. Si él no estaba dispuesto a darle lo que necesitaba, se alejaría. No iba a empezar una relación con otro Kevin.

Respiró hondo y se retocó el maquillaje, preguntándose si el vestido resultaría demasiado atrevido. Era más escotado de lo que solía llevar normalmente, pero Jackson hacía que se sintiera más valiente de lo habitual. Quizá esa fuera una de las razones por las que se sentía atraída por él. Era osado y la hacía sentirse también atrevida. Peligroso, eso era él. Y Chloe, en parte, no podía resistirse a jugar con fuego. Después de todo, nunca antes se había sentido tan osada, tan a la vista y tan vista. Se miró al espejo, estudió el pelo, recogido en una cola de caballo baja y se encontró pasable, quizá más que eso, con la línea oscura que realzaba sus ojos casi negros. Además, no podía evitar pensar que había una conexión entre ellos. La pasión que había sentido no era algo que se diera todos los días, y una parte de ella creía que Jackson también debía de sentirla.

El coche de Jackson rugió en el callejón, con su increíble motor una explosión de potencia apenas refrenada. Chloe se acercó a la ventana y lo vio sentado al volante del Maserati. El capó brillaba a la luz del sol, mostrando las líneas caras, el cromo y los asientos de cuero nuevecitos. Hacía 25 grados de temperatura, una tarde perfecta de verano en Chicago, con la brisa procedente del Lago Michigan haciendo caer la temperatura unos grados. Jackson llevaba una camisa y un sombrero fedora de paja muy calado, lo que

de algún modo le daba un aspecto levemente peligroso.

—Bonito sombrero —musitó ella, asintiendo con aprobación.

—Es lo que hay que llevar al hipódromo, o eso me han dicho —musitó él.

Chloe casi no prestaba atención a sus palabras, ocupada como estaba en seguir las líneas de su tatuaje, que resultaba apenas visible por el cuello abierto de la camisa. ¡Jesús! Aquel hombre estaba hecho de sexo y peligro.

Jackson salió del vehículo y se acercó a ella sin dejar de mirar su vestido.

—Hola, sexy —ronroneó. Y la acercó hacia sí.

Ella inclinó la cabeza y él le dio un beso suave en los labios. Su perilla rubia le rozó la barbilla y Chloe sintió un estremecimiento de puro placer bajar por su columna. Su cuerpo respondió instintivamente a él y en su mente sonaron campanadas de aviso. Si no tenía cuidado, acabaría enamorándose perdidamente.

Suponiendo que no le hubiera pasado ya.

—Hola —dijo, apartándose.

Los ojos azules de él la observaban. ¡Cuánto le gustaban a ella esos ojos! Podía pasarse la vida mirándolos. No... Tenían que hablar. No debía olvidarlo. Antes tenían que hablar.

—¿Querías hablar? —preguntó. Y se sintió orgullosa de sacar el tema de inmediato. No le permitiría irse de rositas tan fácilmente.

—Después de la fiesta, ¿de acuerdo? —preguntó él.

—De acuerdo —asintió ella de mala gana.

Jackson abrió la puerta del acompañante y ella se instaló en el asiento de piel de color caramelo.

—¿Cuántos coches tienes? —preguntó con ironía cuando él se hubo sentado al volante.

—No los suficientes —repuso él con una sonrisa.

Puso el motor en marcha y el vehículo salió rugiendo del callejón y se metió en el tráfico.

Chloe no había ido nunca a Arlington Park, y cuarenta minutos después, cuando entraron en el aparcamiento especial cerca de las pistas, oyó los gritos de los fans que animaban en las carreras que acababan de empezar. Jackson la tomó de la mano y la condujo hasta un ascensor privado, donde había cerca hombres y mujeres charlando en grupos, todos ellos vestidos con elegancia y las mujeres con sombreros caros. La joven empezaba a pensar que aquello se parecía más al Derby de Kentucky que a una salida social normal y de pronto

su sencillo vestido y las sandalias de tacón ya no le parecían lo bastante elegantes.

—¿Tendría que haberme puesto un sombrero? —preguntó cuando entraron en el ascensor.

—Estás perfecta tal y como estás —gruñó Jackson, bajándose un poco el sombrero de modo que le cubriera los ojos. Con la perilla y su aspecto de malote parecía demasiado primitivo para la chaqueta oscura de traje que se había puesto encima de la camisa Oxford y los zapatos caros de cordones con punta de ala que le cubrían los pies.

Cuando se cerró la puerta del ascensor, Jackson la tomó en sus brazos y la besó con pasión en la boca, jugando con su lengua. Él sabía a menta, del chicle que había mascado, pero fue la firmeza de su pecho y de su abdomen apretados contra ella lo que recordó a Chloe que besar no era lo único que hacía bien. Sintió un impulso súbito de explorar la parte frontal de sus pantalones, pero se contuvo. El ascensor se abriría en cualquier momento. Entonces Jackson bajó las manos y le agarró el trasero con aire posesivo. Tiró de ella hacia él de modo que sus entrepiernas se encontraran. La joven sintió el despertar de su enorme pene y se mojó al instante entre las piernas. De pronto ya no quería ver las carreras de caballos. Prefería pulsar el botón de parada del ascensor y ver adónde los llevaban los momentos siguientes.

La puerta del ascensor se abrió y el aire acondicionado los golpeó con fuerza.

—Bienvenida a la suite Gobernador —dijo él. Y esperó a que ella saliera delante a la gruesa alfombra azul.

Chloe se encontró con una pared de ventanales y se dio cuenta de que estaban en la parte superior del hipódromo, encima del círculo de tierra donde se reunían los caballos en la puerta de salida para la siguiente carrera.

Camareros trajeados transportaban bandejas con champán y la gente socializaba ya en la elegante sala privada, pintada de un blanco immaculado, con grandes plafones de luz colgando del techo y un largo mostrador con la parte superior de granito lleno de todo tipo de comida imaginable. Un camarero le ofreció una copa de champán, pero entonces intervino Jackson.

—Tráiganos a la señorita y a mí un par de vasos de mi bourbon especial con hielo, por favor —dijo. Sonrió a Chloe—. He recordado que no eres chica de burbujas.

—Acabas de ganar puntos.

—Eso espero —dijo él.

La miraba de un modo que hacía que ella se sintiera como si fuera la única mujer en el mundo. Pensó que sería maravilloso sentirse siempre así, pero al instante intentó desvanecer la parte negativa de aquel pensamiento. Estaba allí con un hombre maravilloso en una cita increíble. Tenía que hacer lo que decía Ryan: vivir el momento.

El camarero volvió con dos bebidas de color ámbar y les tendió una a cada uno. Jackson chocó su vaso con el de ella.

—Por la mujer más hermosa que hay en esta habitación —dijo.

Chloe sintió que se sonrojaba hasta las orejas. Desde luego, no era la mujer más hermosa en aquella sala, de eso estaba segura. La estancia estaba llena de lo que seguramente serían las mujeres más guapas de Chicago. Algunas le resultaban familiares, como si salieran en la serie *Chicago Fire*. Todo era posible. Mientras sorbía el delicioso bourbon, observaba a Jackson examinar la habitación. No pasó mucho rato antes de que una rubia escultural se acercara a ellos.

—Me alegro de que haya llegado, señor —dijo, con una leve inclinación de cabeza—. ¿Y quién es su encantadora acompañante?

Chloe la miró fijamente, admirada porque no conseguía ver ningún poro en el rostro de la mujer. Su piel era pura perfección y era alta, delgada y espectacular. Sintió que se le encogía el estómago por los celos. Ella era bajita, con curvas y morena, no alta, esbelta y con cuerpo de modelo.

—Hailey, esta es Chloe. Chloe, Hailey. Es mi mano derecha en el trabajo. La mejor ayudante ejecutiva que hay.

—Encantada de conocerla —dijo Hailey, que parecía estrecharle la mano con placer genuino.

Chloe se preguntó si Jackson se habría acostado con ella. También se preguntó si sospecharía lo mismo siempre que le presentara a una mujer atractiva. Miró a su alrededor, a los asistentes a la fiesta de Propiedades Drake y se dio cuenta de que había muy pocas personas feas en la estancia. Pensó si Jackson lo haría a propósito o si la gente guapa vendía más propiedades. Fuera como fuera, era difícil no sentirse intimidada.

—Lo mismo digo —repuso Chloe, observando el increíble sombrero de Hailey, digno de una boda de la realeza británica—. Tendría que haber traído un sombrero.

—Los sombreros son optativos, no se preocupe —dijo Hailey con una

sonrisa afectuosa que parecía sincera. A Chloe empezó a caerle bien aquella rubia espectacular. Desde luego, agradecía su sonrisa amistosa—. Pero si de verdad quiere uno, tengo unos cuantos, por si acaso. Vendrán clientes además de agentes inmobiliarios y mi lema es estar siempre preparada.

—Por eso es la mejor ayudante del mundo —declaró Jackson, y Chloe notó que no había ni el más leve asomo de coqueteo en su voz. No, decidió que aquellos dos no se acostaban. Pero ¿tendría que preocuparse por todas las mujeres que conocía él?

—¿Le importa prestarme uno? —Chloe empezaba a sentirse muy poco elegante.

Por otra parte, tampoco tenía sombreros elegantes en su armario. Obviamente, no estaba acostumbrada a fiestas privadas en hipódromos. Pero, bien pensado, ¿por qué iba a estarlo?

«Así es como vive la otra mitad», pensó. «O mejor dicho, el otro uno por ciento».

Siguió a Hailey hasta una especie de alacena alargada para colgar los abrigos, donde la ayudante de Jackson se acercó a una caja con ropa.

—Creo que tengo uno perfecto. Hace juego con el vestido. Por cierto, es precioso. ¿Dónde lo compró?

—En rebajas. En Nordstrom Rack —repuso Chloe. Y se encogió al ver los zapatos de Christian Louboutin que llevaba Hailey y que costaban más del triple que todo lo que llevaba ella.

—Me encantan las rebajas —musitó Hailey amablemente.

Chloe no sabía lo que ganaría como ayudante de Jackson, pero a juzgar por su atuendo, su sueldo debía de tener bastantes ceros. Hailey sacó un sombrero flexible de fieltro de color caramelo que iba perfectamente con el vestido de rayas beis y fresa de Chloe.

—¿Cómo es trabajar para Jackson? —preguntó esta con curiosidad mientras examinaba el sombrero e intentaba adivinar qué parte iba delante y cuál detrás.

—¡Oh, es un jefe magnífico! Justo, generoso y muy inteligente. He aprendido mucho con él. También es cariñoso. El verano pasado hizo de testigo en mi boda con mi esposa —a Chloe no le pasó por alto el modo en que enfatizó la palabra «esposa».

—¿Esposa? —preguntó. En ese caso, definitivamente no había nada entre Jackson y ella. La invadió una oleada de alivio—. ¡Enhorabuena!

Hailey sonrió.

—Gracias. Somos muy felices —sonrió.

Chloe se puso el sombrero en la cabeza y se miró en el largo espejo que colgaba en la parte trasera de la puerta. Tenía que admitir que el sombrero completaba el conjunto. Casi parecía tan sofisticada y rica como los demás asistentes a la fiesta.

—Le queda genial —intervino Hailey. La observó un momento—. Ya sé que no es asunto mío, pero...

Chloe esperó, preguntándose si la otra le iba a decir que no tenía ninguna posibilidad contra la legión de fans que adoraban a Jackson y todas las mujeres que le enviaban fotos desnudas a su teléfono.

—Perdone, es que creo que esto debe de ir en serio, porque Jackson nunca trae citas a estas cosas —Hailey la miró—. ¿Cuánto tiempo hace que salen juntos?

«Dos días».

—No mucho —repuso Chloe, que intentaba procesar que la ayudante de Jackson le decía que, a pesar de las distintas mujeres que sabía que esperaban en su teléfono, él prefería ir solo a los eventos de su empresa.

—Pues me alegro mucho de conocerla, porque nosotros siempre decimos que Jackson tiene que salir más. Nunca le hemos conocido novias serias.

—¿Nunca?

Chloe pensó en todas sus amigas con derecho a cama y se dio cuenta de que probablemente las mantenía en secreto en el trabajo. O quizá no había tantas como ella creía. Fuera como fuera, no podía evitar sentirse especial. La llevaba a un evento de trabajo. ¿Quizá no fuera solo una amiga más con derecho a sexo?

—En serio. Nunca conocemos a las mujeres con las que sale, así que debe de considerarla especial. Si no fuera así, no la traería aquí —Hailey le sonrió y Chloe no pudo por menos de devolverle la sonrisa. ¿Sería cierto eso?

Hailey le enderezó un poco el sombrero.

—Yo lo conozco desde hace años —continuó—. Si deja que la conozcamos todos los empleados, eso significa algo, créame.

A Chloe se le aceleró el corazón. Aquella revelación le gustaba más de la cuenta. «Puede que sea solo cotilleo de su ayudante y nada más», se advirtió a sí misma.

—¿Se puede? —Jackson estaba de pie en el umbral del cuartito, apoyado en

la jamba con su sombrero inclinado peligrosamente bajo sobre sus ojos azules. Sostenía ambas bebidas en las manos—. Me gusta el sombrero —dijo, pasándole uno. Miró a Hailey y entre jefe y empleada hubo un intercambio sutil.

—Mi trabajo aquí ha terminado —comentó Hailey—. Nos vemos ahí fuera.

Pasó al lado de Jackson y los dejó solos en el cuarto de los abrigo. Jackson depositó su vaso en uno de los casilleros abiertos de la alacena.

Se acercó un paso a ella y movió un poco el ala de su sombrero. Chloe arqueó el cuello cuando los ojos azules de él se posaron en los suyos. El cubito de hielo gigante tintineaba en el lateral del vaso.

—Estás para comerte —susurró él.

Chloe oía las voces de la fiesta de fuera y sabía que la puerta estaba solo entornada, pero eso dejó de tener importancia cuando Jackson se acercó un paso más. Bajó un dedo por el escote del vestido y le acarició la piel. Ella inspiró con fuerza y retuvo el aire. Se había prometido que se dejaría la ropa puesta hasta que hubieran hablado, pero allí de pie delante de él, se dio cuenta de que la tentación podía ser demasiado grande. ¿Podía decirle que no a aquel hombre increíble? Desde luego, su cuerpo no quería hacerlo.

—Te deseo —dijo él, sin apartar la vista del rostro de ella.

—¿Ahora mismo? —preguntó Chloe con voz aguda, mirando la puerta entreabierta.

Una sonrisa retadora animó el rostro de él.

—Justo ahora y justo aquí.

Capítulo 9

Jackson se inclinó y le quitó el vaso.

La realidad era que la deseaba desesperadamente y estaba harto de combatir el impulso de tocarla. Sí, estaban en una fiesta del trabajo, pero eso no calmaba su libido en absoluto. Chloe tenía algo que se le metía debajo de la piel y esquivaba todo el circuito lógico de su cerebro. No sabía lo que era ni cómo le había sucedido con tanta rapidez, pero ella era diferente. ¿Tal vez la osadía de ella? Se acercó más, con los labios a punto de tocar los de Chloe, pero entonces sonó su teléfono, interrumpiendo el momento. Lo sacó del bolsillo y vio el nombre de Laurie. ¡Maldita mujer! Silenció el teléfono y volvió a guardárselo.

—¿Seguro que no quieres contestar? —preguntó ella con ojos muy abiertos.

—Estoy seguro —más que seguro.

Entonces sonó el teléfono de Chloe. Ella lo sacó del bolso, miró la pantalla y volvió a guardarlo rápidamente. ¿Tenía también pretendientes? A Jackson se le encogió un poco el estómago. ¿Y si tenía un número de hombres en el teléfono que la llamaban de vez en cuando? Debería haber adivinado que sería así. Después de todo, era preciosa, muy lista y divertida. ¿Por qué no la iban a perseguir? Si él estaba interesado, otros también lo estarían.

Por alguna razón, esa idea hizo que la deseara todavía más. Dio un paso al frente, de espaldas todavía a la puerta, y se inclinó a besarla con suavidad. Incluso con un contacto tan leve, sintió que su cuerpo respondía al de ella y se ponía rígido de deseo. Casi no le importaba nada la fiesta que transcurría fuera de la puerta entreabierta. Sabía que no debía seguir adelante con aquello, pero una parte de él quería hacerlo.

Entonces oyó el sonido claro de un hombre carraspeando. Chloe dio un salto, pero Jackson se volvió despacio, con frustración, hacia el hombre

vestido con camiseta polo y pantalón caqui que tenía un vaso de cóctel en la mano.

Kent.

¿Qué hacía allí? No era un empleado de Propiedades Drake.

—¡Jackson! Te he buscado por todas partes. Perdón, no pretendía interrumpir.

Jackson sabía que Kent tenía toda la intención de interrumpir. El hombre era de lo más inoportuno. Además, no le gustaba cómo miraba a Chloe. Mejor dicho, cómo miraba el pecho de Chloe.

—Kent —dijo con voz levemente tensa—. No sabía que ibas a venir.

«Ni que estuvieras invitado. De hecho, sé que no lo estabas».

—¡Oh!, estaba con amigos en la suite de al lado y he visto el cartel de la fiesta de Propiedades Drake. Solo he entrado a saludar.

A Jackson le habría gustado que se tirara por el balcón.

—Pues ya has saludado, y ahora...

—¿No vas a presentarme a esta hermosa señorita? —Kent sonrió, pero seguía mirando el pecho de Chloe y Jackson pensó que, si eso se prolongaba, tendría que hacer algo al respecto.

—Kent Roberts, te presento a Chloe Park. Mi acompañante —enfaticó la última palabra para que Kent no se hiciera ideas equivocadas. Chloe era su cita. No estaba allí para flirtear con personas como él.

—Sí. Quería decirte que he recibido tu oferta. ¿Crees que podremos encontrarnos en el medio?

—Hablaemos de eso el lunes —repuso Jackson, cortante, sin importarle resultar grosero.

Kent se estaba sobrepasando. Lo último que necesitaba en aquel momento era una discusión abierta de cómo pensaba comprar el edificio de Chloe.

Se volvió hacia ella.

—¿Tienes hambre? ¿Te apetece comer algo?

La joven asintió y los dos pasaron al lado de Kent y volvieron a la fiesta, donde había docenas de agente inmobiliarios y empleados suyos socializando con cócteles en la mano. Kent los siguió, irritantemente cerca, y Jackson se dijo que intentaría despistarlo lo antes posible. Entonces vio que Hailey hablaba con el jefe de seguridad con el ceño fruncido y supo que ocurría algo antes incluso de que ella estableciera contacto visual con él y le hiciera un gesto sutil con la cabeza.

Apretó el codo de Chloe en cuanto llegaron al bufé y ella tomó un plato blanco de porcelana con borde dorado.

—Enseguida vuelvo —dijo en voz baja.

Chloe alzó la vista hacia él.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Solo tengo que comprobar una cosa —añadió él.

Se alejó y se reunió con Hailey en tres zancadas largas.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sabiendo por la cara de ella que algo no iba bien. Hablaba en voz baja, que no se oía por encima del murmullo de conversación general que los rodeaba.

Hailey parecía sorprendentemente incómoda. Fuera lo que fuera lo que tenía que decirle, no le gustaba hacerlo.

—¿Conoce a una mujer llamada Laurie? —preguntó.

Jackson sintió enseguida un peso sobre los hombros.

—Desgraciadamente sí. Salimos juntos brevemente —pensó que jamás tendría que haber salido con ella.

—Pues está en la puerta principal y exige verle —Hailey se mordió el labio inferior. Parecía muy incómoda por el modo en que cambiaba el peso de un pie a otro y la expresión vacilante con que lo miraba.

Jackson movió la cabeza.

—Rompí con ella pero no acepta un no por respuesta —suspiró—. Por favor, haz que los de seguridad la saquen del edificio. No es bienvenida aquí.

Hailey asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

Jackson odiaba que Laurie hubiera hecho pública su vida personal, sobre todo porque él le había dejado clarísimo que habían terminado. Pensó un momento si no sería bueno hablar con su abogada y buscar una orden de alejamiento.

—¡Ah! Y Hailey —dijo, tomada ya la decisión—, llama el lunes a mi abogada, ¿quieres? Me gustaría hablar con ella.

Lo mejor sería cortar aquello de raíz. No podía permitir que una exnovia loca y obsesionada con el dinero se presentara en su casa y en su empresa. Necesitaba consejo sobre lo que podía hacer, quizá incluso pedir una orden de alejamiento.

Hailey asintió rápidamente con la cabeza.

—Sí, señor.

Jackson se volvió entonces y vio que Kent tenía a Chloe arrinconada. Ella sostenía un plato con comida a modo de escudo, pero el plato de porcelana era lo único que había entre los dos. Él hablaba enfáticamente de algo y era obvio que invadía el espacio personal de la joven. Jackson frunció el ceño. No le gustaba que Kent quisiera ligar con su acompañante. Tenía la mano en el codo de ella y la joven no se resistía totalmente. Era cierto que Kent parecía un hombre agradable y que su dinero lo hacía todavía más atractivo. Jackson sintió una llamarada de celos a pesar de que su mente racional le decía que Chloe no hacía otra cosa que mostrarse educada.

Cruzó la habitación con zancadas rápidas y decididas y captó el final de la conversación, que tenía algo que ver con el yate de Kent.

—Lo siento mucho —dijo Jackson a Chloe—. Una pequeña emergencia laboral —le gustó que Chloe pareciera contenta y aliviada de verlo.

—No te preocupes —dijo Kent, sonriendo como un gato que acabara de comerse a un canario—. Le estaba diciendo a Chloe que es bienvenida en mi yate cuando quiera. Este año navegamos hasta Grecia.

—¿Oh? —Jackson quería que el otro zarpara ya—. ¿Por eso has subido los alquileres en Pilsen este año?

Pilsen era uno de los barrios de población más variada de Chicago, parte *hipster* pero con una fuerte presencia latina y mezcla de casas pobres y menos pobres. Kent poseía pisos cerca del auditorio Thalia, pero era famoso por sus alquileres altos y su falta de predisposición a arreglar problemas, como una escalera trasera que se había derrumbado el verano anterior.

Kent frunció el ceño al oírlo.

—Ha sido un placer verte —dijo Jackson—, pero ahora, si nos disculpas... —puso la mano en la cintura de Chloe y la alejó de aquel hombre. Caminó con ella hasta el otro extremo de la sala, más cerca de la ventana que daba a las pistas de carreras—. Dime que no vas a ir en su yate.

—¿Con él? No creo que yo quiera esta cerca de él —declaró la joven—. Apenas hemos hablado cinco minutos y solo quiere hablar de sí mismo.

Jackson soltó una risita.

—Es su tema favorito.

—Pero ha dicho que tiene un chef privado —bromeó Chloe, mirándolo a los ojos.

—Cocinaré para ti siempre que no te acerques a él —Jackson miró a Kent, en el otro extremo del cuarto.

Aquel hombre carecía de brújula moral y era pura avaricia. Solo le importaba el dinero que podía ganar y cómo podía sacarles a otros los dólares que ganaban con esfuerzo. Eso era lo que más le gustaba del negocio inmobiliario.

—¿Eso es una promesa? —Chloe levantó el rostro y su sombrero flexible cayó un poco hacia atrás, con lo que sus ojos oscuros brillaron a la luz del sol y adquirieron un tono marrón más claro, casi dorado. Jackson sintió aumentar de nuevo su deseo por ella.

—Sí —dijo, con voz más ronca que de costumbre—. Quiero volver a besarte.

Chloe abrió los labios.

—¿Aquí? —preguntó.

Miró la sala llena de gente y Jackson se dio cuenta de que no le faltaba razón. Besarse con su cita delante de sus empleados seguramente no era una idea muy inteligente. Miró en dirección al cuarto de los abrigos, pero vio un grupo de personas cerca de la puerta. Aquel lugar estaba descartado. Le tomó la mano con gentileza.

—¿Te apetece explorar? —preguntó.

La joven sonrió.

—Claro que sí —contestó, como si acabara de hacerla cómplice de un delito.

Jackson salió con ella de la sala de la fiesta. Había varias suites ocupadas, pero al final del largo pasillo alfombrado encontraron una habitación vacía. Él tiró de ella al interior y cerró la puerta tras ellos. Cuando se volvió, vio que lo observaba con sus ojos oscuros. La miró con aquel sombrero ancho y el vestido sexy, que en aquel momento la luz del sol volvía ligeramente transparente. Con ella de pie ante las ventanas bañadas por el sol, podía ver el contorno de sus maravillosas piernas.

La habitación estaba vacía, no había nada excepto una gran alfombra azul, una mesa solitaria a un lado y una pared de ventanas que daban a las carreras. Fuera sonó un pistoletazo de salida y los caballos empezaron una de las muchas carreras programadas, pero a Jackson en aquel momento solo le importaba Chloe.

—Te he echado de menos —dijo.

Y era cierto. Acababa de darse cuenta de que después de la noche en que había salido con ella, la había echado de menos. Ansiaba estar con ella. Desde

que la había poseído en su sala de estar no deseaba otra cosa que volver a tenerla desnuda. No estaba acostumbrado a sentirse tan vulnerable, tan necesitado. Eso no era propio de él.

—Ya llevamos bastante rato juntos.

—No como yo quiero que estemos —repuso Jackson.

Se acercó un paso más a ella y la besó en la boca. Esa vez movió libremente las manos por su espalda, hasta que le agarró de las caderas y la atrajo hacia sí. Chloe se arqueó hacia él con la boca abierta, deseosa, húmeda, deliciosa.

La necesidad de él crecía a medida que exploraba la boca de ella con la lengua. Se preguntó si alguna vez se sentiría saciado de ella. Estaba tan ocupado saboreándola y apretando su cuerpo contra el de ella, que al final terminaron por chocar con la pared de cristal. Con ella de espaldas contra el ventanal, le fue dando besos por el cuello abajo, haciéndola gemir de deseo. ¡Cuánto le gustaba hacerla gemir! Quería oír eso todo el día. Toda la noche. Notó que ella respiró con fuerza cuando le besó la línea del cuello y lamio suavemente la deliciosa uve donde se encontraban sus pechos. Tomó uno y sintió su peso en la mano. Perfecto.

Volvió a besarla en la boca y ella le pasó las uñas por la parte de atrás del pelo, trazando rastros perfectos en el cuero cabelludo. Levantó una rodilla para abrirse a él, que subió la mano por su muslo y apartó la tela hasta que tocó piel desnuda. ¡Era tan suave, tan perfecta allí, con él sujetando la otra pierna y apretándose contra el núcleo mismo de su calor! Su cuerpo gritaba de deseo y la sangre fluía veloz a su entrepierna. La deseaba ya. No podía esperar. Le daba igual que la puerta estuviera abierta y la pared de ventanas no tuviera cortinas. No le importaba que los vieran. Subió la mano y tocó el borde del tanga de ella. Aquella mujer siempre llevaba ropa interior de lo más sexy.

Entonces se dio cuenta de que, si movía la mano un poco más, le enseñaría al mundo entero su tanga, puesto que ella estaba apretada contra el cristal. Aunque a Chloe no parecía importarle, él la apartó de las ventanas y la llevó más al interior de la suite. De todos modos, las personas más próximas estaban veinte metros más abajo, en las hileras de espectadores de las carreras. Y la mayoría estaba pendiente de lo que sucedía en las pistas. Se oyó un estallido de vítores cuando los caballos se acercaban a la última vuelta y el presentador anunció los nombres de los caballos que iban en cabeza.

Aquello, la luz del sol que entraba a raudales por las ventanas y el rugido apagado de la multitud de fuera, hacían que a Jackson le latiera más fuerte el corazón.

La subió a la mesa, situada en la pared opuesta, y se mantuvo él de espaldas a las ventanas, con la lengua dentro de la boca de ella. Se apartó, con la respiración jadeante.

—¿Quieres que pare? —preguntó.

—No —repuso ella con voz necesitada. Con deseo.

—No tengo preservativo —explicó él, tras darse cuenta de que no había planeado poseerla allí, en aquella suite. La decepción que eso le produjo fue como si le dieran un puñetazo en el pecho.

—Me da igual —repuso ella, subiéndole las manos por el muslo.

Jackson rozó la fina tela de encaje del tanga, lo único que había entre él y el dulce núcleo de ella. Estaba empapada de deseo y sentirla tan caliente por él le provocó dolor en la entrepierna. Tenía que liberar aquella presión. La necesitaba.

—Yo tomo la píldora —consiguió decir ella.

—Y yo no tengo nada —repuso él, para calmar su otra preocupación, la de la seguridad—. Me hago análisis todos los años y estoy limpio.

—Yo también —murmuró Chloe en voz baja—. Me hice una revisión después de la ruptura con mi ex. Estoy limpia.

¿Iba a hacer eso? ¿Confiar en una mujer a la que apenas conocía? Laurie también le había dicho que tomaba la píldora y después la había pillado in fraganti intentando quedarse embarazada. Nunca en su vida había pasado por alto su lógica calculadora y, desde luego, nunca había sido tan descuidado. Una vez más, Chloe parecía cambiar todas las reglas. No sabía cómo, pero lo hacía. Por primera vez en su vida tenía la sensación de que podía confiar en una mujer. La creía.

Ella le bajaba ya la cremallera del pantalón, liberó su pene y él sintió el aire acondicionado frío en la entrepierna, pero no sirvió para ahogar la necesidad palpitante que tenía de ella. Su mente se quedó en blanco de todo lo que no fuera ella. Ella se quitó el tanga y se lo bajó por una pierna. Sus pupilas se habían hecho tan grandes que sus ojos parecían casi negros. Sí, lo deseaba. Tenía los labios rojos e hinchados por sus besos. ¿Cómo iba a decir que no a aquello? No le importaban las ventanas que tenían detrás ni la falta de protección. La necesitaba y no podía esperar más.

La penetró y el núcleo mojado de ella lo apretó de tal modo que casi se corrió allí mismo. Hacía años que no sentía a una mujer así, sin preservativo, piel contra piel. Siempre había sido muy cuidadoso, el primero en levantar barreras, en prevenir embarazos, en evitar enredos y otras consecuencias. Había olvidado lo maravilloso que era aquello, lo mejor que podía ser el sexo así. O quizá fuera que el sexo con Chloe era sencillamente mejor. Y en ese momento descubrió que no le importaba nada eso. Por el momento no. No cuando la sentía tan maravillosamente perfecta, no cuando casi parecía que cada segundo de su vida había ido enfocado a ese momento. A estar dentro de ella. Desnudo. Había nacido para eso.

Al infierno con las consecuencias. La necesitaba. La necesitaba exactamente así.

Chloe se aferró a él, amortiguando sus gritos. Tenía el rostro sonrojado y jadeaba. Lo miró con los ojos dilatados de puro placer.

—¡Santo cielo! Me voy a correr —le dijo.

Sus palabras le atravesaron la mente e hicieron que se excitara todavía más, con su deseo palpitando de un modo salvaje. Chloe se agarró a los hombros de él con tanta fuerza que él pensó que iba a perder el control. Ella llegó al orgasmo con un espasmo acelerado que casi lo lanzó a él al abismo. Se dio cuenta de que eso era lo que quería hacer. Terminar dentro de ella. Había nacido para vaciarse en ella. Su sitio estaba allí.

Lo iba a hacer. Echar su semen dentro de ella. Muy adentro.

Hasta que una chispa de pensamiento racional lo detuvo al final. ¿Y si ella no tomaba la píldora? ¿O si fallaba la píldora? Aquel pensamiento lo asfixió y en el último momento salió de ella y se derramó en su vientre en un río casi interminable. Mucho semen, muchísimo semen que estaba destinado a ella. Aquello era lo mucho que la deseaba, la prueba resplandecía en la parte baja del abdomen de ella en un arroyo escandaloso. Inspiró con fuerza, con el corazón latiendo por el orgasmo y por la noción de que casi había terminado dentro de ella sin preservativo y sin nada. Nunca había sido tan temerario. Eso se lo producía aquella mujer.

—Lo... siento. No deberíamos haberlo hecho —murmuró, contrito.

Los peligros de aquello hacían que le diera vueltas la cabeza. Sí, los dos decían que estaban limpios, pero sabía que seguía habiendo riesgos. Aunque lo que más le asustaba era el vacío de decepción en su pecho por no haberse corrido dentro de ella. Sentía un vacío extraño.

—No, no importa —murmuró ella, con las mejillas sonrojadas por su propio orgasmo—. Yo lo quería.

Y él también lo quería y lo sabía. Una parte de él incluso se daba cuenta de que todo aquello había valido la pena. Sentirla y verla deseándolo. Todavía quería volver a sentirla sin barreras, piel con piel. Quería estar tan cerca como fuera físicamente posible. Se preguntó si lo que sentía por ella bordeaba lo obsesivo.

Tomó el faldón de la camisa y limpió con él gentilmente el semen del estómago de ella.

Sintió que su pene se estremecía con brío renovado. ¿Quería volver a sentirla? ¿Y esa vez quería terminar dentro de ella? Se dio cuenta con un sobresalto de que así era. Sí, quería. Hacía un momento creía que ella lo había vaciado y, sin embargo, casi deseaba ver si podía extraerle todavía más. Sabía que quería sentirla apretándolo cuando se corriera. Apretándolo entero. En el mundo más hondo de su interior. Imaginó todo ese semen dentro de ella, llenándola... y notó que se le volvía a poner dura.

Se apartó de ella, se metió la camisa dentro de los pantalones y se subió la cremallera para evitar la tentación de volver a probar. No podía permitirse esos pensamientos. Eran peligrosos. ¿Correrse dentro de ella? ¿Estaba loco? ¿De verdad estaba dispuesto a confiar tanto en ella?

Chloe se bajó el vestido y se llevó una mano cautelosa al pelo. Volvió un momento la atención a las ventanas sin cortinas detrás de ellos y se encogió de hombros.

—Parece que he pasado de *voyeur* a exhibicionista —comentó con una sonrisa.

A Jackson le encantaba su espíritu libre, aquella actitud despreocupada. Era atrevida, como él. Y eso era algo que admiraba. Y le hacía pensar que tendrían niños valientes y aventureros... Si elegían serlo.

—Seas lo que seas, es perfecto —dijo—. Tú eres perfecta.

Hablaba en serio. Nunca le había gustado tanto una mujer. Nunca había estado con una mujer que le hiciera sentirse tan en ascuas, tan peligrosamente cerca de renunciar a todo. Tenía la impresión de estar andando por la cuerda floja sin que hubiera una red debajo, y era una sensación muy estimulante.

¿Esa era la sensación que producía el amor, el amor verdadero?

Capítulo 10

Cuando volvieron a la fiesta, Chloe tenía la impresión de que todos los presentes sabían que acababan de echar un polvo increíble. Casi pensaba que podrían percibirlo de algún modo, quizá incluso olerlo en su cuerpo cuando se mezclaban con la gente. Se sentía sucia, pero del mejor modo posible. Jackson le puso un cóctel en la mano y ella tomó un sorbo y un frescor dulce de naranja bajó por su garganta. Estaba nerviosa, intranquila. No podía creer que acabara de echar un polvo en público y que además lo hubiera hecho sin preservativo y sin tener la conversación de si salían en exclusiva o no. Casi se maldijo. Había prometido no desnudarse y sin embargo, eso era exactamente lo que acababa de hacer. Pensó que aquel hombre era una droga andante. ¿Cómo iba a resistirse? Era atractivo, fuerte y bien dotado. Muy bien dotado.

Lo miró allí, a su lado, conversando sin dificultad con algunos de sus agentes inmobiliarios y se preguntó si pensaría que ella era de «ese tipo de mujeres». La verdad era que nunca había sido tan descuidada. Siempre había usado preservativos, casi siempre lo hacía con las cortinas corridas o las persianas bajadas, pero Jackson tenía algo que la invitaba a ser... traviesa. Y había descubierto que le gustaban el riesgo y la emoción de hacer algo así. Se sentía osada y valiente, como la chica mala que siempre había esperado en secreto poder ser.

Aquello era peor todavía de lo que había temido cuando hablaba con Ryan. ¿No le había dicho ella que sucedería eso? ¿Que se desnudaría? Y ni siquiera había esperado hasta que volvieran a casa de la fiesta. Se rio. Por supuesto, nunca le había gustado el sexo soso, pero tampoco se había arriesgado tanto nunca. Se preguntó por un momento qué pensaría Kevin de ella si lo supiera. Si hubiera tenido en su cama aquella versión osada y arriesgada de Chloe, quizá no la habría llamado nunca por otro nombre.

¿Era por eso que estaba tan decidida a correr tales riesgos? ¿Para probarle algo a Kevin? ¿A sí misma? ¿O era la fascinación del deseo de Jackson por ella? Nunca antes se había sentido tan deseada por un hombre. La sensación lograba que todas sus terminaciones nerviosas cobraran vida.

Quizá la atracción que sentía por él era tan fuerte que haría cualquier cosa que le pidiera. Desnudarse allí, en medio de aquella fiesta y follar con él con todo el mundo mirando. La idea le provocó un escalofrío por la columna y sintió un charco cálido entre las piernas. ¿Acababa de correrse con Jackson dentro de ella y ya estaba imaginando otra vez sexo con él?

Tomó otro trago de bebida. No, se prometió que tendrían aquella conversación. Él había dicho que después de la fiesta, así que esperaría. Que hubieran vuelto a echar un polvo no cambiaba sus sentimientos. Quería algo más y, si no podía dárselo, se alejaría.

«¿Dejarás el mejor sexo que has tenido jamás?».

Chloe tenía que cumplir con esa resolución. Tenía que alejarse si no había futuro con Jackson.

Este hizo una broma y el círculo que los rodeaba se echó a reír. Chloe solo recordaba la mitad de los nombres y probablemente se debía a que, con Jackson al lado, solo podía pensar en él. En la sensación de su piel contra la suya unos segundos atrás, en todo su pene dentro de ella. ¿Era posible hacerse adicta a un hombre? Porque tal vez necesitara una cura de desintoxicación. Y pronto.

Se sorprendió. A ese paso volvería a desnudarse antes de que llegaran a casa. Intentó concentrarse en Jackson y en la conversación. Se portaba bien con sus empleados y parecía que les caía bien. A ella le gustaba que no fuera un jefe multimillonario distante. Daba la impresión de que todos pensaban que podían abordarlo y lo hacían. Ella recibió más de unas cuantas miradas curiosas y comprendió que Hailey había dicho la verdad. Jackson no llevaba a muchas mujeres a los eventos de trabajo. Anotó mentalmente que tenía que preguntarle por qué había hecho una excepción.

Por otra parte, después de lo que acababan de hacer en la otra suite, quizá ya tuviera la respuesta.

—No tenemos por qué quedarnos más tiempo —le dijo él al oído—. ¿Quieres que nos marchemos?

La última carrera estaba a punto de empezar, aunque la multitud había disminuido ya.

—Quedémonos a la última carrera —dijo ella, señalando las pistas con la barbilla—. Ni siquiera he apostado todavía.

—Pues vamos a hacerlo —Jackson le sonrió, la llevó a una especie de cajero automático que había cerca de un rincón y sacó diez billetes de cien dólares.

—¡Eso es demasiado! —protestó ella.

—¿Qué caballo te gusta? —preguntó él.

Chloe miró los distintos nombres. Perro de Jefferson, Locura de Henry, Cuello con Cuello, Élite Roblox, Arte Panda, Miya Sophia, Sarina Jon.

—No sé nada de caballos —musitó, pues no sabía cómo funcionaba aquello.

—Solo elige un nombre, con eso basta —Jackson sonrió.

—De acuerdo. Si estás seguro... —volvió a estudiar la lista de nombres—. Apuesto por Miya Sophia. Me gusta cómo suena.

—¿Y para el segundo lugar y el tercero?

—Sarina Jon y Arte Panda. ¿Por qué no? —Chloe rio.

Jackson pulsó algunas opciones en la pantalla electrónica y el ordenador escupió los recibos de las apuestas, que él se guardó.

—Bien, ya están hechas las apuestas. Ahora vamos a ver la carrera —dijo.

Tiró de Chloe hasta un lugar vacío cerca de una de las ventanas, donde había también cobertura por televisión. Los caballos relinchaban y sacudían las cabezas en los compartimientos de las carreras y los *jockeys* los montaban y se esforzaban por calmarlos. Cerca de allí, hombres y mujeres se acercaban a los cristales, ataviados con trajes, vestidos elegantes y sombreros de paja. Jackson le tomó la mano y juntos miraron en las pantallas cómo se preparaban los *jockeys* para el pistoletazo de salida. A ella le encantaba sentir la mano grande y suave de él apretando la suya y, como estaba tan cerca, captó el olor de su *aftershave*, un aroma especiado y dulce a la vez. Olía de maravilla y se sorprendió apoyándose en su hombro e inhalando profundamente.

El pistoletazo de salida atrajo su atención y miró en la televisión cómo salían los caballos de sus compartimientos. Estaban en el otro lado del gigante estadio, bloqueados por tiendas de campaña instaladas en medio del campo. Su suite tenía vista directa de la línea de meta.

La joven vio por televisión cómo galopaban los caballos por la pista de tierra, lanzando al aire trozos de barro cuando los *jockeys* los hacían girar en la primera curva. Jackson animó cuando Miya Sophia se adelantó a los demás,

seguida de cerca por Arte Panda y Élite Roblox. Sarina Jon y Cuello con Cuello iban detrás, en el grueso del pelotón.

—¡Corre, Arte Panda! —gritó Chloe, y no pudo evitar reírse de lo ridículo que sonaba.

Apretó la mano de Jackson cuando vio que Miya Sophia ampliaba su ventaja y Sarina Jon se soltaba del grupo y se acercaba a los de delante. Cuello con Cuello iba cabeza con cabeza con Arte Panda.

—¡Corre! —gritó Chloe de nuevo.

Pero Cuello con Cuello parecía que perdía energía en la última recta. Los caballos corrían a toda velocidad y Chloe ya podía verlos en la realidad, en la recta debajo de su suite. Los *jockeys* los arreaban, pero al final ganó Miya Sophia, seguida de Sarina Jon y... Cuello con Cuello. Arte Panda no consiguió llegar el tercero después de todo.

Pero Jackson aplaudió y abrazó a Chloe.

—Dos de tres no está mal. Hemos ganado algo de dinero —dijo.

—¿Han ganado? —preguntó Hailey detrás de ellos.

—Una parte de la apuesta —contestó él—. ¿Y tú?

—No. He perdido otro dólar —contestó Hailey—. No es mi día de suerte. No he ganado en ninguna carrera.

Jackson se metió la mano al bolsillo y le tendió un recibo.

—Nosotros tenemos más de un billete ganador en esta carrera. Toma, este es tuyo —se lo dio. Chloe no sabía cuándo había ganado ese billete, pero a Hailey se le iluminaron los ojos.

—¿Está seguro, señor?

—Segurísimo. Quédate ese.

La joven apretó el recibo y sonrió.

—Muchas gracias.

—Nos vemos el lunes —dijo él. Tomó a Chloe del codo y la guio hacia la puerta.

—¿Cuánto valía ese billete? —preguntó ella.

—Era el más pequeño. Dos mil dólares.

Chloe sintió la garganta seca.

—¿Ese es el más pequeño? ¿Cuánto hemos ganado nosotros?

—Diez mil dólares, más o menos. Miya Sophia se pagaba bien. Y yo he añadido otro billete que incluía a Cuello con Cuello en tercer lugar para ir sobre seguro. O sea que tenemos una trifecta.

A Chloe le daba vueltas la cabeza. ¿Diez mil dólares? Acababan de ganar más de dos meses de su sueldo. Él hablaba con indiferencia, pero porque estaba podrido de pasta y no tenía que preocuparse de qué factura pagaría primero, como ella. De pronto fue muy consciente de lo distintos que eran sus estilos de vida. Para él, una apuesta de quinientos dólares era como comprar un billete de lotería y las ganancias del premio no lo inmutaban.

—Vamos a cobrar nuestro premio —dijo él, cuando entraron en el ascensor.

Chloe miró su rostro atractivo, el cabello rubio oscuro, los tatuajes, la perilla y el sombrero fedora de paja, y se preguntó si se acostumbraría alguna vez al modo en que él trataba el dinero. ¿Por eso se enamoran las mujeres de él? ¿Por el suministro interminable de dinero? ¿Por la fascinación de que cuidaran de ellas?

Se abrieron las puertas del ascensor y Jackson se acercó a la caja a reclamar su premio de 10.000 dólares. El cajero entró en un cuarto trasero cerrado con llave y volvió a salir con dos fajos gruesos de billetes de cien dólares, que guardó en un sobre de papel manila. Jackson le dio las gracias y le pasó el sobre a ella.

—¡Oh, no! No puedo aceptarlo —Chloe intentó devolverle el dinero.

—Tú has elegido los caballos —señaló él.

—¿Y qué? Era tu dinero. No quiero esto.

Metió el sobre en el bolsillo de la chaqueta de él. Se sentía mal aceptando el dinero, aunque sabía que implicaría aire acondicionado ilimitado durante el verano y que podría cubrir todo el crédito de su Visa y quizá incluso pagar una parte de sus préstamos de estudiante. Pero era mucho dinero.

—Deberías aceptarlo —dijo Jackson. Volvió a tenderle el sobre en el vestíbulo del hipódromo.

—No —ella negó firmemente con la cabeza—. Estoy contigo por el sexo, no por el dinero —bromeó.

Jackson echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. Chloe también rio.

—Muy bien —dijo él, y se guardó el dinero en el bolsillo de la chaqueta—. Pues si estás conmigo por mi cuerpo, vamos a desnudarnos.

La joven se tomó de su brazo.

—¿A qué esperamos?

Cuando entraron en el apartamento de Jackson, este encendió la luz del

vestíbulo. La primera vez que había estado allí, Chloe apenas había prestado atención a la planta baja y el primer piso, debido a su impaciencia por llegar a la sala de estar, la estancia del segundo piso con las ventanas que daban a su apartamento. Cuando pasaron por el primer piso, él encendió también la luz y ella vio claramente el taller de carpintería. Casi toda esa planta estaba dedicada a su afición. Tenía piezas de madera sin terminar, una sierra en una mesa y una docena de estantes llenos con herramientas, tornillos, clavos y todo lo necesario para construir y esculpir muebles. En un rincón había unos cuantos taburetes de bar a medio terminar colocados uno encima de otro.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —preguntó ella, distraída momentáneamente por su trabajo y admirada de lo mucho que hacía.

—Sí —contestó él. Avanzó por el espacio del taller—. Es lo que hago cuando no puedo dormir, que es muy a menudo.

—¿Tienes problemas para dormir? —preguntó ella.

—A veces. En los periodos de estrés. Trabajar con las manos me sale natural. Me parece un trabajo más natural que el negocio inmobiliario. Me gusta trabajar con las manos, como mi padre. A él también le gustaba.

Se apoyó en la pared del taller y la miró.

Chloe sentía su mirada observando todos sus movimientos. Le gustaba que la observara así. Bajo su mirada se sentía poderosa, sexy. Se movió despacio, con deliberación, muy consciente del balanceo de su vestido corto y del modo en que le hacía cosquillas en la parte posterior del muslo.

Pasó los dedos por una mesa acabada pero sin barnizar.

—Es muy hermosa. No puedo creer que la hayas hecho tú.

Miró una silla de comedor ornamentada, que acababa de ser barnizada con un tono profundo. Era una silla de cuatro patas que acabarían alrededor de la mesa. Admiró el trabajo de los brazos de la silla, que se curvaban hacia dentro. A la hora de trabajar la madera, él mostraba una sensibilidad moderna pero clásica. Ella admiraba su buen gusto.

—¿Por qué no la pruebas? Te puedes sentar en ella, ya está seca.

Chloe se sentó.

—Es cómoda —dijo, notando las curvas cálidas de la madera, que parecían hechas para encajar con su cuerpo. Pasó las manos por los bordes suaves de los brazos de la silla—. Y fuerte. Trabajas muy bien.

—¿Ah, sí? —preguntó él, con voz más baja. Cruzó la habitación—. Estás muy sexy sentada en mi silla. Me hace pensar que necesito trabajar más.

—Prometiste que hablaríamos —Chloe no tenía intención de volver a desnudarse si no había antes una conversación seria.

—Sí, es verdad —él descruzó los brazos sin dejar de mirarla. Ella le devolvió la mirada con incertidumbre—. Pensé en lo que dijiste de que querías más.

Chloe respiró hondo.

—¿Y?

Jackson se acercó a ella.

—Y... yo también quiero eso.

—¿Lo quieres?

¿Sería verdad? Alzó la vista, confusa, y él se arrodilló delante de ella, con sus ojos azules fijos en los de ella. Chloe pensó que podía estar así eternamente, mirando aquellos ojos. Entonces él se arrodilló ante ella y una sonrisa se extendió por su rostro.

—Sí, lo quiero. Tú me intrigas, Chloe Park. Quiero ver más de ti, mucho más. Quiero algo más que amigas y cama.

Le puso lentamente las manos en las rodillas desnudas y ella sintió el peso y el calor de sus palmas. Entonces él le separó las rodillas muy despacio. Chloe aspiró con fuerza, admirada de la rapidez con la que habían pasado de la conversación a aquello. Aunque, a decir verdad, una parte de ella esperaba que sucediera eso. De hecho, confiaba en que ocurriera. La corriente eléctrica que fluía entre ellos parecía estar siempre presente, siempre lista para estallar en llamas a partir de la chispa más pequeña.

Jackson la miraba mientras subía las manos por la falda de ella. Encontró los bordes de la ropa interior de encaje y bajó el tanga. Ella alzó el trasero para ayudarle a quitárselo y sintió el contacto delicioso de la madera fresca del asiento en el trasero desnudo. Se sentía paralizada, mirando a aquel hombre fabuloso, sentada en la silla hecha por él. Él bajó la cabeza y le besó la parte interior de la rodilla y, sin apartar los ojos de los de ella, avanzó lentamente hacia el centro de ella, depilado casi por completo.

—Quiero que sepas lo especial que creo que eres —dijo.

Aquello era lo que quería ella. Ser elegida. Y sin embargo... Se preguntó qué quería decir él con lo de que era especial. ¿Implicaba eso que saldría con él en exclusiva?

—De todas las mujeres que conozco, eres mi favorita.

Chloe estaba encantada de derrotar a la competencia, pero, al mismo

tiempo, le preocupaba que todavía hubiera competencia. Si era la favorita del harén, ¿significaba eso que todavía había un harén?

Jackson siguió subiendo las manos y ella notó que su cuerpo anticipaba el contacto de él, su calor, los labios insistentes de él en su piel delicada, y todas las preguntas abandonaron su mente.

Era posible que él usara el sexo para distraerla. Muy posible que estuviera haciendo eso. Jackson apartó sus pliegues interiores con los dedos y a continuación la lamio con la lengua con mucha gentileza.

—Sabes... muy bien —murmuró en su muslo, y siguió provocando con su lengua descargas eléctricas de deseo en la columna de ella.

La lamía con un entusiasmo que ella nunca había visto y su cuerpo se arqueaba para recibir cada pasada de aquella lengua increíble. Cerró los ojos para saborear mejor la sensación. Iba a llegar al orgasmo. Si él seguía así, llegaría al orgasmo muy pronto.

Abrió los ojos y vio que Jackson la miraba entre sus piernas y sus ojos le decían cuánto disfrutaba volviéndola loca, cuánto amaba explorarla con la lengua, adorándola. Chloe no podía apartar la vista de su cara. Aspiró aire con fuerza y miró cómo él pasaba la lengua por ella una y otra vez, saboreándola de un modo tan íntimo... tan increíble. Él alzó la otra mano y le palpó el pecho a través del vestido, haciéndola gemir más alto aún.

¡Era tan experto en aquello! La volvía loca de deseo. Ya la había vuelto loca con sus palabras y ahora aquello... Aquello era fantástico.

Jackson producía un sonido como de zumbido en sus profundidades más hondas. Y ese zumbido hacía que a ella le cosquillearan todas las terminaciones nerviosas y estuviera a punto de explotar de puro placer. Él aumentó el ritmo y ella sintió que le palpitaba el pulso entre las piernas mientras él le mordisqueaba la piel y la llevaba a alturas aún mayores. Chloe se agarró a su pelo porque tenía que agarrarse a algo. Su cuerpo parecía a punto de salir volando de la silla y también del suelo. De pronto todos los músculos de su cuerpo se tensaron y alcanzó la cima de la pasión. Entonces, cuando él deslizó una vez la lengua por el clítoris, ella se corrió con un río de placer tan fuerte que gritó de pura satisfacción mientras la recorría una ola tras otra de un clímax fantástico que hacía que le temblara todo el cuerpo.

Jackson levantó la cabeza con una gran sonrisa de satisfacción en el rostro.

—¿Te sientes especial ahora? —preguntó con buen humor.

—¡Ajá! —dijo ella, totalmente saciada, con la sensación de tener piernas de

gelatina.

Entonces él la levantó y la trasladó hasta la mesa inacabada. Chloe se dejó hacer sin protestar y miró cómo se desabrochaba él los pantalones. Estaba más que preparado para ella, como si hacerla correrse lo excitara mucho.

—Ahora me toca a mí —dijo él.

Rozó los pliegues hinchados de ella con la punta enorme de su pene. ¿Cómo iba a recibirlo dentro en ese momento, tan saciada como estaba? Sin embargo, una parte de ella quería hacerlo, quería ver qué sensación produciría aquel órgano gigantesco dentro de su núcleo hinchado y con un orgasmo reciente. Si alguien podía darle un orgasmo detrás de otro, ese era Jackson. «Sí», pensó. «Dentro de mí. Una y otra vez». Abrió más las piernas para él, que seguía rozándola con la punta y untando esta en la humedad de ella. Sí. Más. Ella quería más y él también.

Entonces oyó un ruido. ¿Pasos en la escalera?

—¿Puedo unirme a vosotros?

La voz de la desconocida los sobresaltó a los dos y Chloe se giró a tiempo de ver a una mujer bajando las escaleras, vestida solo con una gabardina abierta que mostraba los pechos y el estómago desnudos.

—¡Laurie! —gritó Jackson—. ¿Qué demonios haces tú aquí?

Capítulo 11

Chloe se bajó de la mesa y Jackson la colocó detrás de él y se subió rápidamente la cremallera del pantalón. Ella miró a la mujer de cabello rubio y pechos desnudos y erguidos, con los pezones rosa claro duros por el frío del aire acondicionado del estudio. Llevaba zapatos de tacón rojos y le resultaba familiar. De pronto se acordó de qué la conocía. Era la mujer del teléfono móvil de Jackson, la del cuerpo en forma de reloj de arena que le había enviado fotos desnuda.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —repitió él en voz baja y con tono de advertencia.

No se podía decir que se alegrara de verla. A Chloe le gustó eso, pero seguía confusa y el corazón le latía con fuerza en el pecho. Se sentía violentada, vulnerable. Juntó las rodillas y jugueteó avergonzada con los bordes del vestido, muy consciente de que su tanga estaba en el suelo, cerca de sus pies.

—Conmigo siempre insistías en usar condones, pero veo que con ella es diferente —Laurie miró a Chloe con el ceño fruncido y le lanzó una mirada capaz de cortar el cristal. Chloe se estremeció, sintiendo la hostilidad que irradiaba de la mujer. Celos. Rabia contenida.

Había algo extraño en aquella mujer. Aparte del hecho de que llevara la gabardina abierta mostrando que debajo iba desnuda. Su piel rosada bien depilada brillaba con la luz baja del taller. Era más gruesa en persona de lo que sugerían sus fotos, más como Chloe en la forma física. Con curvas como ella. Chloe se cruzó de brazos en un gesto inconsciente de protección.

—Laurie, tienes que irte —dijo Jackson con un tono de advertencia—. Hemos terminado. Ya te lo dije.

La mujer frunció el ceño.

—Venga. Puedo participar. Vosotros dos y yo. Será divertido.

Chloe apretó más el brazo de Jackson. Aquello no tendría nada de divertido. Bajo ningún concepto haría eso. Verlo con Annaliese había sido seductor, travieso, pero después de haber hecho el amor con él, ya no quería compartirlo. Lo supo enseguida y darse cuenta de eso fue como sentir un viento frío en la cara. Bueno, al menos tenía límites. Había llegado a preguntarse si con Jackson haría todo lo que le pidiera, pero sabía que allí había una línea roja. Nada de tríos. Ni ese día ni ningún otro.

—¿Cómo has entrado aquí? —Jackson mantenía a Chloe detrás de él. Tenía los hombros rígidos y todos sus músculos parecían tensos.

Laurie ignoró la pregunta.

—Por favor. Dame una oportunidad. Jugaré contigo y con ella. No te necesito todo para mí. En absoluto. Solo quiero probar esa polla mágica tuya. ¿No me deseas? ¿No quieres tenernos a las dos al mismo tiempo?

A Chloe le latió más rápido el corazón al pensar en compartirlo en aquel momento. No, no quería hacer eso, y menos con aquella desconocida. Miró el rostro de Jackson, preocupada porque él quisiera.

—No, no quiero —Jackson le apretó la mano a Chloe como para darle seguridad—. Te lo preguntaré una vez más. ¿Cómo has entrado?

Laurie vaciló, pero acabó por contestar.

—Por una ventana. No deberías dejarlas abierta —soltó una risa que sonó rara, extraña. A Chloe se le heló la sangre. ¿Había allanado la casa? Aquella mujer era una acosadora o una loca, o ambas cosas.

—Laurie, te voy a dar dos minutos. Después llamaré a la policía.

—¿Pero cómo me voy a ir así? —Laurie se frotó uno de los pezones.

Chloe miró la cara de Jackson y vio una expresión de repulsión en ella. Se alegró mucho de verla. Aquella mujer no lo excitaba.

—¡Por Dios, tápate! —murmuró él, apartando la vista.

Laurie arrugó la cara con rabia y se cerró rápidamente la gabardina.

—Jackson... —suplicó. La sensualidad había desaparecido, reemplazada por una especie de desesperación—. Por favor, Jackson. Tenemos que hablar.

—¡No hay nada que hablar! —repuso él, cortante—. Ya te lo he dicho, hemos terminado.

—Pero yo necesito hablar contigo —Laurie miró con furia a Chloe—. A solas.

—No. No hay nada que puedas decir que yo quiera oír. Vete ya —Jackson

señaló la escalera, pero ella no se movió. Él entonces sacó el teléfono del bolsillo—. Voy a llamar a la policía.

A Laurie le tembló el labio inferior y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡No! No lo hagas. Ya me voy —se apretó el cinturón de la gabardina y cruzó el taller haciendo ruido con los tacones.

Se detuvo en la entrada.

—Te arrepentirás de esto —prometió con los ojos fijos en Jackson. Después miró a Chloe de arriba abajo. Parecía no gustarle lo que veía—. Yo que tú tendrías cuidado. Este hombre se aburre fácilmente.

—¡Fuera de aquí! —dijo Jackson entre dientes.

Laurie lo miró con miedo y salió corriendo.

—Quédate aquí —le susurró Jackson a Chloe.

Siguió a Laurie escaleras abajo. Chloe oyó que se abría y cerraba la puerta de abajo y después el ruido de la cerradura. Miró a su alrededor con el corazón latiéndole con fuerza. No sabía qué pensar ni qué sentir. Oía a Jackson moverse por la planta baja, posiblemente buscando la ventana abierta para cerrarla. Lo oyó también hablar por teléfono, dando instrucciones tensas a alguien en el otro lado. A Chloe le daba vueltas la cabeza. ¿Quién era Laurie? ¿Se había colado otras veces en la casa? Y la que quizá era la pregunta más importante de todas. Si ella no hubiera estado allí, ¿Jackson se habría acostado con aquella loca desnuda?

Se preguntó si el acto de echarla a patadas no sería solo un espectáculo. ¿Habría actuado de otro modo si ella no hubiera estado allí? No podía contestar sola a esa pregunta y la atormentaba la duda. Se mordió el labio inferior al recordar que le había abierto la puerta a Annaliese la primera noche y ella se había presentado llevando solo un mono minúsculo y nada debajo. Seguramente tenía que pensar que allí llegaban mujeres desnudas o medio desnudas con bastante frecuencia. Era rico, atractivo y estaba disponible. ¿Por qué no iban a ir?

Se encogió de celos mientras se debatía con la vulnerabilidad de sentirse tan expuesta. Se estremeció y se abrazó a sí misma, sin saber si podría sacarse de la cabeza los ojos de la mujer y su expresión engreída cuando los había sorprendido. «Quizá no sea una exhibicionista después de todo», pensó, «porque me produce náuseas que me sorprendan desnuda». O quizá la náusea era porque una loca se había colado en la casa y exigido un trío.

—Chloe —Jackson estaba en la puerta del taller—. ¿Estás bien?

La joven se mordió el labio inferior, embargada por muchas emociones distintas: miedo, celos, preocupación, vergüenza y, en el fondo, también amarga decepción. La mujer había arruinado un momento íntimo, le había robado sexo con Jackson. No, no estaba bien.

Negó con la cabeza. Él cruzó la estancia y la tomó en sus brazos. Ella se dejó de mala gana, sin saber si él podía proporcionarle el consuelo que necesitaba, temerosa de que, si le expresaba lo que sentía, pareciera muy necesitada, demasiado emocional.

«Conozco otras mujeres que lo desean. Ha dicho que quiere salir conmigo, ¿pero acaso creía yo que las otras mujeres iban a desaparecer tan fácilmente? Sin embargo, yo he vuelto a por más. Eso también me hace culpable a mí».

—Lo siento muchísimo —murmuró él en su pelo.

La estrechó contra sí, aunque ella mantenía los brazos cruzados intencionadamente. No estaba lista para devolverle el abrazo. Sentía también rabia y resentimiento, pero no sabía si debía estar enfadada solo con Laurie o también con Jackson, o incluso consigo misma. ¿Había alentado él a Laurie? ¿Había tomado esa misma noche la decisión de salir con ella en exclusiva y no se había molestado en decírselo a nadie? ¿O se lo había dicho porque sabía que ella, Chloe, quería eso, pero sin intención de librarse de las otras mujeres? ¿Miraba la foto desnuda de Laurie en su teléfono? ¿Alababa tanto sus pechos que ella había sentido la necesidad de ir allí a enseñárselos en persona? Y también sentía el impulso de pegarse a sí misma.

—Laurie es la ex de la que te hablé —continuó Jackson—. La que intentó quedarse embarazada sin mi consentimiento.

Algo se aflojó entonces en el estómago de Chloe.

—¿Es ella? —preguntó.

—Es la última persona con la que quiero estar y se lo he dicho, pero no lo acepta —Jackson suspiró—. Me ha enviado mensajes no deseados al teléfono y no deja de llamarme, e incluso se ha presentado esta noche en la fiesta del trabajo. Puedes preguntarle a Hailey. Ha tenido que pedir a Seguridad que la sacaran del edificio.

Chloe empezó a asimilar lentamente que Jackson era la víctima allí.

—¿Te está acosando?

—Sí. Pensé que acabaría dejándolo por sí sola, no quería mezclar a la policía. Pero ahora... —la estrechó con más fuerza—. Nunca creí que haría algo tan radical como colarse en mi casa. Ahora tendré que pedir una orden de

alejamiento.

Chloe descruzó los brazos y rodeó la cintura de Jackson con ellos. Él la estrechó con más fuerza y apoyó la barbilla en la cabeza de ella.

—¿Por qué no me has dicho que te estaba molestando? —preguntó Chloe—. Creo que vi un mensaje suyo en tu teléfono y asumí que era una de tus relaciones habituales —Chloe tragó saliva.

—¿Creíste que yo la deseaba?

La joven asintió en el pecho de Jackson.

—No —contestó él con resolución. La apartó un poco y le acarició la mejilla—. ¿Es que no sabes que la única mujer a la que de verdad deseo eres tú?

Capítulo 12

Chloe no podía creer lo que oía. Jackson le pedía que salieran en exclusiva. Lo había insinuado antes, pero entonces lo supo de cierto. La quería solo a ella.

—¿De verdad? —preguntó, de pie ante él en su taller, sintiendo la madera fría del suelo bajo los pies. Un montón de preguntas se arremolinaban en su cabeza y su corazón se atrevía por fin a esperar que fuera verdad.

—Sí —los ojos azules de él brillaban mientras le trazaba las líneas de la barbilla con el dedo—. Solo te deseo a ti.

—Pero las mujeres de tu teléfono... —no solo Laurie, sino las demás. Annaliese y probablemente muchas otras.

Jackson parecía divertido.

—Las borraré ahora —sacó el teléfono del bolsillo de atrás y le mostró sus mensajes. Había varios de mujeres que querían verlo, amigas con derecho a roce, como las había llamado él. Empezó a borrar una por una toda la información de contacto. Incluso bloqueó a Laurie para dejar claro que había terminado de verdad con ella. Chloe miraba admirada cómo desaparecían las mujeres una por una ante sus ojos.

—¿Lo ves? No me importa ninguna de ellas, Chloe. Desde que te conocí solo quiero acostarme contigo.

—No sé qué decir —Chloe tenía la impresión de que todo aquello era demasiado bueno para ser cierto.

—Di que tú harás lo mismo. Di que quieres estar conmigo —Jackson le tomó ambas manos—. Dime que no tengo que preocuparme de que le des tu número a Kent ni a ningún otro.

—¿Kent? —preguntó Chloe. Entonces recordó al hombre egocentrista del hipódromo, el que había hablado sin cesar de sí mismo y no le había hecho ni

una sola pregunta—. Oh, no pienso hacer eso, no te preocupes.

—Tú le has interesado —señaló Jackson.

—Tal vez, pero te aseguro que eso no ha sido mutuo —contestó ella.

Le sorprendió descubrir que él también podía estar celoso. ¿Significaba eso que era sincero de verdad? Quería estar con ella y ella también quería estar con él.

Jackson sonrió.

—Me alegra oír eso —su mirada se volvió seria—. Lo digo en serio, Chloe. Eres la mujer a la que deseo. Eres hermosa, divertida y libre de inhibiciones. Quieres comerte el mundo, igual que yo.

La joven sabía que quería comérselo a él.

—Tú eres la mujer ideal para mí —él la atrajo hacia sí y la besó con gentileza, en un gesto de promesa.

Ella le devolvió el beso, sellando así el pacto. Cuando se apartó, fue de pronto consciente de los rincones oscuros del taller y de que Laurie podía volver. ¿Y si hacía algo más que entrar por una ventaba abierta? ¿Y si forzaba una puerta o una ventana?

Se estremeció.

—¿Por qué no vamos a mi casa? —preguntó—. Laurie no sabe dónde vivo. Ya sabes, solo por si acaso —hizo una pausa—. A menos que quieras probar su oferta de hacer un trío.

Jackson soltó una risita.

—No, gracias. No quiero compartirme —dijo—. Ni con Laurie ni con ninguna otra persona.

La besó una vez más. Fue un beso reconfortante y ella sintió que se aflojaba el nudo de preocupación en su estómago. La había elegido a ella. La deseaba a ella. Y sabía que ella lo deseaba en la misma medida.

A Jackson le gustó el apartamento de Chloe. No era tan espacioso como el suyo, pero estaba decorado con gusto y tenía muebles claros y modernos. Además, estaba ordenado, lo cual fue un alivio para él, puesto que le gustaba también el orden. Tenía la sensación de que eran muy parecidos, desde en el aspecto de sexo aventurero hasta en el modo en que enfocaban el trabajo. Sabía que ella trabajaba duro por cómo hablaba de su trabajo y por lo poco que había visto al buscarla en Google, y que ella, como él, había empezado

algo propio, era una persona que prefería abrirse camino sola en el mundo a aceptar un trabajo tradicional con un jefe tradicional.

Chloe miró su teléfono y frunció el ceño.

—¿Te importa que mire rápidamente mi correo electrónico? Hay un cliente que necesita una actualización —dijo. Encendió el ordenador y, al verla trabajar, Jackson notó que, entre eso y todo lo ocurrido esa noche, la valoraba cada vez más.

—Te admiro —dijo, mirando el apartamento limpio, con el ordenador portátil abierto en la mesa.

—¿Por qué? —Chloe detuvo los dedos en el teclado. Parecía sorprendida.

—Porque te ganas bien la vida por tu cuenta —él señaló el ordenador—. Yo conté con el dinero del seguro de mi padre para empezar, pero tú has construido un negocio desde cero.

Chloe sonrió. Parecía algo avergonzada, pero también orgullosa.

—Supongo que sí.

—Lo digo en serio. Estás sola, trabajando por tu cuenta, y vives y pagas tus facturas. Eres una triunfadora. Estoy impresionado.

Las últimas citas de Jackson o bien no tenían ambición o su ambición giraba únicamente en conseguir que él se declarara o en quedarse embarazada de él. Le gustaba una mujer que tenía su propia vida, que tenía objetivos que no tenían nada que ver con él ni con su cuenta bancaria.

—Me gusta lo que hago y me gusta fijar mi propio horario —dijo ella.

—Trabajar para ti misma es duro —repuso él—. Requiere mucha disciplina —se apoyó en el mostrador del desayuno—. Como contestar a un email en sábado por la noche.

—Mis clientes no duermen —ella se encogió de hombros. Escribió rápidamente una respuesta y envió el mensaje—. Ya está. Vuelvo a estar libre.

—Bien.

Chloe se puso de pie y él observó sus hermosas curvas y el modo en que brillaba su pelo oscuro con las luces de la cocina. Un cabello oscuro, reluciente.

—Siento curiosidad por algo. ¿Por qué no has aceptado hoy el dinero del premio? —preguntó Jackson.

Se tocó el bolsillo de la chaqueta, donde llevaba los diez mil dólares. Se dio cuenta de que era un poco descuidado llevar tanto dinero encima aunque, para él, era una suma pequeña. Su cuenta bancaria tenía muchos más ceros

detrás.

—No era mío —repuso ella—. Ese dinero es tuyo.

—Todas las demás mujeres con las que he salido habrían aceptado ese sobre —replicó él—. No habría tenido que pedírselo dos veces.

—No es mi dinero —repitió ella, esa vez con más decisión—. Yo me gano mi dinero —señaló el ordenador portátil—. Eso fue lo que me enseñaron mis padres y es lo que creo.

Se apartó del hombro el cabello liso brillante. Jackson quería tocarla, sentir la suavidad de su piel.

—De acuerdo, no aceptas el dinero. Pero no olvides que quiero consultarte como asesora de redes sociales. Puedes considerarlo un anticipo.

Sacó el sobre del bolsillo y se lo tendió.

Chloe lo miró boquiabierta.

—Normalmente cobro por horas y después de hacer el trabajo —dijo.

—Pues considera esto un adelanto —él sonrió—. Venga. Tómallo.

La joven vaciló, pero acabó aceptando el sobre.

—Llevaré la cuenta de todo el trabajo que haga para ti y justificaré cada centavo de esto.

—Ya lo sé —Jackson miró el mostrador de la cocina y vio una carta de la Inmobiliaria Kent. Frunció el ceño y tomó el sobre, ya abierto.

—¿Lo has leído? —preguntó, levantando el sobre—. Esto es de la empresa de Kent. El hombre al que has conocido esta noche.

—¿En serio? —ella parecía sorprendida—. ¿O sea que es él el que cobra el alquiler ahora? Si llego a saberlo, le habría pedido que me rebajara cien dólares —rió un poco su propia broma, pero Jackson no estaba de humor para risas.

—¿Te importa que lo lea?

—Como quieras —dijo ella.

Jackson leyó la carta. Kent planeaba subir el alquiler un treinta por ciento cuando ella tuviera que renovar el contrato. Eso era un robo. Sin duda quería que el precio del alquiler figurara por escrito para influir a Jackson con él en las negociaciones. Trucos engañosos.

—Esto no está bien —dijo.

—Lo sé —contestó ella—. Pero ya había pensado en mudarme.

Aquello atrajo enseguida la atención de Jackson.

—No puedes mudarte.

Chloe sonrió.

—¿No puedo?

—¡No! A menos que te mudes a mi cama.

Chloe enarcó una ceja.

—¿Eso es una invitación oficial?

—Una invitación permanente —Jackson la tomó en sus brazos y la besó.

Capítulo 13

Chloe se despertó en su cama con Jackson abrazándola por detrás, ambos desnudos, pues ella recordó al instante que se habían quedado dormidos casi en cuanto se habían tumbado la noche anterior, los dos agotados del largo día y del estrés del allanamiento en la casa de él. De algún modo, despertar en brazos de él y con él, le resultaba más íntimo que el sexo apasionado del día anterior en el hipódromo. Él se movió a su lado y cambió levemente de posición contra su espalda.

—Buenos días, guapísima —le susurró al oído, apretándola con fuerza. La joven se volvió en sus brazos para mirar sus intensos ojos azules.

—Buenos días —repuso, apretándose contra su pecho musculoso. El hombre era todo aristas duras, todo músculo, y se sentía muy protegida en sus brazos.

—Creo que esta también quiere darte los buenos días —Jackson se apretó contra ella, quien pudo sentir el pene duro de él en el vientre.

—Pues buenos días —ella bajó la mano al pene y él gruñó de placer cuando Chloe empezó a acariciarlo con mano firme y segura.

—A este paso, no llegaremos al *brunch* —dijo él.

—El *brunch* puede esperar —ella se agachó bajo las sábanas, decidida a darle tanto placer como le había dado él el día anterior en el taller de carpintería.

Pasó la lengua por la punta ancha y él se tumbó de espaldas.

—¡Oh, Chloe! —murmuró.

Y ella sintió un escalofrío de placer. Recordó que Annaliese lo había tomado en su boca aquella primera noche. Sabía que eso le gustaba y quería complacerlo. Quería ser mejor que Annaliese, mejor que Laurie, mejor que ninguna otra mujer de las que había tenido. Quería dárselo todo. El afán de

competición la sorprendió, pero sí, quería borrar a todas las demás mujeres de su mente. Quería asegurarse de que él no lamentara su elección.

Tomó la punta en la boca y pasó la lengua por ella, sorprendida de que una pequeña parte del pene le llenara toda la boca. Usó ambas manos para trabajar la verga y la alegró ver que esta se ponía más dura con cada movimiento.

—Lo haces muy bien —dijo él. Deslizó los dedos en el pelo abundante de ella, lo tomó a modo de coleta y tiró un poco. La empujaba a ir más deprisa y ella lo hizo, introduciéndose en la boca lo que podía—. Sí, Chloe. ¡Oh, sí, sí!

La joven se esforzó por introducirse más pene, no muy segura de poder hacerlo, hasta que él se corrió, en un estallido de calor caliente tan hondo en su garganta que ella no pudo evitar tragarlo. Se apartó jadeante, pero él la tomó en sus brazos y la besó.

—Esto es un comienzo de mañana glorioso —declaró. Y ella rio.

Pasaron juntos la mañana del domingo. Primero fueron a tomar el *brunch* a un café cercano y luego pasearon de la mano por un mercado de productos de granja orgánicos. Jackson empezaba a olvidar el episodio con Laurie. Había dado instrucciones a su abogada para que fuera pidiendo una orden de alejamiento y ella había prometido hacerlo, así que, por el momento, podía limitarse a disfrutar de Chloe.

Cuanto más tiempo pasaba con ella, más se convencía de que era la mujer ideal para él. Incluso se había tomado la píldora anticonceptiva delante de él. Eso le había convencido de que no mentía a ese respecto. A menos que fuera mucho más lejos que Laurie en el engaño para atraparlo, pero el instinto le decía que Chloe no se parecía nada a Laurie.

Se sentía cómodo con ella, más de lo que había estado con ninguna otra mujer. Era una de las primeras mujeres que había conocido y que sentía que estaba en el mismo plano que él. Por supuesto, una parte de él todavía le aconsejaba ser precavido. No estaba acostumbrado a confiar en nadie, y menos en mujeres, y no era algo que le surgiera de un modo natural. El día caluroso de verano se enfrió hacia el atardecer con la brisa procedente del Lago Michigan y los dos se instalaron en la terraza del tejado de él, donde Jackson preparó pinchos de pollo y verdura asada en la barbacoa mientras tomaban vino.

—Ha sido la cita perfecta —declaró él.

—Y la más larga —señaló ella.

Llevaban juntos casi todo el fin de semana y, sin embargo, tenía la sensación de que no había pasado tiempo. No estaba nervioso ni cansado de la compañía de Chloe, y cuanto más tiempo pasaba con ella, más quería pasar.

—Cierto. Esta puede que sea la cita más larga que he tenido nunca —admitió Jackson.

—Eso mismo he pensado yo, teniendo en cuenta que creo que la cita con Annaliese duró menos de una hora —bromeó ella.

Jackson se echó a reír. Le gustaba el humor de ella, sus bromas juguetonas. Se merecía que se metiera con él.

Cuando dio la vuelta a las verduras que asaba en la parrilla envueltas en papel de aluminio, pitó su teléfono con un mensaje entrante. Tomó el aparato, mirando a Chloe, que encendía una vela de canela.

¿Te apetece un revolcón desnudos?

Jackson leyó el mensaje con el ceño fruncido. Como había borrado los contactos, no sabía de quién podía ser.

Lo siento. No puedo. Ahora tengo una relación.

¡Oh! Buena suerte, pues. Si no funciona, dame un toque.

Jackson no tenía intención de que no funcionara. Se guardó el teléfono en el bolsillo. Se dio cuenta de que sería todo un cambio ir erradicando a las mujeres que había usado en su vida como relleno, y sin embargo, no le parecía que fuera un sacrificio. Quería que Chloe supiera que era la mujer indicada para él y no quería que la espantaran mujeres que no le importaban mucho. Por primera vez en mucho tiempo, empezaba a tener la esperanza de que había encontrado a su compañera. Nunca se había considerado un romántico, pero al mirar el perfil de Chloe a la luz cálida del atardecer de verano, se preguntaba si se habría equivocado sobre sí mismo. Quizá lo que había ocurrido era que nunca antes había conocido a la mujer idónea.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chloe, que parecía un poco tensa con la mirada fija de él.

—Tú —contestó Jackson—. Eres muy hermosa. Eres perfecta.

—No soy perfecta, ni muchísimo menos —Chloe rio con nerviosismo—. Mi exnovio solía decir que era vaga, y por eso trabajaba desde casa. Pensaba que no era lo bastante competitiva ni tenía suficiente empuje para trabajar en una empresa «de verdad».

—Tu ex es idiota —dijo Jackson, enfadado con él—. Es mucho más difícil

trabajar para ti. Y más terrorífico —la observó un segundo—. ¿Esa fue la razón de que lo nuestro no funcionara?

—Kevin me engañaba —contestó ella con sencillez—. Supongo que se consideraba con derecho a hacerlo.

—Pues entonces, además de idiota, es tonto del todo.

Chloe se acercó y él la envolvió en un abrazo y la atrajo hacia sí. De pronto quería protegerla de todo lo que pudiera hacerle daño. Quería asegurarse de que estuviera sana y salva.

—Me da la impresión de que no te conocía de verdad —dijo Jackson, cuando sacaba la comida de la parrilla y la depositaba en bandejas. Chloe le ayudó a llevarlas a la mesa que habían puesto ya, con una vela titilando en el medio—. Igual que mis exmujeres nunca me han conocido.

Chloe asintió.

—Creo que tienes razón.

Se mordió el labio inferior, con una leve línea de preocupación en la frente, y se sentó enfrente de Jackson.

—¿Qué sucede?

—Hablando de exmujeres, ¿crees que Laurie volverá? Lo de ayer fue muy raro.

—Lo siento mucho —repuso él—. De verdad. Si hubiera sabido que era tan inestable, habría actuado antes.

Chloe lo miró. La luz de la vela daba calidez a sus rasgos y el cielo sobre ellos se volvía de color púrpura con el sol bajando ya por el horizonte.

—Y... No sé cómo preguntar esto... —Chloe se subió el tirante del vestido por un hombro y respiró hondo—. ¿Tú le habías dado algún tipo de esperanzas?

Los ojos azules de él se encontraron con los de ella.

—No, nunca.

—¿Ella no era... una amiga con derecho a roce?

Jackson notaba que Chloe había pensado mucho en aquello. Era algo que le preocupaba y él quería tranquilizarla.

—No, rotundamente no. La última vez que tuvimos una cita más o menos romántica fue hace tres meses, cuando la sorprendí en el baño introduciéndose el contenido del preservativo que habíamos usado en su... Bueno, ya sabes.

Chloe parecía aliviada.

—Bien —dijo.

Jackson extendió el brazo y le tomó la mano.

—A las mujeres que me contactan ahora les digo que tengo una relación. Si quieres mirar mi teléfono, toma —se lo ofreció—. No tengo nada que ocultar.

—Te creo —contestó ella, apretándole la mano.

Jackson le devolvió el apretón y ambos se concentraron en la comida. Jackson pensaba ya en el día siguiente, un día ajetreado de trabajo de otra semana ajetreada, intentando ver dónde podía hacerle un hueco a Chloe en su agenda, pero decidido a encontrar el modo.

Pasó la cena y el cielo se oscureció a su alrededor. Las estrellas brillaban en un cielo sin nubes. Jackson sirvió más vino a ambos y se trasladaron al sofá de dos plazas colocado en un rincón de la terraza. El aire era un poco frío cuando se alzaba la luna en el cielo. Jackson prendió el pequeño brasero y el cálido olor a hoguera pequeña impregnó el aire nocturno. A pesar de que estaban en el tejado de una ciudad, rodeados de edificios, la impresión era de soledad, como si fueran las dos únicas personas en el mundo.

—Ahora solo nos falta asar nubecillas —dijo Chloe, acurrucándose contra él, con los dos mirando las llamas naranjas.

—Creo que solo tengo barritas de proteínas —contestó él, y los dos rieron.

—No sé por qué, pero me parece que eso no sería lo mismo —comentó ella.

Jackson se mostró de acuerdo. La estrechó contra sí mientras los dos terminaban el vino. Chloe alzó la vista hacia él, quien admiró una vez más su belleza. Le quitó el vaso vacío y lo dejó en la mesa, a su lado.

—¿Crees que vamos muy deprisa? —preguntó Chloe con una nota de ansiedad en la voz.

Él sabía que iban deprisa, pero se consideraba un hombre que sabía lo que quería. Y en aquel momento quería a Chloe.

—Cuando lo sabes, lo sabes —dijo, trazando la delicada barbilla de ella con el dedo.

Bajó la cabeza para besarla en los labios y ella le salió al encuentro y le abrió la boca de modo que él la saboreó una vez más, probando también en su lengua el vino. En cuanto sus labios se encontraron, sintió que aumentaba su deseo por ella y profundizó el beso. Su deseo no tenía límites y se preguntó por un instante si un fuego que ardía con tanta intensidad se consumiría o seguiría ardiendo. En cualquier caso, de momento sabía que quería poseerla allí mismo, bajo las estrellas.

El brasero empezaba a apagarse y las sombras se hacían más alargadas en la terraza, donde había una curiosa sensación de seguridad.

La miró y sonrió.

—¿Qué te parece un poco de exhibicionismo?

Chloe soltó una risita.

—Yo diría que sí. ¡Demonios, sí!

Jackson se pegó más a ella. Le pasó la mano por el borde de la falda y ella se sentó a horcajadas sobre él. Uno de los tirantes bajó por el hombro y él besó la piel que antes estaba tapada por él. Inhaló su aroma, con un toque de vainilla y miel, le puso las manos en las caderas y ella apretó su núcleo caliente contra él. La única barrera que había ya entre ellos era el pantalón corto de gimnasia de él y el tanga de ella.

Chloe se apartó del beso con un respingo.

—Si seguimos así, acabaremos detenidos por indecencia pública.

—Si nos damos prisa, no —murmuró él, decidido a no esperar ni un segundo más.

La joven volvió a besarle en la boca, le pasó las uñas por el cuero cabelludo y todo el cuerpo de él cobró vida. Sentía los pechos suaves de ella contra él y no pudo evitar bajar el vestido por delante. Cuando descubrió que no llevaba sujetador, se introdujo un pezón en la boca. Ella gimió y arqueó la espalda y él succionó hasta que todo el cuerpo de ella se tensó de deseo. Sí, eso era lo que quería. A aquella mujer todos los días. Todas las noches. ¡Se compenetraban tan bien! ¡Era tan ardiente! Tardaría años, o quizá hasta décadas, en cansarse de aquel cuerpo magnífico. Encima de ellos titilaban las estrellas y los pechos de ella estaban libres en la noche. No parecía importarle y eso lo excitaba. La deseaba y quería que la ciudad entera lo supiera.

Si alguien llamaba a la policía, muy bien. Habrían terminado mucho antes de que llegaran.

La movió un poco para poder bajarse la cinturilla elástica del pantalón corto y mostrar que estaba más que listo. La frotó con gentileza, bajo la cubierta del vestido, contra la fina barrera del tanga. Casi tenía la sensación de que él podría correrse solo con eso.

Vaciló un momento, recordando la sensación maravillosa de tomarla sin preservativo y su amarga decepción al terminar en su vientre. ¿Se correría dentro de ella en esa ocasión? ¿La sentiría alrededor del pene en el momento del orgasmo? Solo pensarlo casi hizo que llegara al clímax en ese momento, y

eso que todavía no la había penetrado. «Esta mujer me vuelve loco», pensó. Chloe se colocó a horcajadas una vez más, se apartó el tanga con un dedo y lo dejó entrar. Así de fácil. Así de perfecto. El vestido cubría su pasión y los pezones de ella se endurecían bajo la luz de la luna. A la luz tenue del brasero que se extinguía, él vio el deseo en ojos de ella cuando la penetró hasta lo más hondo. Estaba lista para recibirlo, más que lista. Chloe lo cabalgó al principio despacio, jugando con él, cada pequeño movimiento una agonía. Jackson quería que fuera duro y rápido, pero ella iba a aplazar eso todo lo posible. Una sonrisa tenue entreabrió sus labios rosas y, en ese momento, penetrándola hasta lo más hondo, Jackson supo que nunca había querido tanto a una mujer.

Capítulo 14

Chloe, sentada a horcajadas sobre Jackson, sin importarle quién pudiera verlos, pensó que la noche les pertenecía. Nunca se había sentido tan primitiva, tan salvaje, como allí con Jackson, debajo de las estrellas. Él, impaciente con el ritmo, la alzó y la movió de modo que ella quedó de rodillas en el sofá de espaldas a él. Lejos, abajo en la calle, un taxi pitó a un coche que le cortaba el paso en su carril, pero a ninguno de los dos les importaban nada los ruidos del tráfico. Los conductores no podían verlos.

Jackson se colocó detrás de ella y la joven agarró los cojines del respaldo y se sintió vulnerable de pronto cuando él tiró del dobladillo del vestido hacia arriba, con lo que el aire nocturno le cubrió el trasero desnudo a ella y los muslos quedaron expuestos al ligero frío. Él le quitó el tanga, probablemente cansado de moverlo de acá para allá, y la prenda cayó al suelo con un leve rumor de tela elástica sobre madera. Chloe estaba ya completamente desnuda en el aire nocturno. Las rodillas le temblaban de anticipación y él entró en ella con una determinación sorprendente. Chloe soltó un grito entrecortado cuando recibió el pene entero y se agarró con más fuerza al cojín. ¡Era tan grande! ¡Tan enorme! Ella tenía los nudillos blancos.

—Nunca he sentido esto con nadie —le susurró Jackson al oído—. ¿Lo sientes tú? —empujó más hondo, con más fuerza—. Aquí estoy en casa. Mi destino es estar aquí.

—Sí —murmuró ella. «Dentro de mí. Siempre dentro de mí».

—Tú eres la mujer idónea para mí —murmuró él.

A ella se le aceleró el corazón y fue creciendo la palpitación entre sus piernas a medida que él la estiraba más y la llenaba por entero. Iba a llegar al orgasmo enseguida. Ardía de ganas de él, aunque sentía también que su clitoris protestaba y suplicaba atención.

—Tócame —le pidió con voz ronca y baja.

Jackson extendió la mano derecha y acarició con gentileza el botón de nervios con la yema del dedo. La sensación era increíble. Sí, eso era lo que necesitaba Chloe. A él dentro de ella y acariciándola. Jackson aumentó instintivamente el ritmo y ella llegó al clímax entre temblores violentos, perdiendo por completo el control a medida que la invadían los espasmos. Después de eso, él no duró mucho más y terminó con un gruñido primitivo. La joven se dio cuenta con un sobresalto de que había terminado dentro de ella. Esa vez no se retiró y eso la hizo sentir que aquel momento era especial. Confiaba en ella como, según sus propias palabras, nunca se había fiado de nadie.

Confiaba en que su orgasmo fuera tan increíble como el de ella y repetía en su mente las palabras de él. «Aquí estoy en casa». Sí, eso era también lo que sentía ella. «Contigo estoy en casa».

Jackson se retiró lentamente con un suspiro estremecido y ella sintió el semen de él derramarse entre sus piernas y, con ello, también una salvaje sensación de satisfacción. Se dio cuenta de que quería su semen, siempre lo había querido. Él no mencionó que se había corrido dentro ni lo que significaba eso. Se puso el pantalón corto y ella al instante echó de menos el calor de su cuerpo. Se bajó el vestido, sintiendo en las piernas la combinación húmeda de sus deseos primitivos mezclándose en la parte interna de sus muslos. Eso hacía que se sintiera a la vez traviesa y temeraria. Tiró del escote hacia arriba y volvió a meterse en la parte de arriba del vestido.

Miró a su alrededor y vio algunas ventanas iluminadas cerca con las persianas bajadas. Confiaba en que nadie la hubiera visto y, sin embargo, sabía también que volvería a hacerlo sin vacilar. Le gustaba la sensación de temeridad que Jackson producía en ella. Y ahora ya sabía que confiaba en ella. Le había dicho que se sentía en casa con ella. Eso era más de lo que habría podido imaginar. El viento fresco de verano arreció y ella se estremeció, echando de menos el calor corporal de Jackson.

—Vamos adentro —propuso él.

Le puso la mano en la parte baja de la espalda y la condujo a la casa.

Cuando ella le ofreció ir a pasar la noche a su apartamento, él no quiso ni oír hablar de ello, sino que insistió en que se quedara en su cama. Durmieron abrazados y Chloe sintió su corazón lleno de amor.

Jackson durmió toda la noche, pero despertó temprano, encantado de sentir a Chloe en su cama. Ella dormía profundamente, con el largo cabello esparcido por la espalda desnuda, tumbada boca abajo y desnuda bajo las gruesas sábanas de algodón. Y él se dio cuenta de que era eso lo que quería, a ella en su cama todas las mañanas y todas las noches. Su lugar estaba allí, al lado de él. La observó dormir, con las espesas pestañas oscuras contra las mejillas rosadas y los labios gruesos levemente entreabiertos. ¡Resultaba tan vulnerable, tan infantil! Se preguntó si los hijos de ambos saldrían con el cabello oscuro o con las ondas rubias de él.

Hijos de los dos. ¿Pero qué le ocurría? Ya estaba imaginando bebés. Y sin embargo, la idea no le asustaba lo más mínimo. Con Chloe le parecía... bien. Estaban hechos para estar juntos y, por lo tanto, los bebés y el matrimonio eran parte del territorio. Cierto que llevaban muy poco tiempo saliendo, pero todas las fibras de su ser le decían que ella era la mujer idónea. La única posible.

Recorrió su hombro desnudo con un dedo, admirado por la suavidad de su piel. Ella se movió entonces y abrió los ojos.

—Buenos días —murmuró somnolienta, tapándose modestamente con la sábana—. ¿Qué hora es?

—Las siete.

La joven bostezó y se desperezó.

—¿Tienes que ir al trabajo? Yo tengo una llamada de teléfono a las nueve, pero estoy libre hasta entonces.

—Tengo que estar en la oficina a las ocho, pero tengo tiempo de prepararte un desayuno rápido.

—No es necesario —dijo ella.

—Ya lo sé, pero quiero hacerlo —él sonrió y la besó en la nariz.

Chloe apretó la sábana contra sí. Parecía tímida de pronto.

—¿Tienes una camiseta que puedas prestarme?

Jackson le lanzó una de un grupo musical y ella se la puso por la cabeza. Se levantó y le llegaba hasta medio muslo, pero él nunca había visto una prenda suya más sexy. La besó en los pies de la cama. Sus lenguas se encontraron y ya solo quería sacarle la camiseta por la cabeza y volver con ella a la cama.

—Espera —dijo ella—. Trabajo. Desayuno. No podemos...

Él miró el reloj. No, no tenían tiempo para lo que quería hacerle. Eso tendría que esperar.

Diez minutos después, le servía un plato con huevos revueltos y tostadas y una taza de café muy caliente. Chloe empezó a comer y él también, contento de pasar algo de tiempo con ella antes de que siguieran caminos separados. La observó comer un bocado de huevos revueltos.

—Eres hermosa, ¿lo sabes?

—No puedes hablar en serio —señaló su pelo revuelto—. No puede ser que esté hermosa así.

—A mí me lo pareces.

Chloe tragó saliva mientras la observaba. Era bellísima. No necesitaba maquillaje ni peinarse. Era la mujer más hermosa del mundo, incluso cuando se limpiaba tímidamente la boca con una servilleta.

—Te quiero, Chloe —dijo entonces, porque se sentía embargado de amor.

—¿Qué has dicho? —ella lo miró escandalizada.

—Que te quiero.

—Eso me ha parecido oír —musitó ella.

Jackson veía la confusión en su cara mientras debatía para sí qué decir. Sabía que no estaba preparada. Todavía no. Pero no importaba.

—No tienes que quererme tú a mí, al menos por ahora —dijo—. Pero te prometo que lo harás —se inclinó a besarla y ella le devolvió el beso.

Al final se separaron, Chloe para ir a su apartamento a trabajar y Jackson a su oficina. Prometió llamarla más tarde, intentado ya hacerle un hueco en su apretada agenda. Cuando llegó al trabajo, tarareaba. Estaba más contento que en muchos meses, quizá incluso años. Por primera vez desde que despegó su negocio, sentía que las piezas del rompecabezas de su vida empezaban a encajar. Había encontrado a una mujer que podía ser una compañera y por primera vez se permitía pensar lo que podía implicar eso. Asentarse y quizá tener una familia. Esa idea lo intrigaba. Siempre había querido casarse algún día, pero después de las decepciones que se había llevado, había temido que quizá no encontrara nunca a la mujer que lo quisiera por él mismo, no por su dinero.

Saludó a Hailey fuera de su despacho, pero ella parecía retraída, incluso un poco pálida.

—Buenos días, Hailey. ¿Sucede algo?

—Bueno, señor... —Hailey se mostraba extrañamente alterada. No lo miraba a los ojos—. Laurie está aquí y quiere verle.

Jackson sintió que le hervía la sangre. Miró a través de las puertas de

cristal de su despacho y vio a Laurie sentada en su silla detrás del escritorio moviendo bolígrafos por la superficie.

—¿Por qué no la has echado? Vamos a pedir una orden de alejamiento y...

—Creo que debe hablar con ella, señor. Ha dicho...

—Me da igual lo que haya dicho. No es bienvenida aquí ni en ninguna de mis demás propiedades. Estoy decepcionado contigo, Hailey. La echaré yo mismo —avanzó hacia la puerta de su despacho, decidido a decirle a Laurie lo que opinaba de ella y quizá incluso a hacer que la arrestaran.

—Pero señor... —Hailey parecía muy incómoda. Había algo que su ayudante no le decía.

—¿Qué? —preguntó él con irritación.

La última persona con la que quería lidiar esa mañana era Laurie. Y le molestaba que Hailey hubiera fallado en su tarea de impedirle el paso. Normalmente era excelente en todo lo que hacía. ¿Qué era lo que la hacía vacilar?

Hailey se acercó y habló casi en susurros.

—Esa mujer dice que está embarazada, señor. Que espera un hijo suyo.

Capítulo 15

Jackson tuvo la sensación de que acababan de golpearlo en el pecho con un camión lleno de ladrillos. Aquello no podía ser verdad. Laurie no podía estar embarazada de él. Ni siquiera había estado con ella en los tres últimos meses y el día que la había pillado en el baño, la había sorprendido antes de que tuviera tiempo de introducirse el contenido del preservativo. ¿O no?

—¡Ah! Yo me ocuparé de esto. Gracias, Hailey —su ayudante lo miró incómoda. Jackson quería decirle que no era cierto, pero primero tenía que averiguar qué demonios pasaba allí—. Hablaré con ella.

—Pensé que querría hacerlo, señor. Por eso no la he echado —Hailey se sonrojó.

—Has hecho lo correcto. Gracias.

Hailey asintió, pero parecía triste cuando volvió a su mesa, todavía sin mirarlo a los ojos. Sabía tan bien como él que Jackson no amaba a Laurie, que esta era la última mujer en el mundo con la que elegiría crear un lazo biológico.

—Hola, Jackson —ronroneó Laurie cuando él abrió la puerta. Parecía algo contrita—. Intenté decírtelo cuando fui a tu casa. Dije que quería hablar contigo a solas.

Aquello era cierto, pero él no consideraba que importara mucho en ese momento. Laurie hablaba con rapidez, como si la falta estuviera en el modo en que daba la noticia y no en haberlo engañado del peor modo posible por la peor razón imaginable: codicia.

—Oye, sé que esto no es lo que quieres, pero ahora que estoy embarazada... bueno... —ella respiró hondo—. Intentemos que lo nuestro funcione por el bien del bebé.

Se puso una mano de manicura perfecta en el abdomen.

—Deja de actuar, por favor. Sé que no te importa nada ese bebé aparte del dinero que puedas sacar con él.

—¡Eso es lo peor que he oído en mi vida! —gritó ella—. No creerás en serio que soy tan horrible, ¿verdad? —parpadeó con rapidez. La actuación habría resultado convincente de no ser porque era mentira y él lo sabía. Laurie se retorció las manos—. Yo te amo. Por eso quiero tener un hijo tuyo.

—No, tú no me amas —él negó con la cabeza con fiereza—. ¿Me querrías si fuera pobre?

—Por supuesto.

—Estupendo —dijo él—. Entonces renunciaré mañana a todo mi dinero. Tu pensión alimenticia será un veinte por ciento de nada.

Laurie palideció un segundo.

—¿Lo ves? —preguntó él, mirándola—. Lo que te importa es el dinero.

Laurie se sentó en la silla.

—No, es que estoy un poco mareada por el embarazo.

Jackson rio con sorna. Fingía incluso en aquel momento.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó.

Laurie rio y giró hacia un lado y al otro en la silla de ruedas.

—No creerás que esa era la primera vez que intentaba el truco con el condón, ¿verdad?

Jackson sintió frío interior.

—Cuando te sorprendí, me dijiste que era la primera vez que lo hacías.

Laurie rio y a continuación hizo un mohín infantil.

—Perdón. Te mentí.

Jackson sentía la boca seca. Furia y pánico se acumulaban en su interior.

Se sentía atacado por la espalda y traicionado, una vez más, y toda la culpa era suya. ¿Por qué la había creído cuando le dijo que era la única vez que había hecho eso con el preservativo? ¿Por qué había confiado en una mujer que se había propuesto engañarlo desde el principio? Sabía por qué. Porque quería desesperadamente que esa mentira fuera verdad. No quería pensar en lo que habría ocurrido si ella había hecho eso todas las veces que se habían acostado. Y en ese momento, por supuesto, recordó las escapadas rápidas de ella al baño, al mismo en el que él tiraba los preservativos antes de adquirir la costumbre de echarlos por el váter. Él había elegido estar ciego a esos hechos. Y ahora... La cabeza le daba vueltas con la imagen de un futuro oscuro: un niño con una mujer a la que no quería y que solo buscaba dinero. ¿Y qué

pasaría con Chloe? ¿Cómo reaccionaría si se enteraba de que Laurie estaba embarazada?

Se sentía mareado. Se acercó tambaleante a una silla y se dejó caer en ella.

—¿Estás segura de que estás embarazada?

Laurie introdujo la mano en su bolso y sacó una bolsita Ziploc que contenía dos pruebas de embarazo usadas. Ambas tenían signos rosas positivos.

—Puedo hacerme otro aquí ahora, si quieres —ella sacó otra prueba de embarazo sin abrir.

—No. No es necesario —aquello era una pesadilla de la que Jackson quería despertar cuanto antes.

Laurie se levantó, dio la vuelta al escritorio y se acercó a él. Pasó una uña rosa brillante por el brazo de la silla. Llevaba un vestido muy corto que apenas le tapaba el trasero. Era todo curvas. La había conocido en un bar en el que ella trabajaba y a él le habían atraído su suavidad, los pechos grandes y el trasero más grande todavía, pero en ese momento su cercanía solo le producía náuseas.

—Me hace muy feliz tener un hijo tuyo —dijo ella—. Me has hecho muy feliz.

Jackson no podía pensar. No podía hacer nada que no fuera mirar fijamente las pestañas postizas de ella, y todo lo que en ella era falso, todo lo que era mentira. Laurie jugaba con el dobladillo del vestido, alzándolo un poco más. Estaba de pie de espaldas a la puerta de cristal del despacho y se subió el vestido lo suficiente para mostrarle que no llevaba ropa interior.

—Ahora puedes terminar dentro de mí, ya no supone ninguna diferencia. Si quieres bajamos las persianas venecianas para que no nos vea la putita de tu ayudante y puedes poseerme aquí mismo. Lo menos que te mereces es hacérmelo a pelo oficialmente.

Le sonrió y Jackson creyó que iba a vomitar.

—Largo de aquí —dijo al fin. La mera idea de tener sexo con ella le daba ganas de vomitar.

—¿Qué? Creía que ahora ya pasabas de condones. Como con esa novia nueva que tienes. Es un poco puta, ¿verdad? Os vi juntos, ¿recuerdas?

Jackson sintió que el asco le subía por la parte de atrás del cuello. Seguía siendo una acosadora, una mujer inestable, capaz de cualquier cosa. Y ahora además estaba embarazada.

Laurie dio un paso hacia él.

—Yo también puedo ser tu putita, si eso es lo que quieres.

Extendió el brazo y, todavía de espaldas a la puerta, deslizó una mano entre sus piernas por debajo del vestido. Era obvio que se estaba acariciando. Jackson sintió rabia mezclada con asco.

—Venga. No le hará daño al bebé. Córrete dentro de mí, Jackson.

—Lo digo en serio, Laurie. Tienes que irte —él se levantó y ella se encogió un poco.

Jackson sentía un remolino de emociones: rabia, resentimiento... incluso odio. Aquella mujer le estaba arruinando la vida. Ya no podía seguir mirándola. Ni siquiera podía estar en la misma habitación que ella.

—¿Así es como tratas a la madre de tu hijo?

—Márchate —Jackson miraba fijamente el suelo. Por suerte, ella captó la indirecta, tomó su bolso y se dirigió a la puerta.

—Necesito dinero —dijo—. Digamos quinientos dólares. Solo para...

—¡Fuera! —gruñó él.

—Te dejaré que pienses bien en todo esto y luego quizá recuperes el sentido común y hagas lo correcto, antes de que tenga que llamar a un abogado. Estaré en contacto —prometió ella, antes de salir por la puerta.

Jackson sabía que aquello no era una amenaza vacua. Pensó que ya no podía pedir una orden de alejamiento. Si estaba embarazada de él, ¿podía pedir a los tribunales que la mantuvieran a distancia?

La vio ir a los ascensores y, en cuanto desapareció en uno de ellos, él levantó el teléfono y marcó la extensión de Hailey.

—Gracias por tu discreción —dijo, porque se daba cuenta de lo incómodo que debía de haber sido para su ayudante oír a su exnovia anunciar que estaba embarazada—. ¿Puedes organizarme una reunión con mi abogada? Lo antes posible, por favor.

Diane Corley, la abogada de Jackson, una mujer fornida y cincuentona de pelo entrecano corto, escuchó su historia y movió lentamente la cabeza sentada enfrente de él en el despacho de Jackson y con la puerta cerrada.

—El problema es que lo que ha hecho no es ilegal —dijo, subiéndose las gafas de concha. Había encajado sin parpadear la noticia de que una mujer había engañado a Jackson para quedarse embarazada. Diane era una mujer

dura, que no se alteraba fácilmente—. Y aunque lo fuera, sería tu palabra contra la de ella. Diría que tú querías que se quedara embarazada o, como mínimo, que practicasteis el sexo sin tomar precauciones.

—¡Yo utilicé preservativo todas las veces! —declaró él, apretando los puños.

—Sí, pero los preservativos fallan. El sexo siempre tiene un riesgo —Diane movió la cabeza—. Tú has recibido educación sexual, sabes eso. Aunque ella no hubiera hecho lo que hizo, podía haber fallado el preservativo. El sexo es un riesgo calculado.

—Lo sé —suspiró Jackson.

Acostarse con Laurie había sido el mayor error de su vida. ¡Cómo le habría gustado volver atrás y borrar esa parte de su vida! Pero sabía que había corrido riesgos. Algunos condones se podían romper. «O se pueden usar de un modo que yo no he aprobado».

—Para mí es como una violación. No hubo consentimiento —se levantó y empezó a pasear por detrás de su mesa—. ¿Hay algo que podamos hacer? ¿Podemos conseguir que la detengan por el allanamiento?

—Tal vez. Lo miraré —contestó la mujer.

Jackson movió la cabeza. Odiaba que Laurie hubiera causado todo aquel lío. Se frotó los ojos.

—¿Qué podemos hacer?

Diane pensó un momento. Golpeó la mesa con el bolígrafo. Había cambiado su agenda de la tarde para ir a verlo y él le estaba agradecido por eso.

—Lo primero que tenemos que hacer es cerciorarnos de que el niño es tuyo.

—¿Crees que se acostaba con otros? Intentaba quedarse embarazada de mí —él seguía paseando detrás de su mesa. Se sentía como un león enjaulado.

—Con alguien así, ¡quién sabe! Es obvio que está perturbada, así que ¿quién puede saber lo que hacía? En cualquier caso, podemos pedir al juzgado que le exija una prueba de paternidad no invasiva, sobre todo porque es probable que te exija la mitad de los costes de los cuidados durante el embarazo.

Jackson asintió.

—Bien. Eso es un comienzo. ¿Pero y si es mío?

Diane movió la cabeza despacio.

—En ese caso, recibirá el veinte por ciento de tus ingresos y probablemente todos los gatos sanitarios y de educación del niño —la mujer enarcó una ceja

por encima de las gafas—. ¿Tú querrías ver al niño?

Jackson pensó en aquello. El bebé no tenía la culpa de que él hubiera sido muy confiado ni de que su madre fuera una cazafortunas. Sin embargo, ¿cómo iba a funcionar aquello si despreciaba a Laurie? ¿Y qué pasaría con Chloe? ¿Qué le parecería que él tuviera relación con un niño que no era suyo? La mera idea de contarle todo aquello a Chloe le ponía enfermo.

—No sé —dijo. Pensó en un niño o niña inocente y en que no sería culpa suya cómo fuera su madre ni cómo él o ella hubieran sido engendrados—. Sí, creo que querría. No podría abandonar al bebé. No es culpa suya.

—¿Aunque implicara enemistarte con tu nueva novia? ¿Cómo se llama?

—Chloe. Se llama Chloe.

—Cierto, Chloe. ¿Ella lo sabe ya?

—No —Jackson no había querido alarmarla. Ya era bastante malo que la loca de Laurie los hubiera interrumpido al colarse en su casa. No, no quería que Chloe lo supiera hasta que no fuera absolutamente necesario—. Como tú has dicho, ¿y si no es mío?

—¿Y si lo es? —preguntó Diane.

Capítulo 16

Pasaron un par de semanas y Chloe notaba que Jackson se mostraba distante y distraído. Le ponía mensajes a menudo y habían cenado juntos unas cuantas veces, pero parecía que el trabajo lo alejaba de ella y la joven notaba que se distanciaban y se preguntaba por qué. Pensó que eso empezaba a cambiar el día que la invitó a Untitled, un restaurante ajetreado del centro, situado en el sótano de un edificio de River North, imitando un antiguo bar clandestino de Al Capone, construido en los tiempos de la Ley Seca. Por fuera la puerta era negra y sencilla. Pero dentro había un bar y restaurante con un retrato gigante de Capone sentado cerca de las escaleras.

Casi resultaba raro estar en un restaurante escondido, que no tenía carteles ni fachada. En el comedor estaban rodeados de gente y, sin embargo, el lugar resultaba reservado. Oscuro. En el trayecto hasta allí, Chloe había percibido a Jackson distante. Se mostraba indiferente, mirando por la ventanilla de la limusina, que conducía el chófer. Y su humor no cambió cuando se sentaron en el restaurante y pidió la comida y el vino. Conversar con él suponía un esfuerzo y Chloe quería saber por qué todo resultaba tan arduo. Le había preguntado al menos dos veces qué era lo que le preocupaba, pero él había contestado que nada y ella sabía que mentía.

—¿Te ocurre algo? —preguntó por tercera vez, al ver que apenas tocaba el bistec, un plato que no era barato. Además de los bistecs, había pedido una de las botellas de vino tinto más caras de la carta.

—Nada —dijo él. Y ella tuvo la impresión de que mentía.

El teléfono de él pitó y Jackson lo tomó y lo miró con interés.

—¿Quién es? —preguntó Chloe.

Volvían a aparecer sus inseguridades. ¿Era una mujer la que le ponía mensajes? Sabía que de vez en cuando lo hacía alguna, aunque él había

borrado su información de contacto. ¿Debía pedirle que las bloqueara o bastaba con que confiara en que les diría siempre que no?

—Son... cosas de trabajo —Jackson miró la pantalla con el ceño fruncido.

La joven sabía que no decía la verdad. Tenía el mismo presentimiento que había tenido con Kevin cuando este le ponía la excusa de que trabajaba tarde durante las últimas semanas antes de la ruptura. Y Chloe sabía que su instinto rara vez se equivocaba. Jackson ocultaba algo. La cuestión era el qué.

«Puede que no esté preparado para ser fiel», le dijo una vocecita. «Tal vez le fastidie estar en una relación con una mujer. Quizá no le guste decir que no a las otras mujeres. O, peor aún, tal vez no les diga que no».

Chloe se regañó y se recordó que no debía sacar conclusiones precipitadas ni declarar culpable a Jackson según su propio juicio sin tener ninguna prueba.

—¡Eh!, conmigo puedes hablar de todo —le dijo. «Cuéntamelo. Sea lo que sea, podemos arreglarlo. Pero no me dejes fuera».

—Ya lo sé —Jackson la miró, apartando momentáneamente los ojos de la pantalla del teléfono—. Perdona. Es que necesito... —escribió una respuesta en el teléfono.

La joven sintió una punzada de celos. ¿Intercambiaba mensajes con una antigua novia? ¿Con una amiga con derecho a roce? ¿Había recibido otra foto de una mujer desnuda y esa vez no había podido resistirse? Su mente era un tren desbocado que circulaba por las vías a toda velocidad sin frenos ni maquinista. Tenía que controlarse. Jackson le había prometido que no saldría con otras mujeres, ¿pero y si se estaba cansando de ella? ¿Y si cumplir esa promesa le resultaba más difícil de lo que pensaba? Chloe dejó el tenedor en el plato.

—Esta noche pareces distraído —dijo—. Distante.

—Lo sé, lo siento. Es que... Espera un segundo y termino esto —siguió escribiendo en el teléfono.

—Si tienes dudas... —empezó a decir ella.

—¿Dudas? ¿Sobre qué? —preguntó él, con la vista fija aún en el teléfono.

Chloe tomó un trago grande de vino caro, pero casi no apreció el complejo buqué de sabores por lo pendiente que estaba de Jackson.

—Si tienes dudas de lo nuestro, dímelo —dijo.

Respiró con fuerza. Tenía que prepararse mentalmente para lo que ocurriría a continuación. Le estaba dando una salida.

Jackson alzó la vista, sorprendido.

—¿Por qué iba a tener dudas sobre lo nuestro? —parecía confuso. Dejó el teléfono y le tomó la mano sobre la mesa—. Eres la mujer más increíble que he conocido. No tengo ninguna duda sobre ti.

Le apretó la mano y ella sintió una oleada de alivio. Parecía completamente sincero. Seguía sintiendo lo mismo. Fuera lo que fuera lo del teléfono, no interfería en sus sentimientos por ella.

—¿Laurie te ha molestado? —inquirió.

—¿Por qué preguntas eso?

Él parecía un poco a la defensiva. ¿Los mensajes misteriosos del teléfono tendrían que ver con su acosadora? Parecía nervioso. ¿Qué era lo que ocultaba?

—Para empezar, porque se coló en tu casa sin ser invitada —Chloe ladeó la cabeza y él sonrió con tristeza—. Y quería saber si te funciona la orden de alejamiento.

Jackson retiró la mano y tomó un trago de vino. Parecía incómodo con la conversación.

—No hablemos de Laurie esta noche. No quiero que nos arruine la cena.

—De acuerdo, pero yo quiero ayudarte.

«Y no puedo hacerlo si no me dices cuál es el problema, como cuando no me dijiste que Laurie te estaba acosando».

Recordaba que él había guardado en secreto aquel detalle hasta que Laurie los había sorprendido. ¿Le habría contado que tenía una exnovia acosadora si no hubiera pasado aquello?

Una cosa era que le pidiera que salieran en exclusiva y otra que la tratara como a una compañera de verdad, y eso implicaba dejarla entrar del todo en su vida. Sin embargo, al ver la cara de Jackson, le costaba seguir con el tema. Le había dicho que su humor extraño no tenía nada que ver con ella, ¿pero decía la verdad?

El teléfono volvió a pitar y Chloe reprimió el impulso de arrancárselo de las manos y arrojarlo contra la pared. Jackson miró la pantalla y abrió mucho los ojos. Se sonrojó y tiró su servilleta sobre la mesa.

—Tengo que... Enseguida vuelvo —tartamudeó.

Se alejó, dejando a Chloe en la mesa, con el tenedor en la mano y preguntándose qué habría ocurrido.

A Jackson le latía el corazón en el pecho con la fuerza de una ametralladora. Laurie le había enviado una foto, pero no una foto cualquiera, sino una de Chloe y él en la terraza de su casa. De Chloe con los pechos desnudos, sentada a horcajadas sobre él. Su vestido cubría la mitad inferior de ambos, pero cualquiera podía ver lo que estaba pasando.

Él la había penetrado y el rostro de ella, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, insinuaba lo que ocurría. Se dio cuenta de que la foto estaba hecha desde el edificio de Chloe, pues el ángulo era desde arriba y a la derecha. ¿Había entrado Laurie en el apartamento de Chloe dos semanas atrás? A Jackson se le aceleró todavía más el corazón.

Estaba de pie debajo de la escalera abierta del bar, mirando la foto que le había enviado Laurie con un mensaje:

Necesito dinero para vitaminas y para la cita con el doctor para la prueba de ADN. Envíame 5.000 dólares hoy o le cuento a tu putita que llevo dentro un bebé tuyo.

Chantaje. Por supuesto que una mujer así recurriría a eso. No esperaba menos de Laurie. ¿Y qué vitaminas prenatales costaban cinco mil dólares? No era tonto. Sabía que el dinero era para ella. Por supuesto, cinco mil dólares no eran nada para él. Alguna vez había apostado más en una sola mano al *blackjack* en Las Vegas. Pero también sabía que, si pagaba, ella seguiría pidiendo más. ¿Y entonces qué?

Decidió ganar tiempo.

Ya pagué por la prueba de ADN. Estamos esperando los resultados, ¿recuerdas? No necesitas más dinero para eso.

Laurie respondió casi inmediatamente.

Creo que debemos hacer más de una prueba de ADN y necesito dinero. Y tu bebé necesita vitaminas.

Mientras estaba allí, preguntándose qué hacer, llegó otro mensaje. Era otra foto y esa mostraba el trasero desnudo de Chloe con Jackson preparándose para entrar en ella.

O te decides pronto o publico esta foto. Así todo el mundo sabrá cómo te toma. Como la puta que es.

A Jackson le palparon las sienes con furia. Quería proteger a Chloe de aquella loca, pero cuanto más lo intentaba, más aumentaba la pesadilla.

No lo hagas, escribió.

El teléfono volvió a pitar y esa vez era una foto de un primer plano de Chloe de cuerpo entero en el piso de abajo. Laurie estaba loca. Aquella pesadilla tenía que acabar.

—¿Qué es eso? —preguntó la voz de Chloe detrás de él.

Jackson se giró. Con el ruido de conversaciones de los clientes no la había oído acercarse y ahora miraba su teléfono. ¿Había visto la foto?

Nada —contestó él.

—Eso es mentira —Chloe frunció los labios—. Lo he visto. Alguien te ha enviado una foto desnuda.

La expresión dolida de sus ojos era real y, en ese momento, Jackson se dio cuenta de las conclusiones horribles que estaba sacando ella.

—No es lo que piensas —dijo él.

Quería desesperadamente que lo creyera y no hiciera más preguntas. ¿Qué era peor? ¿Dejar que creyera que quería acostarse con otras mujeres o decirle que podía haber dejado embarazada a una de ellas?

—Pues entonces será mejor que me lo expliques —Chloe se cruzó de brazos.

Sus ojos escupían fuego, pero él admiraba su calma, su claridad. No se ponía histérica ni empezaba a gritar como podría hacer otra mujer. Esperaba con calma una explicación, aunque estuviera furiosa. Jackson comprendió que tenía una oportunidad y solo una de contarle algo antes de que ella sacara sus propias conclusiones. Sintió que se ahogaba. ¿Qué le diría? Cualquier cosa que pudiera decirle, incluida la verdad, le parecía la respuesta equivocada.

Cuando vaciló, Chloe probó de nuevo.

—Este es el momento de contarme lo que ocurre porque no habrá otra oportunidad —Jackson la miró y vio que tenía el bolso en la mano y estaba lista para salir corriendo—. Dime la verdad, ¿de acuerdo? Sea la que sea. La verdad es mejor que una mentira.

—Quizá no digas eso cuando la oigas.

—Sé sincero conmigo —Chloe tragó saliva con fuerza y se acercó un paso más a él. Sus ojos oscuros brillaban por las lágrimas no derramadas y un toque de dolor—. Si no quieres estar conmigo en exclusiva, dímelo.

—¡No! No es eso. No es eso en absoluto —Jackson se pasó una mano por el pelo con frustración. El ruido del bar lo irritaba como si fueran uñas en una pizarra. La tomó del codo y fue con ella al pasillo que llevaba a los baños,

donde el ruido sonaba más apagado.

La joven lo miró expectante. En sus ojos seguía habiendo dolor.

—No es por ti, es por Laurie —él respiró hondo. ¿Cómo se lo iba a contar? —. La foto que has visto es de nosotros dos. La hizo ella —le mostró las fotos del teléfono, empezando por la del primer plano y siguiendo después con las dos en las que estaban juntos en la terraza del tejado.

—¿Qué? —preguntó Chloe, alarmada, cuando vio las imágenes—. ¿Pero cómo...?

—No lo sé. Creo que ella estaba en tu edificio.

Chloe intentó quitarle el teléfono, pero él lo sujetó con fuerza y ella acercó más la cara a la foto.

—Creo que tienes razón. En ese ángulo tuvo que ser desde allí —miró a Jackson con miedo en los ojos—. ¿Entró en mi edificio?

—No lo sé. Pero hay más —Jackson tragó saliva—. Amenaza con hacer públicas las fotos.

Chloe dejó caer las manos a los costados.

—¿Qué? —su voz sonaba hueca y su rostro palideció—. Pero si hace eso, podría perder clientes. Y... ¡Dios mío! ¡Podrían verlas mis padres!

—Voy a hacer todo lo que pueda para procurar que estas fotos no vean la luz.

Chloe se abrazó el estómago.

—¿Podemos hacer que la detengan por chantaje? O por... ¿cómo se llama, porno vengativo? ¿Eso no es ilegal?

—Le preguntaré a mi abogada —dijo él.

«Tienes que contarle lo demás», pensó.

—No puedo creerlo. No puedo creer que... —Chloe movió la cabeza—. Esto es una pesadilla.

«Una pesadilla que va a empeorar aún más», pensó Jackson.

—Hay algo más —dijo.

Chloe lo miró y él vio que se preparaba para recibir otro golpe. ¡Cuánto deseaba protegerla de eso! Se preguntó brevemente si, cuando se enterara, dejaría de hablarle. Era mucho pedir que asimilara aquello.

—¿Recuerdas que te dije que Laurie intentó quedarse embarazada a mis espaldas?

Ella asintió con la cabeza. ¡Cómo deseaba Jackson no tener que decirle aquello!

—Pues, al parecer, esa no fue la única vez que lo intentó —de pronto, él no pudo mirarla a los ojos. No quería contarle aquello—. Dice que está embarazada. Dice que está embarazada de mí.

Capítulo 17

El mundo entero pareció encogerse entonces, cuando Chloe veía moverse los labios de Jackson, pero no oía las palabras que salían de ellos. ¿Laurie la loca estaba embarazada de Jackson? No. ¡Cielo santo, no! De pronto no podía respirar. Le parecía que las paredes del estrecho pasillo se cerraban contra ella. Una mujer salió del baño cercano y los rozó al pasar y Chloe pensó que se iba a caer.

—Di algo —Jackson la agarró de los codos, con sus ojos azules fijos en ella, suplicándole. Su cabello rubio espeso estaba un poco largo, un poco revuelto.

La joven estaba aturdida. Peor que aturdida, vacía. Ni siquiera sentía rabia, aunque asumía que eso llegaría más tarde. Por el momento no sentía nada.

—Puede que el bebé no sea mío.

—O puede que sí —consiguió decir ella.

—Sí.

Jackson miró al suelo. No hacía falta que dijera nada más. Laurie había preparado aquello intencionadamente, así que, ¿cuántas probabilidades había de que se hubiera acostado con más gente? Chloe sintió un pánico feroz en la garganta. Le había pedido a Jackson que fuera sincero con ella y, sin embargo, no estaba segura de poder lidiar con la verdad. Su mente estaba inundada por las ramificaciones de todo aquello: un bebé en sus vidas, un recuerdo de aquella mujer, una acosadora mentalmente inestable quien tendría el título importante de «madre de su hijo». Recordó la expresión de locura en los ojos de Laurie cuando entró en la casa, el modo retorcido en que se invitó sola a meterse en la cama con ellos. Parecía que se había excitado con ellos.

«¿Igual que tú cuando mirabas a Jackson con Annaliese?».

Chloe sentía náuseas. ¿Tenía algo en común con aquella mujer loca y

horrible? Por supuesto que no. Sin embargo, tampoco podía silenciar aquella vocecita. «Lo mío era distinto», quería gritar. «Jackson me ama. ¿No? Dijo que me quería. Que me deseaba a mí, no a ella».

Pero ¿el bebé cambiaría eso? ¿Y si decidía casarse con ella? Esa idea le hizo no pudiera respirar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, maldiciéndose interiormente por no tener el valor de preguntarle lo que pensaba. ¿Se iba a casar con ella?

—No lo sé. Esperar los resultados de la prueba de ADN, que estarán el próximo martes.

—¿Y después, si es tuyo? —la bilis se le acumulaba en la garganta a ella.

—No sé, Chloe. De verdad que no lo sé.

Ella se apartó y las manos de Jackson soltaron sus codos.

—Necesito tiempo para procesar todo esto —Chloe apartó la vista del atractivo rostro de él. En sus ojos se veía que sufría.

Jackson se cubrió la perilla con una mano. Estaba agitado, alterado.

—Por favor, Chloe, no me dejes.

Su tono de súplica hizo que los ojos a ella se le llenaran de lágrimas. La necesitaba y no podía ayudarlo. En ese momento no. ¿Qué podía hacer ella? No podía respirar, no podía pensar, necesitaba pensar lo que haría a continuación, cómo se sentía con todo aquello. Había imaginado tener hijos con Jackson, no ayudarlo a criar un bebé que no era suyo. Suponiendo, claro, que él no se casara con Laurie.

—Ahora mismo no puedo. Necesito pensar —dijo con la voz anegada por las lágrimas. Necesitaba espacio. Jackson la dejó marchar.

—Creo que lo comprendo —dijo. Pero sus ojos contaban otra historia. Se mostraban traicionados, abandonados—. Deja que mi chófer y yo te llevemos a casa.

—¡No! —ella negó con la cabeza—. No, quiero irme sola.

Chloe subió corriendo las escaleras y salió al aire caliente de la noche veraniega. Se sentía culpable por dejar a Jackson cuando más la necesitaba, pero no podía quedarse. No podía porque tenía el corazón roto y porque no sabía si podría aceptar aquello. Con el rostro lleno de lágrimas, pasó corriendo en la calle al lado de una pareja que reían tomados de la mano.

Chloe estaba de pie en su apartamento vacío mirando por la ventana la sala de estar a oscuras de Jackson. No había vuelto a casa todavía o, si lo había hecho, no había encendido las luces. Ella también estaba sentada en el apartamento a oscuras, aturdida todavía. No podía afrontar aquello. Aún no estaba segura de lo que iba a hacer. Jamás, ni en un millón de años, había imaginado tener que tomar una decisión así.

¿Y si él mentía en lo de que le habían engañado? ¿Y si había penetrado a Laurie sin preservativo como había hecho con ella?

No. El día en que Laurie había entrado en la casa de él había mencionado que él insistía en usar condones. Además se había colado ilegalmente en su casa. Una persona así de inestable podía ser capaz de pensar que era una buena idea atrapar a un hombre con un bebé.

¿Y si se casaba con ella? ¿Y si él creía que eso era lo correcto?

Los pensamientos traicioneros llegaban veloces e irrevocables, como cabezas de Hidra. En cuanto aplastaba uno, otros dos ocupaban su lugar.

Incluso entonces, en que todavía no sabía qué pensar del embarazo de Laurie, descubría que echaba de menos a Jackson. Incluso entonces, su cuerpo lo anhelaba, anhelaba sus caricias y sus brazos fuertes en torno a los hombros. ¿Pero y si nunca volvía a sentirlos?

«Habla con él», gritaba su mente.

Pero no estaba preparada. No podría soportarlo si él le decía que había decidido hacer lo correcto, suponiendo que se pudiera usar esa palabra en aquella situación. ¿Era lo correcto casarse con Laurie?

Vio que se encendía la luz en el primer piso de Jackson, en su taller de carpintería. Allí había solo una ventana pequeña, pero a través de ella captó un vistazo de su sombra y parte de su espalda cuando se sentó cerca y se puso a trabajar en uno de los taburetes de bar.

«¿Cómo puede trabajar en un momento así?», se preguntó ella. Hasta que comprendió que probablemente intentaba calmarse, aclarar su mente. Le había dicho que trabajar la madera le tranquilizaba. Y se le daba bien trabajar con las manos. Chloe intentó no pensar en otras cosas que se le daba bien hacer con las manos. Se levantó y se apartó de la ventana. Se iba a volver loca. Quizá debería ir allí y hablar con él.

Pero todavía no sabía lo que sentía con todo aquello.

Quería aceptarlo, pero en el fondo no estaba segura de poder hacerlo. Jamás se había imaginado como madrastra, y menos de un niño concebido de ese

modo, no por amor sino por codicia. Y estaba también la posibilidad de tener a Laurie en sus vidas para siempre. Eso la ponía enferma. Toda la situación le producía náuseas. ¿Podría aceptarla? ¿Podría aprender a vivir con eso?

Quizá sí pudiera. Quería hacerlo, por Jackson. «Me dijo que me ama. Y creo que yo también lo quiero». ¿Pero era suficiente con eso?

No estaba segura. Nada segura. Y si había un bebé por medio, creía que tenía que estar segura. Se lo debía al bebé, que no había hecho nada malo. Chloe no se comprometería a menos que estuviera segura de que podía ir hasta el final.

Miró la ventana iluminada de Jackson al otro lado del callejón. Necesitaba tiempo para pensar.

El martes por la mañana, Jackson estaba sentado en su despacho con vistas al Lago Michigan, sin apenas darse cuenta de nada de lo que le rodeaba. Sin Chloe, el mundo entero parecía haber perdido los colores. Quería creer que ella solo necesitaba tiempo para asimilar la noticia, pero cuando no supo nada de ella el sábado, el domingo ni el lunes, empezó a preocuparle que la separación no fuera temporal.

«¿Cómo la voy a culpar? ¿Cómo reaccionaría yo si me dijera que esperaba un hijo de otro hombre?».

No lo sabía, no podía saberlo, pero sintió que lo invadían los celos solo con pensar en eso. Sin duda ella sentiría lo mismo.

—¿Se puede? —Hailey estaba en la puerta del despacho y lo miraba con lástima. Había sido muy amable últimamente, se había ofrecido a ocuparse de la tintorería y de otras tareas que normalmente hacía él mismo, y Jackson le agradecía sus esfuerzos—. ¿Quiere otro café? Voy a ir a Starbucks.

—No, Hailey. Pero gracias.

La mujer vaciló.

—¿Cómo se encuentra, señor?

—Muy mal —admitió él, y ella sonrió—. Chloe no se tomó bien la noticia.

El rostro de Hailey se suavizó.

—Dele tiempo. No la conozco mucho, pero lo que conozco de ella me gusta bastante. Puede que acabe por comprenderlo.

—Gracias, Hailey.

Su ayudante asintió con la cabeza y se retiró de la puerta. Por suerte, Hailey

no había comentado con nadie la noticia del embarazo y no había cotilleos en el trabajo. Jackson agradecía tener una ayudante tan leal, y tomó nota de aumentarle la bonificación anual por hacer bien su trabajo.

Hailey se dirigió al ascensor para el descanso del café y desapareció dentro. Jackson intentó concentrarse en el trabajo, pero no podía. No conseguía concentrarse en nada. Pensaba qué estaría haciendo Chloe, cómo estaría. Tomó el móvil y le puso un mensaje rápido. *¿Cómo estás?*

Las respuestas de ella los dos últimos días habían sido cortantes y directas al grano, y esperaba algo parecido, pero antes de que pudiera pensar mucho en ello, oyó que llamaban a la puerta.

Kent apareció en el umbral, con el mismo aspecto depredador de siempre, con su americana de tipo universitario y sus pantalones caqui. Jackson se preguntó si aquel hombre tendría otra ropa. Frunció el ceño, nada contento de verlo.

—¿Nunca has pensado en pedir una cita? —Jackson apretó el teléfono con irritación.

—No me devuelves las llamadas —Kent sonrió—. Quería pedirte una reunión y he decidido agarrar el toro por los cuernos —se sentó en una de las sillas que había enfrente de Jackson y cruzó las piernas a la altura de las rodillas—. ¿Ya no te interesa el número 1209?

Jackson suspiró. El edificio de Chloe.

—Sí me interesa, pero en este momento estoy ocupado con otras cosas.

Kent lo miró con una expresión triunfante que hizo que Jackson quisiera darle un puñetazo en la nariz.

—Eso he oído.

Jackson se puso en guardia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—La gente habla —Kent juntó los dedos de las manos haciendo una especie de tejado. Casi parecía que intentara imitar a un villano de James Bond—. Digamos que he oído que... no has sido cuidadoso.

—¿Qué sabes tú? —«¿y quién te lo ha dicho? Sé que no han sido ni Hailey ni Chloe. ¿Quién, pues? Laurie».

—Lo suficiente —Kent sonrió—. Y la verdad es que lo entiendo. Laurie tiene un cuerpazo. Yo también lo probé.

—Espera... ¿Qué? —a Jackson le daba vueltas la cabeza.

—No creerías que eras el único rico al que intentaba pescar, ¿verdad? Pero

yo soy demasiado listo para eso, amigo mío. Me hice la vasectomía para que las mujeres no pudieran atraparme. Así el chasco se lo llevan ellas, cuando lo intentan y solo consiguen balas de fogueo.

Parecía orgulloso de su plan, obscenamente orgulloso. La expresión de su rostro asqueaba a Jackson.

—Tienes que planear por adelantado, amigo. Y lo mejor de todo es que son ellas las que te suplican que no uses preservativo.

—Eres un gusano, ¿lo sabes? ¿Y por qué te haces una operación así solo para...?

—Porque me gusta ganar y así gano.

Para aquel hombre, todo era una especie de competición enfermiza, hasta el sexo.

—Yo les sigo el juego —Kent se encogió de hombros—. Ellas intentan usarme a mí y yo las uso a ellas. Funciona muy bien.

Jackson tenía ganas de vomitar.

—¿Cuándo te acostaste con Laurie?

—Justo antes que tú. Llevaba siglos intentando pescar una ballena. Y tú fuiste la ballena del mes.

—Y tú te aprovechaste de ella.

—Algo así —Kent cruzó las piernas y observó sus uñas con aire ausente—. En realidad, deberías darme las gracias. Se quedó destrozada cuando le dije que tenía una vasectomía. Le hablé de ti, del mucho dinero que tenías y de todo eso. Y estaba deseando conocerte. Incluso buscó un trabajo en tu bar favorito para tener ese privilegio.

Jackson estaba atónito. ¿Todo aquello había sido una trampa? Tenía la sensación de que le hubieran dado un mazazo en la cabeza.

Kent seguía alardeando.

—Pero entiendo que esto te llega en un mal momento. Justo cuando empezaba a irte bien con esa chica tuya tan sexy. ¿Cómo se llamaba? ¿Chloe?

—No metas a Chloe en esto —gruñó Jackson.

—Esas fotos de vosotros dos en el tejado...

—Espera. ¿Has visto las fotos que me envió Laurie?

—¿Verlas? —Kent soltó una risita y aplaudió con júbilo—. Las hice yo. El edificio de enfrente es de mi propiedad. Se las envié a Laurie porque sabía que le interesarían. Y así fue.

Jackson se levantó y agarró con fuerza el borde del escritorio.

—Dame una razón para que no te eche de aquí ahora mismo.

—Porque sigo teniendo el edificio que quieres. Me necesitas.

Jackson miraba con furia a su adversario de tantos años.

—Lo que quiero saber es por qué. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Eso es fácil. Para presumir. Como ya he dicho, me gusta ganar, y no puedo ganar si tú no sabes que estamos metidos en un juego y que tú has perdido.

—¡Fuera de aquí! —gruñó Jackson, al que le costaba mucho contenerse.

—Cometes un error.

—¡Vete de aquí ahora mismo! —Jackson golpeó la mesa con el puño y Kent se puso de pie.

—Voy a achacar esto a estrés paternal, amigo mío.

Salió del despacho silbando y Jackson sintió ganas de correr tras él y darle una paliza. Movió la cabeza. Debería alegrarse de que Laurie no estuviera tan loca como para haber entrado ilegalmente en el edificio de Chloe, Kent era el propietario y tenía la llave maestra. Para él no sería difícil subir al tejado y hacer unas cuantas fotos. A Jackson le sorprendió una vez más la obsesión de Kent por él. ¿Le había dicho a Laurie que se enrollara con él? ¿Espió su terraza? Movió la cabeza. Parecía que Kent no tenía nada mejor que hacer que dedicarse a seguirlo. Patético.

Su furia se calmó un tanto y recuperó en parte la compostura. Entonces le sonó el teléfono. Lo miró y vio el nombre de Chloe en la pantalla.

—Hola —dijo ella. Su voz sonaba suave, casi contrita—. ¿Tienes tiempo de tomarte un descanso? Sé que no es la hora de almorzar, pero...

—Sí, tengo tiempo —repuso él, con el pecho henchido de esperanza por primera vez aquel día—. ¿Dónde quieres que quedemos?

Capítulo 18

Se vieron en el Navy Pier, lleno de turistas y con la enorme noria elevándose hacia lo alto. El muelle estaba bordeado de restaurantes y tiendas pequeñas y había también vendedores ofreciendo viajes en veleros por el lago. Todos los sábados del verano había allí fuegos artificiales y viajes en veleros, pero ese día Jackson solo quería ver a Chloe. Cuando llegó la vio sentada en un banco y vio que se levantaba, contenta de verlo. Jackson le abrió los brazos y ella se echó en ellos sin vacilar. Él sintió el corazón henchido de esperanza. La había echado de menos los días que llevaban separados y la preocupación de que pudiera dejarlo para siempre había sido casi insoportable. ¡Y qué bien olía! Su cabello olía a lavanda y vainilla. De pronto deseó que estuvieran solos.

—Lo siento —dijo ella en su pecho.

—¿Por qué? —preguntó él, perplejo cuando se apartó. Los dos estaban rodeados de gente y, sin embargo, a la vez, también muy solos.

—Por... haberme asustado.

—Tienes todos los motivos para asustarte.

—¿Quieres sentarte? —ella le ofreció un lugar a su lado en el banco, mirando el Lago Michigan, y él se sentó. Detrás tenían la sombra de la noria.

Jackson le tomó la mano, preocupado todavía porque pudiera darle malas noticias. Por ejemplo, que no quería volver a verlo más.

—¿Cómo has estado? —preguntó él, que se sentía tan rígido como sonaban sus palabras.

—Mal —confesó ella—. Pero he pensado en todo esto.

Jackson respiró hondo.

—¿Y...?

—Y solo quiero que sepas que —Chloe tragó saliva— pase lo que pase,

estoy a tu lado.

Jackson sintió un pequeño rayo de esperanza en el pecho por primera vez desde que Laurie fue a su despacho con la horrible noticia.

—Estás a mi lado —repitió—. ¿Aunque el bebé sea mío?

Chloe asintió. Él miró los ojos oscuros de ella, llenos de emoción, y sintió que los suyos se llenaban de lágrimas—. ¿Estás segura? —preguntó, apretándole la mano.

—Segurísima. Pase lo que pase, lo afrontaremos juntos.

Jackson la estrechó en sus brazos y la besó con pasión.

—Te quiero —murmuró.

—Yo también a ti —las palabras de ella hicieron que él sintiera el corazón a punto de explotar. La abrazó con más fuerza todavía. No quería soltarla.

—Siento haber tardado tanto —murmuró ella en su pecho—. Solo quería estar segura.

Jackson la soltó.

—No, yo me alegro de que te hayas tomado el tiempo de pensarlo. Sé que no es una decisión fácil, ni mucho menos —dijo. Miró la enorme noria blanca que giraba lentamente detrás de ellos—. ¿Por qué no subimos a la noria? Creo que nos merecemos un respiro, algo de diversión.

—¿Tú quieres? —preguntó ella, dudosa.

—Sí.

Había poca cola y, en cuestión de minutos, estaban solos en una de las cabinas, protegidos de los elementos por ventanas de cristal en los cuatro lados. Jackson y Chloe se sentaron uno enfrente del otro mirándose a los ojos. Había cierta tristeza en ella, pero, al mismo tiempo, ella era el tipo de mujer que quería, la compañera que necesitaba: intrépida, sin miedo. Muchas mujeres habrían salido corriendo después de oír la noticia del embarazo, pero ella no. Jackson sabía sin ninguna duda que era la mujer idónea para él. Si hubiera llevado un anillo en el bolsillo, habría hincado una rodilla en tierra allí mismo en la noria y le habría pedido matrimonio. A medida que su cabina subía más y más alto en el cielo, ofreciéndoles una vista espectacular del horizonte de la ciudad, Jackson se permitía sentir cada vez más esperanzas sobre el futuro.

—Has cambiado mi vida para mejor, ¿lo sabes? —preguntó a Chloe—. Es muy valiente estar a mi lado y nunca lo olvidaré. Jamás he confiado en nadie como confío en ti, y espero que sepas que eres mi compañera. Ahora y

siempre.

—Yo también confío en ti —dijo Chloe—. Gracias por contarme lo de Laurie y lo que está pasando. Podrías habérmelo ocultado y... Es decir, al principio estaba furiosa porque no me lo hubieras dicho de inmediato, pero también entiendo que esperabas que la prueba de ADN demuestre que no es tuyo —miró a Jackson—. ¿Crees que es posible que no sea tuyo?

—Kent se acostó con ella antes que yo, pero tiene una vasectomía. Me lo dijo él —Jackson puso los ojos en blanco.

—¿Qué? —Chloe frunció el ceño.

—Ah, sí, y la verdad es que fue él quien le dijo a Laurie que saliera conmigo. El mundo es un pañuelo.

Chloe lo miró boquiabierta.

—No puedes hablar en serio.

—Desgraciadamente, sí. Kent me odia, siempre me ha odiado y me guarda mucho rencor desde que le arrebaté una oferta para hacer un parque. Desde entonces me la tiene jurada y parece que por fin me ha pillado —Jackson miró los barquitos de vela que puntuaban el agua del enorme lago mucho más abajo.

—No —dijo Chloe, tomando de la mano a Jackson—. Él no ha ganado. Porque tú me tienes a mí y pasaremos por esto juntos, de un modo u otro. Sé que lo haremos.

Jackson le apretó la mano con el corazón henchido de amor y admiración por ella. Era una mujer realmente buena.

—Ven aquí —dijo, sonriente. Dio unos golpecitos en el asiento a su lado.

—¿Puedo? —ella miró a su alrededor, claramente preocupada por el equilibrio de la cabina.

—Pues voy yo allí —dijo él.

Se colocó rápidamente al lado de ella y la estrechó en sus brazos. La cabina se columpió un poco, pero no tardó en enderezarse. Jackson la besó largamente y con fuerza, con sus lenguas encontrándose en una promesa de más besos futuros.

Él sintió acercarse la mano de ella a sus pantalones.

—Me parece que necesitas bajar esa cremallera —le ronroneó al oído.

A Jackson le subió un escalofrío por la columna. Chloe era como una droga, un afrodisíaco potente que se sentía incapaz de resistir. La deseaba.

—¡Chica traviesa! Estamos en una burbuja. Puede vernos toda la ciudad.

—Fuiste tú el que me volvió exhibicionista —señaló ella. Y él se echó a

reír.

—Cierto. Pero luego nos fotografiaron y nos chantajearon —enarcó una ceja—. ¿Ves lo bien que resultó eso?

—Eso desalienta un poco —asintió Chloe.

—Por otra parte —dijo él, apretándole la rodilla desnuda—, quizá debería tomarte aquí y ahora —estaba seguro de que ella estaría mojada y preparada.

Sonó el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo de atrás y lo sacó de mala gana. Miró la pantalla y vio que era Diane la que llamaba.

—Es mi abogada —dijo a Chloe. Esta asintió con la cabeza—. ¿Diga? —puso la llamada en altavoz—. ¿Diane? Te he puesto en altavoz, Chloe está conmigo y lo que tengas que decirme a mí, puede oírlo también ella.

—Mejor. Porque tengo noticias. Han llegado los resultados de la prueba de ADN.

—¿Y? —Jackson se preparó para la mala noticia. Tenía la impresión de estar metido en una telenovela sensacionalista. Chloe le apretó la mano.

—Y tú no eres el padre.

Jackson miró a Chloe con una mezcla de emociones. Alivio, alegría, sorpresa... Chloe le apretó el brazo.

—¿No lo es? —la joven apenas podía contener la alegría—. ¿Seguro?

—Seguro. El bebé no es de Jackson. En realidad, hemos hecho dos pruebas de ADN, puesto que ella admitió que se había acostado con otra persona más o menos por la misma época, y esa segunda prueba ha dado positivo, así que tú quedas libre de sospecha.

—Espera... ¿La otra persona era Kent Roberts? —preguntó Jackson.

Chloe abrió mucho la boca, sorprendida.

—Se supone que yo no debo saber su nombre —repuso Diane—, pero miré casualmente la ficha y la otra muestra de ADN llevaba el nombre de Roberts, o sea que es altamente probable.

—¡Caramba! —Jackson soltó una carcajada—. Me parece que va a poder poner una demanda por negligencia profesional.

—¿Una demanda? —preguntó Diane, que sonaba confusa.

—Se hizo una vasectomía, pero está claro que algo falló. Creía que la operación significaba que podía acostarse con quien quisiera sin protección. Al parecer, no le importaban las enfermedades ni ninguna otra cosa.

—¡Oh!, una vez tuve un caso así —dijo Diane—. Es raro pero ocurre. A uno de cada mil hombres les vuelve a crecer el tubo o lo que sea y entonces...

Bueno, la autovía vuelve a estar funcionando, supongo —tosió con incomodidad.

Jackson se echó a reír con ganas. Nadie se merecía aquella pesadilla tanto como Kent. Parecía que el burlador había sido burlado por su propio cuerpo. Cuestión de *karma*.

Sintió que una burbuja de alegría y alivio se iba expandiendo en su pecho. Él no era el padre. Todavía no podía creerlo. Movié la cabeza.

—¿Y esto significa que no le debo nada a Laurie?

—Así es. Y si intenta publicar fotos vuestras, la atacaremos con todas nuestras fuerzas. Ya le he hecho llegar una carta de cesar y desistir sobre las fotos que tiene y, si las publica, la demandaremos por todo lo que posee. O sea que Chloe y tú podéis estar tranquilos. Además, he pedido a la policía que investiguen también los cargos de robo y allanamiento de morada.

—¡Bien! —exclamó Chloe.

—Gracias, Diane. Muchas gracias —dijo Jackson.

—De nada —la abogada cortó la llamada y Jackson abrazó a Chloe.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó, moviendo la cabeza—. ¡El bebé es de Kent!

—Pues parece que Laurie tiene el padre rico que quería, después de todo —Chloe soltó una risita. Su cara brillaba de felicidad y alivio y estaba guapísima—. No puedo creer que hiciera eso solo para poder, bueno, tener relaciones sin preservativo. ¿Y si decidía un día que quería hijos?

Jackson se encogió de hombros.

—Supongo que ya no tiene que preocuparse por eso.

Los dos se echaron a reír.

—Creo que se merecen el uno al otro —comentó ella.

—Eso desde luego —musitó Jackson, dando una palmada en el brazo del asiento.

Chloe entrelazó sus dedos con los de él.

—No voy a mentir, esto me hace muy, muy feliz. ¿Eso significa que soy mala persona?

—En absoluto —contestó él—. Te quiero muchísimo —la estrechó en sus brazos y la besó—. Eres la única mujer a la que quiero a mi lado, ahora y siempre.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —Jackson alzó a Chloe y la sentó en su regazo. La besó con

gentileza y ella le devolvió el beso. Su cabina pasó por la plataforma y luego empezó a ascender una vez más. Él interrumpió el beso y la miró a los ojos.

—¿Por dónde íbamos antes de que nos interrumpieran? —preguntó.

—¿Estábamos a punto de violar una docena de leyes de indecencia pública?
—Chloe pasó las uñas por el cabello espeso de él.

Jackson cerró los ojos. Adoraba sus caricias, estaba deseando tenerlas durante muchos meses y años.

—Ah, sí, así es —Jackson subió la mano por debajo del vestido de ella y palpó su piel suave, encantado de saber que quizá un día ella llevaría dentro un hijo suyo.

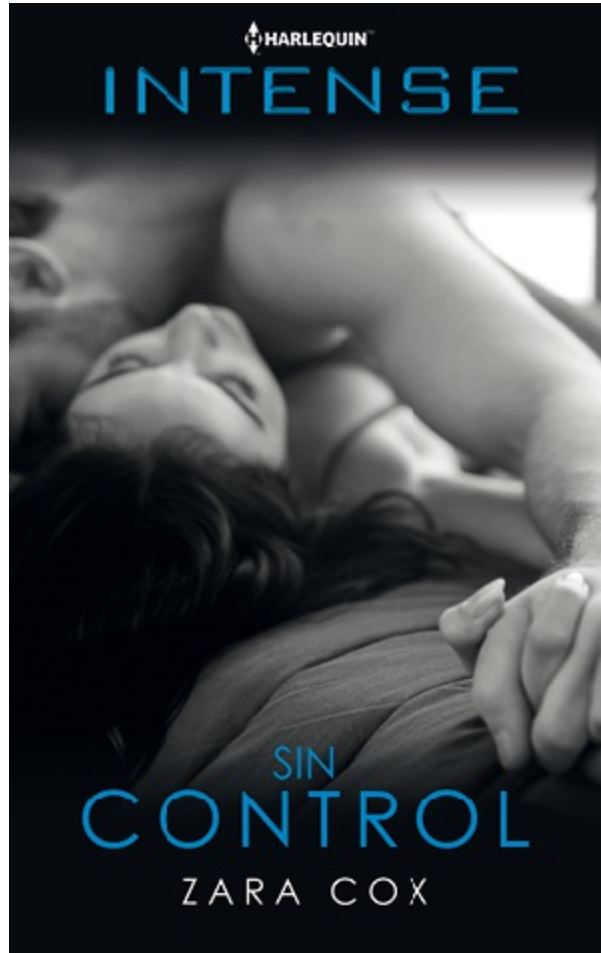
—Te amo —murmuró ella, mientras él subía más la mano para frotarle la parte exterior del muslo y apretar.

—Te amo —contestó él.

La besó en el cuello cuando ella se volvió y se sentó a horcajadas sobre él. Sentía su calor y su humedad a través de la tela de los pantalones. Ese, y ningún otro, era el lugar en el que quería estar.

«Sí», pensó. «Vuelvo a casa».

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com